



AÑO 10.º

NUM. 120.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

DICIEMBRE 1898

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SUEÑO DE MAKAR (*)

I

Este sueño le tuvo el pobre Makar, ese mismo Makar que hubo de ir allá, á los quintos infiernos, á las regiones tétricas y remotas, á apacentar ganados: Makar, el mísero, sobre cuya cabeza, al decir del proverbio, llueven todas las tejas (1).

El país donde nació se llama Chalgane. Es una apartada aldehuela, enteramente escondida en el riñón de la *taiga*, en esas selvas vírgenes é hiperbóreas del gobierno de Yakutsk. Los ascendientes de Makar sostuvieron una lucha prolongada y sin tregua contra la taiga para arrancarle un trozo de su helada tierra, menguada conquista que la triste maleza seguía envolviendo como enemiga é impenetrable muralla. Pero no se desanimaron. En la exigua clara del bosque surgieron setos y hacinas de heno y de trigo; aparecieron acá y allá ahumadas *yurtas* (2); ondeó al fin una bandera anunciando la victo-

(*) Las muchas cartas de felicitación que hemos recibido por haber publicado *El desertor de Sajalín*, de Korolenko, nos mueve á dar á luz la presente novela del mismo ilustre autor, cuyo hermoso y trascendental simbolismo no dejarán de comprender nuestros lectores. (*N. del D.*)

(1) Literalmente: «todas las piñas».

(2) Chozas de indígenas siberianos, sin más huecos que la entrada y un agujero en el techo para dar salida al humo.

ria; en la cumbre del cerrillo, enmedio de la aldea, se irguió un campanario: Chalgane se convirtió en una gran *sloboda* (1).

Pero al mismo tiempo que los antepasados de Makar triunfaban de la taiga con el hacha y el fuego, se volvían insensiblemente más selváticos. Casados con mujeres yakutas, se asimilaron la lengua y las costumbres de sus nuevos parientes. Los rasgos característicos de la gran raza rusa se borraban y desaparecían.

Makar no olvidaba su origen, ni que era hijo de aquella tierra. En Chalgane había nacido, allí vivía y allí esperaba morir. Estaba muy orgulloso de su nacionalidad, y tachaba á veces á los indígenas de «sucios yakutas», por más que en nada se distinguía él por sus costumbres, ni por su género de vida, de esos mismos yakutas. Hablaba poco el ruso, y bastante mal; se vestía de pieles de animales, y calzaba *torbass*; su comida ordinaria se reducía á una galleta mojada en te; en los días de fiesta ó en las ocasiones extraordinarias se regodeaba con manteca derretida, despachando toda la que había en la mesa..... Era muy hábil en montar toros. Cuando estaba malo, acudía al *chamán* (2), que combatía el padecimiento abalanzándose sobre él y rechinando los dientes con ademanes de poseído, á fin de espantar al elemento mórbido metido en el cuerpo del paciente, hasta obligarle á huir.

Makar trabajaba como un condenado y vivía míseramente, pasando hambres y fríos. Aparte la preocupación de su pobre galleta y de su te, ¿tenía otros pensamientos? Sí: los tenía.

Cuando estaba borracho, lloraba, «¡Qué vida tan perra llevamos, santo Dios!» solía exclamar. A veces parecía resuelto á dejarlo todo y marcharse «á la montaña». Allí se estaría sin arar, sin sembrar, sin derribar árboles, sin ir á moler el

(1) Aldea.

(2) *Chamán* (con *ch* francesa) ó *shamán* (con *sh* inglesa) es el sacerdote y médico hechicero de los indígenas siberianos.

grano á brazo. No pensaría más que en salvar su alma. ¿Qué montaña era esa? ¿Dónde se encontraba? No lo sabía á punto fijo. No sabía más sino que esa montaña existía realmente, y se hallaba muy lejos, tan lejos que el mismo comisario de policía no podría ir á sorprenderle en su retiro..... Y claro es que allí acababa también el pago de tributos.

Cuando no estaba beodo, se desvanecían esas ideas. Quizá reconocía entonces las pocas probabilidades que tenía de descubrir tan admirable montaña. Con la embriaguez se volvía más atrevido. Comprendía que estaba expuesto á no dar con la verdadera montaña, sino con otra. «Entonces —decía— sería hombre perdido.» Pero eso no era obstáculo para que acariciase su sueño; y, si no le realizaba, si no se ponía en busca de la famosa montaña, era probablemente por pura imposibilidad física: porque los colonos tártaros le vendían un aguardiente de pésima calidad, con una infusión de hojas de tabaco que realzaba su intensidad y su sabor, pero que le hacía rodar al punto por el suelo, malísimo y sin fuerzas.

II

Era Nochebuena, y Makar sabía que al día siguiente se celebraba una gran festividad. Tal circunstancia despertaba en él un deseo: el de beber un buen trago. Pero estaba triste y abatido, porque no tenía ningún dinero y su provisión de trigo tocaba al fin. Makar debía ya mucho á los tártaros y á los comerciantes de la localidad. ¡Y, sin embargo, el día siguiente era una gran fiesta! ¡Aun en un día así, en la gran festividad del invierno, le estaría vedado beber siquiera una botella de aguardiente!

Tuvo una idea luminosa. Se levantó, y se echó encima la desgarrada *sona* (capote de pieles). Su mujer, hembra fornida y musculosa, tan fortachona como fea, y que sabía de memo-

ria todos los pensamientos rudimentarios de su marido, adivinó su intención.

—¿Adónde vas, hombre del diablo? ¿Quieres chiflar *vodka* tú solo?

—Cállate. No compraré más que una botella, y nos la beberemos juntos mañana.

Le dió una palmada tan recia en el hombro, que la vieja se tambaleó. La mujer guiñó los ojos maliciosamente. ¡Ah, el corazón femenino! Sabía de sobra que Makar la engañaba; no tenía sobre eso la menor duda; pero no pudo resistir al hechizo de la caricia conyugal.

Una vez en el patio, Makar cogió su viejo Lyssanka, le llevó por la crín al trineo, y se puso á enganchar. Al poco tiempo el bruto y su amo estaban fuera del patio. Entonces Lyssanka se paró, y, volviendo atrás la cabeza, dirigió una mirada interrogadora á Makar, que se hallaba absorto en meditación profunda. Tiró Makar de la rienda izquierda, y el caballo se encaminó hacia el extremo de la sloboda.

Había en ese punto una pequeña yurta, de cuyo techo, como del techo de todas, subía recta hacia el cielo una blanca columna de humo que ocultaba las frías estrellas y velaba el brillo de la luna. Las llamas, al través de los mates carámbanos de hielo, tomaban mil alegres y caprichosas formas. Reinaba un silencio profundo.

Los habitantes de esa yurta eran «extranjeros». Venían de muy lejos. ¿Qué viento los había llevado? ¿Por qué suerte aciaga habían ido á dar con sus cuerpos en aquel rincón perdido? Makar no lo sabía, ni le importaba. Pero le gustaba tratar con esos hombres que no explotaban su miseria, y que no tenían la costumbre de regatear mucho.

Entró en la yurta; se dirigió en seguida hacia la chimenea; acercó al fuego sus manos heladas, é hizo una fuerte aspiración para expresar el frío que sentía.

Los «extranjeros» estaban en la yurta. Sobre la mesa ardía una bujía, pero no para alumbrar ningún trabajo. Uno de los

hombres fumaba en la cama, y seguía, abstraído, las espirales del humo que salía de su boca y en que se enroscaba sin duda el hilo de sus propios pensamientos. Otro, sentado delante de la chimenea, contemplaba en la misma actitud meditabunda las mil líneas incandescentes que surcaban la leña á medio consumir.

— Buenas noches—dijo como saludo Makar, á quien empezaba á cohibir el silencio.

No sabía él, naturalmente, qué penas pesaban sobre el corazón de los «forasteros» (1), qué recuerdos se despertaban en sus cráneos aquella noche, qué imágenes se les aparecían al través del humo del tabaco ó en los caprichosos y cambiantes destellos del fuego. Por otra parte, ¿no tenía él sus preocupaciones?

El joven sentado á la lumbre alzó la cabeza, dirigió á Makar una mirada apagada sin parecer reconocerle, hizo un movimiento como para expulsar los pensamientos que le asediaban, y se levantó de pronto.

— ¡Ah, buenas noches, Makar, buenas noches! Llegas á tiempo. ¿Quieres tomar el té con nosotros?

Esta proposición agradó á Makar.

— ¿Té?—dijo.— ¡Bien, muy bien, amigo! ¡que me place!

Se quitó con presteza el capote de pieles y el gorro, quedándose así más á sus anchas; y cuando vió subir en el samovar la llama de los carbones encendidos que se habían echado en él, se volvió hacia el joven con efusión.

— ¡Yo os tengo cariño! Os lo aseguro.... os quiero, os quiero tanto, que no duermo por las noches....

El extranjero le miró. Una amarga sonrisa pasó por sus labios.

— ¡Ah! ¡nos quieres!—dijo.— ¿Qué es, pues, lo que necesitas?

Makar, confundido, respondió:

— Sí: tendré que proponerte un trato... ¿Cómo me lo has

(1) No hay que decir que se trata de deportados políticos.

conocido?... Pero todavía no. Tomaré el té primero, y hablaré después.

Como el té le habían ofrecido los huéspedes mismos, y no pasaban de ahí, Makar creyó conveniente alargar el convite.

—¿No tendríais un trozo de asado?—preguntó.—A mí me gusta mucho...

—No tenemos nada.

—Bueno—dijo Makar en tono conciliador,—no importa. Otra vez será... ¿Otra vez, no es eso?—repitió.

—Convenido.

A juicio de Makar, «los extranjeros» le debían ahora un trozo de asado; y nunca dejaba él de reclamar deudas de esa naturaleza.

Una hora después estaba sentado nuevamente en su rústico trineo. Era poseedor de un rublo. Se había comprometido á llevar cinco carros de leña en condiciones relativamente ventajosas. Es verdad que había jurado por todos los dioses no gastar ese dinero en aguardiente, aquel día por lo menos. Sin embargo, su intención decidida era darle inmediatamente ese destino. Pero ¿qué le importaba? El apetito del placer ahogaba los escrúpulos de su conciencia. Hasta llegaba á olvidar que, una vez embriagado, su fiel esposa engañada le zurraría sin compasión.

—Pero ¿á dónde vas, Makar?—gritó el extranjero riendo, al ver que el caballo, en vez de caminar derecho hacia adelante, volvía á la izquierda, dirigiéndose hacia el lado de los tártaros.

—¡Sóoo... ¡sóoo! ¡maldito caballo!... ¡mira cómo vuelve!—gritaba Makar, dando á entender en el tono de la voz que no tenía él la culpa.

Pero tiraba con fuerza de la rienda izquierda, y excitaba solapadamente á Lyssanka hacia la derecha con golpecitos imperceptibles.

El inteligente animal, sacudiendo la cola á guisa de reconvención, tomó la dirección que se le indicaba. El trineo,

cesando de rechinar sobre la nieve, no tardó en pararse delante de la puerta cochera de los tártaros.

III

Cerca de la puerta cochera había atados varios caballos. Llevaban las altas sillas yakutas.

La isba era reducida. Dentro de ella ahogaba el olor acre de un tabaco de ínfima calidad. Cerníase una densa nube de humo, aspirada lentamente por el tiro de la chimenea. Delante de las mesas y en los bancos había una porción de yakutas. Sobre las mesas, tazas llenas de aguardiente. Algunos grupos jugaban á las cartas. Todas las caras estaban encendidas y sudorosas. Los jugadores miraban febrilmente los naipes, sin apartar de ellos los ojos. Si alguno sacaba dinero, le volvía á guardar en seguida por prudencia. En un rincón cantaba interminable melopea un yakuta borracho, acurrucado en un montón de paja. Con voz ronca y chillona repetía bajo mil formas diferentes, que al otro día era gran fiesta y que aquella noche estaba bebido.

Makar alargó su dinero, recibiendo en cambio una botella entera. La abrazó estrechamente, y se fué con ella á un rincón. Allí se echó taza sobre taza, y bebió trago sobre trago. El vodka era amargo. Con ocasión de la festividad, se le había bautizado con tres cuartas partes de agua, cuando menos, pero, en desquite, no se había economizado el tabaco. A cada sorbo, Makar se quedaba un instante sin aliento y todo lo veía de color rojo.

No tardó en quedar como una uva. También él se dejó caer en la paja, cogiéndose las rodillas con los brazos, y apoyando la cabeza en las rodillas. De su garganta salieron berridos estúpidos, semejantes á los de su vecino. Cantaba que al otro día era gran fiesta y que había gastado en bebida cinco carros de leña.

Entre tanto aumentaba la gente en la isba. Entraban nuevas personas, que habían ido á la slogoda para rezar y para beber al mismo tiempo el vodka de los tártaros. El amo vió que no iba á haber ya bastante sitio para todos sus parroquianos. Se levantó, paseando una mirada por la concurrencia. Sus ojos encontraron á Makar y al yakuta, acurrucados en su rincón.

Se acercó al yakuta, le agarró del pescuezo y le echó fuera. Luego se volvió hacia Makar. Respetando en este último su concepto de habitante de la localidad, el tártaro usó con él mayor deferencia. Abrió de par en par la puerta, y, dándole un soberano puntapié en cierta parte, le lanzó con tal ímpetu que el pobre diablo fué á caer de bruces sobre un montón de nieve.

No podría yo decir si él se ofendió por ese proceder descomedido. La nieve le helaba el rostro y se le metía por las mangas. Después de levantarse con no poco trabajo, se encaminó como Dios le dió á entender hacia su Lyssanka.

Estaba ya muy alta la luna. La cola de la Osa Mayor empezaba á inclinarse. Arreciaba la helada. De vez en cuando, detrás del semicírculo de una nube sombría surgían hacia la parte Norte, con resplandores de intensidad variable, las columnas de fuego de una naciente aurora boreal.

Lyssanka se daba cuenta seguramente del estado en que se hallaba su amo. Se dirigió con juicio y mesura hacia su morada. Makar, sentado en el trineo, seguía bamboleándose y entonando su cantinela. Repetía que se había bebido cinco carretadas de leña, y que su mujer iba á pegarle. Los sonidos de su voz eran gritos y gemidos, é interrumpían el silencio de la noche de una manera tan triste, tan lastimera, que el «extranjero», subido á la sazón en el techo de su yurta para cerrar el tubo de la chimenea, sintió oprimírsele el corazón más dolorosamente. En el ínterin, Lyssanka había llevado el trineo al cerrillo desde donde se descubrían los alrededores. La nieve brillaba, inundada por la viva claridad de la luna. A

ratos parecía apagarse esa luz, y la nieve se oscurecía; pero un momento después volvía á animarse con los cambiantes reflejos de la aurora boreal. Esos reflejos cambiantes producían un singular efecto. Las otras colinas de nieve del bosque parecían moverse: tan pronto se acercaban como se alejaban. En medio de la taiga, Makar distinguió claramente la blanca calvicie de la colina Yamalaj, detrás de la cual había armado él lazos ocultos en la espesura para cazar aves y animales monteses.

Esa circunstancia desvió el curso de sus pensamientos. Empezó á cantar que había cogido un zorro en el lazo, que vendería la piel al día siguiente, y que no le pegaría su mitad.

En el instante en que Makar entraba en su isba, resonaba la campanada de la una en medio del silencio de la fría noche. Makar empezó por anunciar á su mujer que había un zorro en la trampa. Olvidando por completo que su mujer no había bebido con él una sola gota de vodka, se asombró mucho de recibir un puntapié descomunal, á pesar de la buena noticia que llevaba. Se metió en la cama corriendo, pero no sin que antes sintiese en la espalda el puño de su costilla.

Durante esta jarana, allá, en lo alto de Changene, vibraba el solemne repique de fiesta, extendiendo su caricia á lo lejos, al infinito, al través de las capas heladas de la noche.

IV

Makar estaba tumbado. Le ardía la cabeza, y se le abrasaban las entrañas. La mezcla de vodka y de infusión de tabaco circulaba impetuosamente en sus venas. Por las mejillas le bajaban hilos helados de nieve derretida, y otros regueros semejantes corrían por su espalda.

La vieja le creía dormido. No dormía, sin embargo. Obsediaba su pobre cerebro el espectro del zorro. Ahora tenía la firme convicción de que el animal estaba cogido, y hasta po-

día puntualizar en qué lazo. Veía al zorro—le veía aplastado bajo el pesado madero, escarvando la nieve con las garras á fin de escaparse.—Los rayos de la luna, filtrándose á través de la tupida enramada, jugueteaban en su dorado pelo. Sus ojos centelleaban, buscando los de Makar.

Makar no pudo contenerse. Saltó de la cama. Corría hacia su fiel Lyssańka. Se iba á la taiga.

Pero, ¿qué es eso? ¿Era acaso que los brazos forzudos de su mitad le cogían por el cuello de su sona, y volvían á meterle en la cama?

No. Está ya fuera de la sloboda. El trineo resbala cándidamente, y rechina sobre la nieve endurecida. Chalgane queda detrás de él, lejos ya. Las campanas de la iglesia repican majestuosamente; y por encima de la línea negra del horizonte, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se divisan de pronto, á modo de bandada de aves, las sombrías siluetas de los jinetes yakutas, con sus altos sombreros puntiagudos. Van á toda prisa á la iglesia.

Bajaba ya la luna. En lo alto, en el mismo zenit, apareció una nubecilla blanquecina. Brillaba con una luz fosforescente y cambiante. De pronto pareció desgarrarse, dilatarse, estallar. Rayos multicolores brotaban de ella en todos sentidos; al paso que, hacia el Norte, la nube opaca y semicircular se obscurecía de segundo en segundo, tornándose más negra que la taiga á que Makar se dirigía.

El camino serpenteaba al comienzo á través de un bosque amarillento y tupido. A derecha y á izquierda se elevaban colinas. Pero, á medida que avanzaba Makar, los árboles crecían, la taiga se espesaba, y su extraña belleza atractiva y silenciosa adquiría un carácter más agreste. Las ramas desnudas parecían como cubiertas de armiño por la argentada escarcha. El suave resplandor de la aurora atravesaba á veces la espesura, é iluminaba entonces con intermitencias, ya una clara blanquísima, ya el esqueleto mutilado de algún árbol, gigante del bosque, yaciente como un cadáver, envuelto en

su sudario de nieve... Duraba eso un instante, y el bosque caía nuevamente en su muda y misteriosa obscuridad.

Makar se detuvo. En aquel sitio, casi á orillas del camino, hallábase dispuesto todo un sistema de trampas. El resplandor fosforescente iluminaba muy bien la cerca de árboles derribados que las circuía. Makar llegó á ver la primera trampa: tres maderos largos y pesados, apoyados en otro vertical, y sostenidos por un sistema bastante complicado de palanquitas unidas entre sí por cuerdas de cerda.

Verdad es que esas trampas no eran tuyas; pero eso no las impedía coger un zorro. Makar bajó con presteza del trineo, y, dejando al inteligente Lyssanka en medio del camino, prestó oído atento.

Ningún ruido en la taiga. Sólo se oía en la tranquila noche el repique de Navidad, que llegaba de la sloboda, lejana á la sazón y fuera del alcance de la vista.

Makar no tenía nada que temer. El dueño de esas trampas es Alochka Chalganoff, su vecino y enemigo jurado; pero en este momento está seguramente en la iglesia. La tersa superficie de la nieve recién caída no presentaba ninguna huella.

Makar se internó en la espesura. Nada. La nieve cruje bajo sus piés. Las trampas están alineadas: parecen cañones que aguardan silenciosos con la boca abierta.

Continuó su paseo de un lado á otro. Nada aún. Volvió á tomar entonces la dirección del camino.

Pero, ¡cht!... Un ligero roce... Una piel rojiza atravesó como un relámpago por la taiga, por un sitio bien iluminado, y ¡tan cerca!... Makar distinguió claramente las orejas puntiagudas del zorro, el cual meneaba la espesa cola á derecha é izquierda como para invitarle á una persecución por las profundidades de la espesura. El animal desapareció entre los troncos de los árboles, corriendo hacia las trampas, y al cabo de algunos instantes resonó en el bosque un golpe sordo. El ruido, seco y ahogado en un principio, repercutió en seguida

bajo las bóvedas de la arboleda y fué á apagarse en un lejano barranco.

El corazón de Makar empezó á latir violentamente. Acababa de caer una trampa.

Se lanzó al través de la espesura. Las ramas le azotaban los ojos, salpicándole la cara de helada nieve. Tropezaba; le faltaba el aliento.

Ya está en el sendero que en otro tiempo trazó él mismo. A derecha é izquierda se yerguen árboles cubiertos de escarcha; frente á él serpentea y se estrecha el caminito á cuyo extremo está como en acecho la boca de una trampa... Algunos pasos más...

Pero he aquí que en esta misma senda, cerca de la trampa, surge una figura humana que desaparece inmediatamente. Apenas han tenido tiempo los ojos en fijarse en sus detalles y en su fisonomía. Sin embargo, Makar ha reconocido á Alochka Chalganoff. Ha distinguido claramente su cuerpecito rechoncho, inclinado hacia adelante, y su andar de oso. Y aún le ha parecido más sombrío que de costumbre el semblante de Alochka, y más separados los labios de sus grandes dientes.

La indignación de Makar fue grande y sincera. «¡Miserable! ¡Pasearse en medio de mis trampas!» Verdad es que él acababa de inspeccionar poco antes lazos que no eran suyos; pero no era lo mismo, había una diferencia... Esa diferencia consistía en que, cuando se paseaba por entre los lazos de Alochka, temía ser sorprendido, mientras que ahora, al ver un extraño delante de sus propias trampas, sentía el ultraje á la vez que el deseo de castigar al que lesionaba sus derechos.

Corrió por el camino más corto hacia la trampa que había sonado. Había caído un zorro. Pero también Alochka dirigía hacia ese punto sus pasos ursinos. La cuestión era llegar antes que él.

Alcanzó al fin la trampa caída. Por debajo se ve el pelo rojo de la alimaña. Así le había visto Makar en su cama ha-

cía poco. El zorro escarvaba con las garras, y le miraba con ojos luminosos y ardientes.

—¡Fytima! (no toques)... ¡es mío!—gritó Makar á Alochka.

—¡Fytima!—respondió como un eco la voz de Alochka.—
¡Es mío!

Los dos al mismo tiempo, con precipitación febril, y tratando de adelantarse el uno al otro, fueron á levantar la trampa á fin de coger el animal. El zorro se puso en pie. Dió un salto, y se paró, mirando burlonamente á los dos enemigos de Chalgane; luego, volviendo el cuello, se lamió en el sitio que había herido la caída de la trampa. Hecho esto, huyó tan campante, meneando alegremente la cola.

Alochka se lanzaba en su persecución; pero Makar le cogió de la sona.

—¡Fytima!—gritó.—¡Es mío!

Y se lanzó á la vez en seguimiento del zorro.

—¡Fytima!—repitió como un nuevo eco la voz de Alochka.

Y Makar sintió que le cogían de la sona, y vió á Alochka de repente delante de él.

Makar se amoscó. Olvidó el zorro, y se abalanzó en pos de Alochka, que huía.

A cada instante apretaba más el paso. La rama de un alerce arrojó al suelo el gorro de Alochka. Alochka no tenía tiempo de recogerle. Makar, profiriendo gritos furiosos, estaba ya á punto de alcanzarle. Pero Alochka había sido siempre más tuno que Makar. Parándose de pronto, se volvió con la cabeza inclinada hacia adelante. Makar dió con el vientre contra el obstáculo, y cayó en la nieve. El pillo de Alochka, inclinándose hacia Makar, que seguía rodando, le quitó el gorro y desapareció por la taiga.

V

Makar se levantó trabajosamente, molido, despechado, en un estado moral detestable. ¡Calcúlese! Haber tenido el zorro casi en las manos, y ahora... Creyó ver moverse aún la cola de la alimaña en la sombría espesura, y desaparecer luego definitivamente después de esa última ironía.

Aumentó la obscuridad. La nubecilla blanquecina del zenit se disolvía poco á poco, y apenas era visible. Los rayos que aún brotaban de ella morían lánguidamente, sin claridad.

Makar había entrado en calor con la carrera. La nieve se derretía sobre él, metiéndosele por las mangas, deslizándose por el cuello de la sona, corriéndole por la espalda y llenándole los torbass. No tenía ya el gorro, que se había llevado el maldito de Alochka. Los mitones los había perdido en la carrera, y no sabía dónde encontrarlos. Aquello tomaba mal cariz. Makar no ignoraba que el frío implacable no es cosa de juego para el que va por la taiga con la cabeza y las manos descubiertas.

Hacía mucho tiempo que andaba. Según sus cálculos, ya hubiera debido salir de Yamalaj y divisar la torre de la iglesia. Sin embargo, seguía aún en la taiga, y la veía extenderse por todas partes en torno de él. Se hubiera dicho que la espesura le había hecho víctima de un sortilegio y le retenía en su círculo mágico. A lo lejos continuaba vibrando el solemne tañido de las campanas. Makar creía ir hacia esa parte, y, á pesar de eso, el sonido parecía más lejano, más débil cada vez.

La desesperación invadía sordamente el alma de Makar. Le abrumaba el cansancio. Las piernas se negaban á servirle; sentía doloridos y pesados los miembros; le faltaba la respiración. Se le entorpecían los pies y las manos. Parecíale que le apretaban y deshacían la cabeza aros candentes.

—¡Soy hombre perdido!

Esta idea empezó á surgir, y se reprodujo en su cerebro en intervalos más próximos cada vez, á medida que marchaba.

La taiga permanecía silenciosa. Cerrábase tras él con una especie de perversa tenacidad, tapando los claros y disipando toda esperanza de salvación.

—¡Soy hombre perdido!—seguía pensando Makar.

Las fuerzas le abandonaron al fin completamente. Las ramas de los arbustos le azotaban con insolencia como para mofarse de él y aprovecharse de su lamentable estado. Un momento surgió una liebre blanca en una clara; se sentó; meneó las largas orejas con las puntas manchadas de pintas negras, y, haciendo su tocado, dirigió á Makar las muecas más impertinentes. Le daba á entender así que conocía muy bien á su Makar, que sabía perfectamente que era aquel mismo Makar que instalaba en la taiga toda clase de máquinas destinadas á la destrucción de su especie. Pero en aquel instante se burlaba de él.

Para Makar fue una gran pena. Entretanto la taiga empezaba á animarse más: cada vez se volvía más hostil. Ahora hasta los árboles más distantes alargaban las ramas á su paso, le cogían de los pelos, le abofeteaban la cara, le daban latigazos en los ojos. Los gallos silvestres salían de sus escondrijos, y clavaban en él con curiosidad los redondos ojos. Con la cola desplegada y las alas abiertas, marchaban enmedio de sus familias, hablando á sus hembras, con cólera y en alta voz, de Makar y de sus emboscadas. Y para colmo de desdichas, por las lejanas espesuras vió cruzar con la rapidez del relámpago millares de hocicos de zorros. Aspiraban el aire helado, y, agitando las orejas puntiagudas, le dirigían miradas irónicas, en tanto que grupos de liebres, sentadas sobre las patas traseras, departían riendo acerca de los reveses de Makar.

Era demasiado.

—¡Soy hombre perdido!—pensó Makar por última vez. Y resolvió concluir sin más espera.

Se tendió sobre la nieve.

El frío era terrible. Los últimos resplandores de la aurora boreal no proyectaban ya en el cielo más que un débil reflejo vacilante; atravesando las altas copas de los árboles, fueron á acariciar á Makar con una claridad fugitiva. De muy lejos llegaban allí confusamente los ecos de las campanas de Chalgane.

Durante un momento llameó la aurora, alcanzando su máxima intensidad, y luego se apagó. Las campanas callaron.

Y Makar entregó el alma;...

VI

No se dió cuenta de cómo había sido aquello. Sabía que tenía que salir algo de dentro de él, y esperaba que saliese de un momento á otro..... Pero no salía nada.....

Con todo, él se daba perfecta cuenta de su estado: estaba muerto. Y permanecía tranquilo, sin moverse. Pasó así mucho tiempo, tanto tiempo, que acabó por aburrirse.

Estaba todo completamente á obscuras, cuando Makar sintió que alguien le daba con el pie. Volvió la cabeza y alzó los ojos.

Por cima de él inclinaban sus ramas los alerces, humildes y apacibles. Hubiérase dicho que se avergonzaban ahora de sus picardías de antes. Los velludos abetos extendían y columpiaban blandamente su nevado ramaje. Con igual suavidad brillaban y bajaban por la atmósfera copos de nieve.

Las estrellas, refulgiendo en la sombría extensión azul, lanzaban desde lo alto del firmamento dulces miradas al través del espeso ramaje, y parecían decir: «¿Véis ese pobre hombre muerto?»

Junto al cuerpo de Makar, y empujándole con el pie, se erguía un hombre. Era el viejo pope (1) Iván. Su larga sota-

(1) Nombre ruso del sacerdote del rito griego.

na, su *berguess* (1) de piel, sus hombros y su barba estaban cubiertos de nieve. Lo más notable es que era el mismo pope Iván que había muerto cuatro años antes.

Por aquellos tiempos ese Iván era un buen curita. Nunca apuraba á Makar por causa del diezmo, ni le reclamaba siquiera el dinero por las ceremonias del culto. El mismo Makar fijaba el coste de los bautismos y de las misas, y en aquel momento se acordaba con confusión de que á veces solía dar una cantidad demasiado mezquina y hasta no pagar nada. El pope Iván no se formalizaba por eso. Lo único que exigía es que á cada una de sus visitas hubiese sobre la mesa una botella de vodka. Si Makar no tenía dinero, corriente: mandaba él mismo por la botella, y bebían juntos. El pope rodaba invariablemente debajo de la mesa, borracho como una uva; pero era raro que armase quimera, y en todo caso nunca pegaba fuerte. Makar le llevaba á su casa, y le entregaba sin defensa y sin fuerzas en manos de su mujer.

Sí; era un buen curita. Su muerte fue atroz, sin embargo. Un día había salido todo el mundo, y el pope, que estaba borracho, se había quedado solo en la cama. Le entraron ganas de fumar. Se levantó, y se acercó dando traspiés á la chimenea, donde había una buena llama. Quería encender la pipa; pero, como había bebido una cantidad excesiva de aguardiente, no pudo guardar el equilibrio y cayó en la lumbre. Cuando volvieron los suyos, no encontraron ya del pope más que las piernas.

Se compadeció mucho al buen pope Iván; pero, como ya no quedaban de él más que las piernas, ningún médico del mundo podía curarle. Hubo que limitarse á enterrar aquellas piernas y á poner otro sacerdote en lugar del pope Iván.

Y ese curita, ahora de cuerpo entero, era el que se inclinaba hacia Makar y le daba con el pie.

—Levántate, querido Makar—decía,—y vámonos.

(1) Gorro.

—¿Y á dónde ir?—preguntó Makar de mal talante.

Toda vez que estaba muerto, pensaba que su deber era estarse tendido tranquilamente, y que no tenía necesidad de volverse á poner en marcha, de andar vagando de nuevo y perderse en la taiga. Si no, ¿á qué venía morirse?

—Vámonos con el *Gran Toyone* (1).

—¿Qué voy á hacer á su lado?—preguntó Makar.

—Él te juzgará—dijo el curita con voz contristada, trémula de emoción.

Makar se acordó, en efecto, de que después de la muerte hay que presentarse en cierto punto y someterse á un juicio. Así se lo habían dicho en la iglesia en otro tiempo. El curita tenía, pues, razón: había que levantarse.

Y Makar se levantó, refunfuñando entre dientes. Le contrariaba eso de que, aun después de la muerte, no le dejaran en paz.

El curita rompía la marcha. Makar le seguía. Caminaban en derechura hacia el Oriente. Los alerces se apartaban á su paso con humildad para dejarles libre el camino.

Makar notó con sorpresa que el pope Iván no dejaba ninguna huella sobre la nieve. Miró á sus propios pies, y no vió rastros tampoco: la nieve se extendía como blanca y tersa sábana.

Le atravesó por las mientes la idea de que ahora podría pasearse con toda libertad por enmedio de las trampas ajenas. Nadie lo advertiría. Pero el pope adivinó seguramente su secreto pensamiento, porque se volvió á él y le dijo:

—¡Déjate de eso! Tú no sabes lo que te reserva cada pensamiento semejante.

—¡Vaya, vaya!—respondió Makar enojado.—¡No puede uno pensar siquiera! ¿A qué vienen ahora esas severidades? Para eso cállate.....

El pope meneó la cabeza, y siguió andando.

(1) Dios.

—¿Nos falta mucho todavía?—preguntó Makar.

—Mucho—respondió el pope con pena.

—¿Y qué vamos á comer?—preguntó de nuevo Makar, no sin inquietud.

—Pero ¿te has olvidado de que estás muerto?—dijo el pope volviéndose.—Ya no necesitas comer ni beber.

Makar no se quedaba muy satisfecho. Sin duda sería una gran cosa la falta de necesidad en el caso de no encontrarse nada que comer; pero entonces debía quedarse echado como estaba inmediatamente después de su muerte; mientras que andar y andar tanto tiempo, sin comer nada, era lo más absurdo que podía imaginarse. Empezó á refunfuñar otra vez.

—¡Deja tus quejas!—dijo el pope.

—Bueno—respondió Makar sentido.

Y continuó gruñendo para sí y echando pestes contra aquel estado de cosas: obligar á andar á un hombre y no permitirle mascullar una corteza. ¿Se ha visto nunca tal?

Estaba de muy mal humor, pero no por eso dejaba de seguir al pope. Evidentemente hacía mucho tiempo que iban de camino. Cierto que Makar no veía rayar el alba; pero, á juzgar por la distancia recorrida, por el número de las gargantas y de los picos, de los ríos y de los lagos, de las llanuras y de los bosques que dejaban tras de sí, debía hacer una semana que estaban andando. Cuando Makar volvía la cabeza, veía huir la sombría taiga hacia el horizonte, detrás del cual desaparecían una á una, desvanecidas en las tinieblas, las altas montañas de eternas nieves.

Le pareció que subían más cada vez. Las estrellas adquirían mayor tamaño y brillo. Alumbraban más. Detrás de la cresta de una eminencia que escalaban, apareció un trozo de luna. Parecía darse prisa á huir; pero Makar y el pope la alcanzaban siempre, y, cuando al fin llegaron á esa meseta llana y elevada, la luna empezó á elevarse de nuevo sobre el horizonte.

Ahora se veía claro, mucho más claro seguramente que al

principio de la noche. Era sin duda porque se hallaban mucho más cerca de las estrellas. Tenían éstas el tamaño de manzanas y un brillo notable. La luna, tan grande como el fondo de un gran tonel de oro, brillaba cual el sol; iluminaba la llanura del uno al otro confín, haciendo visible el menor copo de nieve.

Millares de caminos atravesaban aquella llanura, convergiendo todos hacia el mismo punto: hacia el Oriente. Por esos caminos iban viajeros de todas clases y vestidos de todas maneras, á pié ó á caballo.

Desde hacía un instante Makar examinaba atentamente un jinete. De pronto, cambiando de dirección, corrió hacia él.

—¡Espera!—¡Para!—gritó el pope.

Makar no oía siquiera. Reconocía al tártaro que seis años antes le había robado su caballo pío y había muerto al año siguiente. El bruto rozagante volaba como una flecha. Sus cascos levantaban nubes de polvo de nieve, donde los rayos de las estrellas encendían mil reflejos multicolores y cambiantes. Viendo esa loca carrera, se preguntó Makar con asombro cómo él á pie había podido alcanzar al tártaro tan fácilmente. Este, por su parte, paró en cuanto vió á Makar á su lado. Makar le interpeló con violencia.

—Vamos á presentarnos al *starosta* (1)—gritaba.—Ese caballo es mío. ¡Tiene partida la oreja derecha!... ¡Véase si es malo este hombre!... Él montado en el caballo de otro, mientras el verdadero dueño va á pie como un mendigo.

—Espera—respondió inmediatamente el tártaro.—No hay que ir á presencia del *starosta*. ¿Dices que es tuyo este caballo? ¡Pues tómale! ¡Maldito animal! Cinco años hace que le monto sin que parezca moverse de su sitio... Todos los peatones me adelantan... Es una vergüenza para un buen tártaro.

Alzaba ya la pierna para desmontar, cuando llegó sin aliento el curita, y cogió á Makar de la mano.

(1) La autoridad del pueblo.

—¡Desgraciado!—exclamó.—¿Qué vas á hacer? ¿No ves que el tártaro quiere jugarte una mala pasada?

—¡A buen seguro que me engaña!—vocifereaba Makar, blandiendo los brazos.—Era un buen caballo, un gran caballo de campo... No hace dos años aún me ofrecían cuarenta rublos por él... ¡No, no, hijo mío!... Si has estropeado al animal, voy á matarle para vender la carne... En cuanto á tí, ya te ajustaré yo la cuenta... ¿Crees que porque eres tártaro no hay leyes contra tí?...

Makar se irritaba, levantando la voz á fin de atraer mucha gente en torno suyo, porque tenía miedo á los tártaros. Pero el pope contuvo sus ímpetus.

—¡Poco á poco, Makar, poco á poco! Te olvidas siempre de que estás muerto... ¿Qué falta te hace á tí un caballo?... ¿No ves que tú adelantas á pie más que el tártaro?... ¿Deseas por ventura verte obligado á viajar durante miles de años?...

Makar comprendió entonces por qué el tártaro le cedía el caballo con tanto apresuramiento.

—¡Qué mala ralea!—pensó.

—Está bien. Vete con tu caballo... y yo, querido, presentaré mi querella.

El tártaro se encasquetó el sombrero con rabia, y fustigó el caballo. Este se encabritó; sus cascos levantaron torbellinos de nieve; pero, mientras permanecieron allí Makar y el pope, el tártaro no adelantó un solo paso.

Este castigó con furia á la bestia, y dirigiéndose á Makar:

—Oye, amigo—dijo.—¿No tendrás por casualidad un poco de tabaco? Tengo unas ganas terribles de fumar, y va para cuatro años que me quedé sin una hoja.

—¿Yo tu amigo? ¡Lo serás del diablo!—contestó Makar furibundo.—¡Mira tú eso! ¡Me roba mi caballo, y todavía se atreve á pedirme tabaco! Anda; ya puedes reventar; no seré yo el que te tenga lástima...

Dicho esto, Makar volvió á ponerse en camino.

—Has hecho mal—le advirtió el pope—en no dar á ese

hombre una hojita de tabaco. Por esa buena acción el Toyone te hubiese perdonado cien pecados, cuando menos, el día del juicio.

—¿Por qué no habérmelo dicho antes?—contestó desabridamente Makar.

—Es que ahora es ya demasiado tarde para darte tales avisos. Los popes hubieran debido instruirte acerca de esto cuando vivías.

Makar se enfadó. Veía que los popes no servían para nada: recibían muy bien, pero no se tomaban la molestia de enseñaros en qué momento preciso es menester regalar á un tártaro una hoja de tabaco, para obtener una remisión de pecados... Muy fácil de decir: ¡cien pecados!... ¡y todo eso por una sola hoja!... De todos modos, valía la pena de...

—Aguarda—exclamó.—A nosotros nos bastará una hoja. Tengo otras cuatro; voy á dárselas al tártaro... Total: cuatrocientos pecados...

—Vuélvete—dijo el pope.

Makar se volvió. Detrás de él se extendía como una blanca sábana de desierta llanura. El tártaro apareció un instante en lontananza como un punto negro. Durante otro instante Makar creyó ver revolotear el polvo de nieve en torno de los cascos de su caballo pío; pero también desapareció esa nube.

—Bien, bien—dijo Makar.—El tártaro se pasará sin mi tabaco... El bribón ha estropeado mi caballo de buena manera!

—No—contestó el pope.—No le ha estropeado. Lo que hay es que es un caballo robado. ¿No has oído decir á los viejos que «en caballo robado no se va lejos?»

Makar se lo había oído efectivamente; pero, como durante su vida había visto llegar hasta la ciudad á muchos tártaros montados en caballos robados, no era asombroso que no hubiese concedido gran importancia á las palabras de los viejos. Ahora se convenció, sin embargo, de que las personas de edad podían decir verdades...

Y notó que en la llanura pasaba por delante de otros muchos jinetes. Todos llevaban el mismo paso que el primero; los caballos volaban; los hombres iban cubiertos de sudor, y, no obstante, Makar los dejaba atrás. A cada momento adelantaba á uno.

Eran por lo común tártaros. Pero de vez en cuando Makar reconocía también habitantes indígenas de Chalgane. Algunos de estos iban montados en toros á los cuales despavilaban alguna que otra vez con un zurrido.

A los tártaros les lanzaba Makar miradas iracundas, murmurando que no estaban bastante castigados aún. En cambio se paraba con los habitantes de Chalgane que topaba en su camino. Los saludaba afablemente y echaba un parrafito con ellos. Aunque ladrones, eran amigos de todas maneras. A veces no podía dominar un movimiento de compasión hacia ellos. Cogía varas, y aguijaba con ardor toros y caballos. Pero, apenas daba algunos pasos hacia adelante, los jinetes quedaban detrás de él reducidos á puntos casi imperceptibles.

La llanura parecía interminable. A cada segundo se cruzaban con un jinete ó con un peatón, y, sin embargo, todo parecía desierto. Se hubiera dicho que entre esos viajeros había centenares y millares de verstas.

Entre otras figuras notó Makar la de un viejo desconocido. Pero era á todas luces un habitante de Chalgane; sus facciones, su traje, su modo de andar, no daban lugar á dudas. Makar, sin embargo, no se acordaba de haberle visto jamás. Llevaba el viejo una sona rota, un gran berguess de orejas, también maltrecho, un calzón viejo de cuero, y torbass de becerro muy raidos. Pero lo peor era que, á pesar de su edad, el infeliz llevaba á la espalda una vieja más decrepita aún y cuyas piernas arrastraban por el suelo. El viejo, sin aliento, tropezaba, apoyándose pesadamente en su palo.

Makar, compadecido, se detuvo. El viejo se detuvo también.

—¡Habla!—dijo Makar en tono animador.

—No tengo nada que decir—respondió el viejo.

—¿Qué has visto?

—No he visto nada.

—¿Qué has oído?

—No he oído nada.

Después de este coloquio calló Makar. Juzgó oportuno un silencio antes de preguntar al viejo su nombre y el lugar de dónde venía.

El viejo dió su nombre. Hacía mucho (no recordaba ya la época) que había salido de Chalgane. Era para ir «á la montaña», á fin de salvar su alma. Allá no había hecho más que comer zarzamoras y raíces. No labraba, no sembraba, no llevaba trigo al molino, no pagaba impuestos. Un día falleció. Compareció entonces ante el gran Toyone. El Toyone le preguntó quién era y qué había hecho. «He ido á la montaña á fin de salvar mi alma.»—«Bien—respondió el Toyone.— Y ¿dónde está tu mujer? Vé por ella y tráemela.» Y el viejo se fué en busca de la vieja que, mientras el marido se ocupaba en salvar su alma, no tenía ya casa, ni vaca, ni pan, ni nadie que la sustentase. Así, durante esos últimos días, la mujer andaba mendigando, y las fuerzas la abandonaban, y no podía ya arrastrar sus pobres piernas. Ahora el viejo tenía que llevar la vieja á costas hasta la residencia del Toyone.

Se echó á llorar. Entonces la vieja, como si se tratase de un simple toro, le dió un puntapie, y gritó con voz airada y temblona:

—¡Vamos andando!

Creció la compasión de Makar por ese viejo. Por su parte, se felicitaba interiormente de no haber conseguido «llegar á la montaña.» ¡Su mitad era una mujerona tremenda! Le hubiera sido mucho más difícil llevarla. Y si por remate se le hubiera antojado á ella darle de puntapiés, ni más ni menos que á un toro, le hubiese hecho morir por segunda vez.

Tal fue su compasión, que cogió á la vieja por las piernas á fin de aliviar á su amigo. Pero no había andado tres pasos

cuando tuvo que soltarlas corriendo, porque temía que se le quedasen entre las manos; y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron el viejo y su carga.

A partir de ese momento, Makar no encontró ya á nadie que fuese digno de llamar su atención. Caminaban trabajosamente ladrones cargados como bestias con los bienes robados. Corpulentos toyones yakutas se bamboleaban en sus sillas de montar, que parecían torres, y sus altos sombreros tocaban á las nubes. A su lado corrían y brincaban pobres diablos de obreros, flacos como liebres. Venía luego un asesino ensangrentado, de mirada torva, feroz; se revolcaba en la immaculada nieve para lavar sus manchas de sangre, pero en vano: la nieve se enrojecía en torno suyo, con la misma rapidez que si hubiese sido agua hirviendo, y, no obstante, las manchas del asesino parecían resaltar con más viveza. Y el hombre seguía andando, con los ojos llenos de desesperación y de horror, evitando las miradas espantadas de los otros viajeros.

Después se veían á cada instante almitas de niños que cruzaban los aires comoavecillas, con la rapidez del relámpago. Eran bandadas numerosas. Makar no se asombraba. La gruesa é insana alimentación, la suciedad, el fuego de las chimeneas y las corrientes de aire de las yurtas explicaban que Chalgane por sí sólo proporcionara centenares de almas..... Cuando se acercaban al asesino, se hacían á un lado, huyendo azorados, y mucho tiempo después se oían aún sus alitas agitadas batiendo los aires medrosas é inquietas.....

Entre tanto, Makar no pudo menos de advertir que relativamente avanzaba bastante deprisa. Se apresuró á atribuir este hecho á su virtud.

—Oye, padre—dijo.—¿Qué te parece á tí? Es verdad que durante mi vida no me disgustaba echar un traguito; pero, aunque empinase el codo, no dejaba de ser un buen hombre..... El Toyone me quiere.....

Dirigía al pope Iván una mirada escrutadora, esperando á

ver si le hacía desembuchar. Pero el pope le contestó brevemente:

—No te enorgullezcas. Nos acercamos. Pronto sabrás tú mismo á qué atenerte.

Hasta entonces no vió Makar que empezaba á salir la aurora.

Brotaron ante todo del horizonte algunos rayos brillantes, como primeras notas de una grandiosa sinfonía. Esos rayos, atravesando rápidamente el cielo, soplaron las vivas llamas de las estrellas. Estas se apagaron, se puso la luna, y la nevada llanura se obscureció.

Subieron entonces nieblas que, como guardias de honor, rodeaban la llanura.

Hacia un punto del Oriente se iluminaron las nieblas como guerreros vestidos de oro.

Luego esas nieblas empezaron á ondular, y los guerreros de corazas de oro se inclinaron hacia la llanura.

Y detrás de ellos apareció el sol. Parado junto á la guardia centelleante, paseó su mirada por la llanura.

Y la llanura entera se inundó de una luz deslumbradora, incomparable.

Y las nieblas, cediendo á un impulso enorme, subieron solemnemente. Hacia Occidente se desgarraron, y con lentas ondulaciones perdiéronse en el cielo.

Y Makar creyó oír un cántico maravilloso y divino. ¿No era el mismo cántico tan conocido ya de él, con que la tierra saludaba todas las mañanas la aparición del sol? Pero Makar jamás había concedido á esa música la atención que merecía. Por primera vez comprendía cuán sublime era. Inmóvil, prestaba oído, negándose á andar, queriendo quedarse allí escuchando eternamente.....

Pero el pope Iván le tiró de la manga.

—Entremos—dijo;—hemos llegado.

Makar vió entonces delante de sí una gran puerta que las nieblas le ocultaban hacía poco.

No tenía ninguna gana de moverse. Pero era forzoso obedecer.

VIII

Entraron en una espaciosa y bella isba, y sólo después de haber franqueado el umbral, apreció Makar retrospectivamente la helada temperatura de fuera. En medio de la isba, una chimenea de plata pura, maravillosamente cincelada y provista de enormes leños de oro llameantes, difundía un calor suave, igual, que penetraba en seguida todo el cuerpo. El fuego de esa chimenea no hacía daño á los ojos, ni abrasaba: no hacía más que caldear. Makar de nuevo tuvo ganas de permanecer allí eternamente calentándose. También el pope Iván, acercándose á la chimenea, extendió las manos ateridas hacia las llamas.

Cuatro puertas había en la isba. Sólo una comunicaba con el exterior. Las otras tres daban paso á jóvenes vestidos de blanco, que no cesaban de entrar y salir. Makar supuso que serían servidores del Toyone. Creía haberlos visto ya en alguna parte, pero no sabía dónde á punto fijo. Se asombró no poco de ver agitarse en sus espaldas grandes alas. Pensó que el Toyone debía tener por fuerza otras gentes á su servicio, porque era imposible que aquellas circularan desembarazadamente por las espesuras de la taiga, cuando fuesen á cortar árboles.

Uno de los servidores se aproximó también á la chimenea. Volviendo la espalda á Makar, trabó conversación con el pope.

—Habla.

—No tengo nada que decir—respondió el curita.

—¿Qué has oído por el mundo?

—No he oído nada.

—¿Qué has visto?

—No he visto nada.

Callaron. Luego añadió el pope:

—Aquí traigo uno.

—¿Uno de Chalgane?—preguntó el servidor.

—Sí.

—¡Ah! En ese caso tengo que preparar la balanza grande.

Y desapareció por una de las puertas á fin de dar las órdenes oportunas. Makar preguntó al pope por qué hacía falta una balanza, y precisamente grande.

—Te diré—respondió el pope algo confuso.—La balanza va á servir para pesar el bien y el mal que has hecho durante tu vida. Por lo común, lo bueno y lo malo de todos los hombres se contrapesan. Pero los habitantes de Chalgane tienen tantos pecados á su cuenta que, por decisión del Toyone, ha habido que fabricar para ellos una balanza especial, con un platillo inmenso para los pecados.

Estas palabras impresionaron á Makar. Parecíale como si escarvara alguna cosa en el corazón, y se sentía invadido de timidez.

Los servidores, traída la balanza, la instalaron. Uno de los platillos era de oro; el otro de madera y de dimensiones extraordinarias. Debajo de este último se abrió súbitamente un boquerón enorme.

Makar se adelantó; examinó atentamente el aparato; procuró ver si no habría algún indicio de superchería. Todo estaba en regla; los platillos inmóviles se mantenían á la misma altura.

Con todo, no se daba cuenta exactamente del modo de funcionar del aparato, y él hubiera preferido con mucho una romana, instrumento que en el curso de su larga vida había sabido utilizar tan ventajosamente en sus compras y ventas.

—Aquí viene el Toyone—dijo de pronto el pope Iván, estirándose precipitadamente la sotana y arreglando sus pliegues.

Se abrió la puerta de enmedio y entró el Toyone. Era vie-

jo, muy viejo. Su larga barba argentada le llegaba más abajo de la cintura. Iba vestido de pieles y telas lujosas. Nunca las había visto semejantes Makar. Calzaba *snow-boots* guarnecidas de terciopelo y análogas á las que Makar había visto en otro tiempo en los pies de un pintor de imágenes.

A la primera mirada, Makar reconoció en el Toyone al viejo que recordaba haber visto pintado en la iglesia. Sólo que éste no tenía consigo á su hijo. Makar pensó que el hijo andaría ocupado en sus cosas. En cambio apareció la paloma, que, después de dar algunas vueltas á la estancia por encima del viejo, fue á posarse en sus rodillas. Ocupando un asiento aparte, dispuesto para su exclusivo uso, el viejo Toyone acariciaba la paloma con la mano.

La fisonomía del Juez Supremo expresaba la bondad. Cuando Makar estaba más abatido, miraba ese rostro y se sentía mejor.

Si se apuraba, era porque estaba repasando toda su vida en todos sus pormenores: se acordaba del menor de sus pasos, de cada hachazo que había dado, de cada árbol que había derribado, de cada fullería que había hecho, de cada vasito de vodka que había bebido.

Y le daba vergüenza, y tenía miedo. Pero, mirando al viejo Toyone, cobró ánimos.

Y, una vez recobrada su presencia de espíritu, acarició el pensamiento de poder ocultar algunas de sus faltas.

El viejo Toyone le examinó, le preguntó cómo se llamaba, de dónde venía y cuál era su edad.

Respondió Makar, y el Toyone preguntó de nuevo:

—¿Qué has hecho durante tu vida?

—Tú lo sabes tan bien como yo—contestó Makar.—Has debido escribirlo todo.

Makar ponía á prueba al viejo Toyone. Quería saber si estaba anotado todo realmente.

—Habla tú mismo—dijo Toyone.

Y Makar se enardeció.

E. M.—*Diciembre* 1898.

Empezó á referir todo el trabajo que había hecho. Aunque se acordaba perfectamente del número de veces que había blandido el hacha, de la madera que había cortado y de los surcos que había trazado su arado, añadió á esa cifra millares de varas, cientos de carretadas de leña y cientos de vigas y de *puds* (1) de granos sembrados.

Cuando acabó su enumeración, el Toyone se dirigió al pope Iván.

—Tráeme ahora el registro.

Sólo entonces comprendió Makar que el pope Iván estaba al servicio del Toyone en calidad de secretario. Se sintió mucho de que el pope no le hubiera puesto al corriente como amigo.

El pope Iván llevó un gran registro, y se puso á leer.

—Mira cuántas varas hay—dijo el Toyone.

El pope dirigió una mirada al registro, y respondió con tono apesadumbrado:

—Ha añadido tres millares.

—¡Miente!—exclamó Makar con ira.—Se engaña. Es sin duda porque es un borracho, y ha muerto de mala manera.

—Calla—dijo el Toyone.—¿Te imponía precios exorbitantes por el prestimonio, por los bautismos y los casamientos?

—Yo haría mal en acusarle de eso—contestó Makar.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el Toyone.—En cuanto á beber un trago, sé lo mismo que tú cuánto le gustaba.....

Y el Toyone estaba irritado. Se dirigió al pope Iván.

—Lee la lista de sus pecados. Es un impostor en quien no puedo tener confianza.

Durante este diálogo, los servidores habían echado en el platillo de oro las cortas, las labranzas y todo el trabajo de Makar. El platillo de oro bajó de tal suerte, que el de madera, que subía por el otro lado, se elevó á una altura á donde las

(1) 16 kilogramos.

manos no podían ya alcanzarle. Los jóvenes servidores del Señor tuvieron que abrir las alas y tomar vuelo, y no bajaban de un centenar los que tiraban de las cuerdas para hacer que descendiese el platillo.

¡Pesaba de firme el trabajo del vecino de Chalgane!

Y el pope se puso á contar el número de veces que Makar había engañado. Encontró veintiún mil novecientas treinta y tres trapacerías. Contó luego el pope las botellas de aguardiente que había bebido Makar: sacó cuatrocientas. Y siguió contando el pope. Makar vió que ahora el platillo de madera vencía en peso al de oro; ya bajaba el agujero. Conforme el pope leía, el platillo bajaba más.

Makar pensó entonces que las cosas tomarían mal sesgo para él. Se acercó á la balanza, y como quien no hace nada, trató de detener con el pie el descenso del platillo.

Notó un servidor la superchería y se promovió un tumulto.

—¿Qué es ello?—preguntó el Toyone.

—Ha querido detener el platillo con el pie—contestó el servidor.

El Toyone se volvió airado hacia Makar.

—¡Te he juzgado!—exclamó.—Eres un impostor y un borracho. No has pagado los impuestos; debes aún al pope el prestimonio; y por tu culpa, por las palabrotas que le haces pronunciar continuamente, peca á diario el Comisario de policía.....

Y dirigiéndose al pope Iván, preguntó el Toyone:

—¿Quién hay en Chalgane que haya trabajado más á sus caballos, y los cargue más y no los deje respirar?

El pope respondió:

—El cillerero de la iglesia. Tiene casa de postas y es el que lleva al comisario de policía.

Entonces el viejo Toyone pronunció esta sentencia:

—Que entreguen este holgazán al cillerero, que lleve como un caballo á su comisario hasta que caiga muerto, extenuado de fatiga..... Después veremos.....

No había acabado de hablar el Toyone cuando se abrió la puerta. Entró en la isba su hijo, se sentó á la diestra del padre, y dijo así:

—He oído la sentencia..... He vivido mucho tiempo entre los hombres y conozco las cosas de la tierra. Ese pobre hombre será muy desgraciado; le costará mucho llevar al comisario de policía..... Pero..... en fin, ¡sea!..... Sin embargo, él tiene quizá que añadir alguna cosa. Vamos, habla, pobrete.

IX

Pasó entonces algo extraordinario. Makar, ese mismo Makar que nunca había podido decir más de diez palabras seguidas, sintió desatársele la lengua de repente. Se puso á hablar tan bien, que él mismo se quedó atónito. Se desdobló, por decirlo así, en dos Makars: uno que hablaba y otro que escuchaba con sorpresa. No acertaba á dar crédito á sus oídos. Fluían sus palabras, fogosas, ardientes, con la mayor facilidad. Brotaban y corrían á engarzarse en largas series, bien ordenadas. Makar no se desconcertaba; si por acaso titubeaba un momento, al punto se rehacía y gritaba con doble fuerza. Pero lo importante era el convencimiento de que su elocuencia era persuasiva.

El viejo Toyone, molestado al principio por la impertinencia de Makar, le escuchaba ahora con atención. Parecía decirse que, después de todo, Makar no era tan zote como daba á entender su aspecto. Desde las primeras palabras, el pope empezó á sobrecogerse de temor. Tiró á Makar de la sona, pero éste se apartó y continuó hablando sin empacho. A poco el curita cesó de temer. Hasta iluminó su semblante una sonrisa, cuando oyó salir de boca de uno de sus feligreses la verdad plena é íntegra, y notó que ese atrevimiento parecía agrandar al Supremo Juez. Los jóvenes servidores del Toyone interrumpían sus quehaceres y se paraban á la puerta. Veíaseles,

con sus largas túnicas y las blancas alas plegadas, darse unos á otros con el codo, oyendo asombrados el discurso de Makar.

Empezó éste declarando que se negaba á entrar en casa del cillerero y á servirle en calidad de caballo. No porque temiese el trabajo penoso, sino porque era injusta la sentencia; y desde el momento en que era injusta no pensaba ni remotamente en cumplirla, y hacía el mismo caso de ella que de las nieves de antaño. De modo que no se movería de allí. Puede hacerse de él lo que se quiera, y aun ponerle para siempre al servicio del diablo; pero no llevarle al comisario de policía, porque es inicua esa sentencia. No vaya á pensarse, con todo, que le asusta el oficio de caballo. Verdad es que el cillerero revienta á los suyos y nunca les da reposo, pero les da siquiera avena, mientras que él, Makar, ha tenido que afanarse toda la vida, sin tregua ni reposo, y nadie le ha dado avena.

—¿Pues quién te tenía así?—preguntó el Toyone con despecho.

Sí: toda su vida había estado reventado, siempre en la brenga, siempre echando los bofes, sin un respiro. ¿Quién le tenía así? ¡Pues los starostas, los síndicos, los asesores y los ispravniks que reclamaban los impuestos; los popes que pedían el diezmo; la miseria, el hambre, los fríos y los calores, las lluvias y las sequías, la tierra helada y la maldita taiga!..... Los animales que echa por delante el pastor van con la cabeza baja, mirando al suelo, sin saber á dónde van..... Pues bien: á él le pasaba lo mismo..... ¿Comprendía él acaso lo que leía el pope en la iglesia y por qué debía pagar el diezmo? ¿Sabía él por qué habían alistado á su hijo mayor como soldado, dónde había ido, dónde había muerto, dónde reposaban ahora sus huesos míseros?

¡Se le echa en cara como un crimen el haber bebido mucho vadka! Es verdad; no lo niega. Pero bebía aguardiente para ahogar las penas de su corazón.....

—¿Cuántas botellas dices?

—Cuatrocientas—respondió el pope Iván, después de dirigir una ojeada al registro.

¡Bueno! Pero ¿era aguardiente de veras? Contenía tres cuartas partes de agua por una sola de vodka, mezclada todavía con una infusión de tabaco. ¡Había, pues, en la cuenta trescientas botellas de más!

—¿Es exacto lo que dice?—preguntó al pope Ivan el viejo Toyone, en cuya fisonomía se notaban aún huellas de disgusto.

—¡La pura verdad!—respondió el pope con viveza.

Makar continuó.

Se le hacen cargos por haber puesto tres mil estacas más de las debidas. ¡Pues, bueno, sí! Confiesa no haber cortado más que diez y seis mil. Pero, ¿es que eso no basta? Además, en ese número entran las dos mil que cortó cuando estaba muriéndose su primera mujer..... Sin embargo, entonces tenía bien encogido el corazón; hubiese querido quedarse al lado de la infeliz; pero la miseria le echaba á la taiga..... y en la taiga lloraba, y las lágrimas se le helaban en las pestañas, y en medio de su pena sentía penetrar el frío hasta su corazón..... Y él, á todo esto, corta que corta.....

Murió su mujer. Él no tenía dinero para enterrarla. A fin de pagarle una morada en el otro mundo, ofreció sus servicios á un almacenista de leña. El comerciante, viéndole muy apurado, no le dió más que diez copeks por carretada..... Y mientras la pobre mujer quedaba abandonada en la casa, sin fuego, él cortaba leña nuevamente y sollozaba..... A su juicio, aquellas carretadas valían, por lo menos, cinco veces más.....

Asomaron lágrimas á los ojos del viejo Toyone, y Makar vió oscilar la balanza: el platillo de madera se elevó un poco, al paso que el otro descendió.

Y siguió diciendo:

—Lo han anotado todo en el registro. Pero, ¿se ha anotado el número de lágrimas que le ha hecho derramar la negra miseria? Escudríñese su existencia. ¿Conoció él jamás las cari-

cias, la acogida bondadosa ó la alegría? Sus hijos, ¿dónde están? Unos han muerto, no dejándole más que dolor y lágrimas; otros, una vez crecidos, le abandonaron; cada cual se fué á bregar por su cuenta contra la miseria sombría. Y él, Makar, se ha quedado solo con su segunda mujer, sintiendo debilitarse sus fuerzas, aguardando los rigores de una mala vejez sin asilo. Los dos solitarios parecían dos abetos huérfanos enmedio de la estepa, sin nada que los protegiese ya contra las tormentas de nieve.....

—¿Dice verdad?—preguntó de nuevo el Toyone.

—¡La pura verdad!

Y entonces osciló otra vez la balanza.....

Pero el Toyone permanecía pensativo.

—¡Cómo!—dijo.—Yo, sin embargo, poseo justos en la tierra, verdaderos justos..... Tienen ojos brillantes, caras limpias y serenas, vestidos immaculados..... Sus corazones, tiernos como las tierras fértiles, guardan la buena semilla. Y allí brotan los lirios de los campos y las plantas olorosas, cuyo perfume tanto me deleita..... Pero tú, mírate.....

Makar vió fijarse en él todas las miradas, y se avergonzó. En efecto: tenía los ojos turbios, la cara negra, la cabeza desgredada, la barba inculta, la ropa harapienta. Verdad es que mucho antes de su muerte había tenido á menudo la intención de comprar un par de botas, para comparecer un día ante su Juez supremo con la dignidad que conviene á un buen campesino. Pero siempre había gastado el dinero en vodka, y ahora se presentaba ante el gran Toyone, calzado de malos torbass, como el más miserable yakuta..... Hubiera querido que se le tragase la tierra.....

—Tienes la cara negra—proseguía el Toyone—los ojos turbios, la ropa destrozada. Tienes el corazón cubierto de malas hierbas, de espinas, de ajeno amargo..... Por estas razones amo yo á mis justos, y aparto la vista de los impíos como tú.....

A Makar se le oprimió el corazón. Pesaba sobre él el opro-

bio de su vida. Ya había bajado la cabeza; pero volvió á alzarla, y prosiguió su discurso.

—¿De qué justos hablaba el Toyone? ¿Sería de los que en vida de Makar habitaban grandes y ricas moradas.....? En ese caso, Makar los conoce bien..... Si tienen ojos brillantes, es porque no han vertido tantas lágrimas como Makar; si tienen caras serenas y limpias, es porque se las lavan con aguas perfumadas; si llevan vestidos inmaculados, es porque los tejen manos ajenas.

Bajó otra vez la cabeza Makar. Pero volvió á alzarla en seguida.

—¿Y no sabe, sin embargo, que ha nacido, como los demás, con ojos límpidos, abiertos para reflejar los cielos y la tierra, y con un corazón puro, pronto á acoger todo lo bello que el mundo le ofreciese? Y si en este momento desearía esconderse de vergüenza bajo la tierra, no es por culpa suya..... ¿De quién es la culpa.....? Lo ignora.... Lo único que sabe es que á él se le ha agotado ya la paciencia.....

*
* *

No cabe duda de que, si hubiese podido ver el efecto producido sobre el Toyone por su discurso, si hubiese visto caer cada una de sus palabras airadas sobre el platillo de oro como un peso de plomo, se hubiese calmado su corazón. Pero era incapaz de advertir nada, porque estaba dominado por una desesperación sin límites.

Con rápida ojeada abarcó su vida entera. ¿Cómo ha podido soportar semejante carga hasta esta hora? ¡La ha soportado! Es que ante él brillaba siempre, como una estrella al través de la niebla, un rayo de esperanza. Desde el instante en que vivía, podía, debía obtener una suerte mejor.... Ahora todo había acabado..... Se extinguía la esperanza.....

Obscurecióse su alma, y se desencadenó en su seno una tempestad, como tormenta de nieve durante noche sombría, en-

medio de una estepa desierta..... Olvidó dónde y ante quién estaba, lo olvidó todo, fuera de su cólera.....

Pero el Toyone le dijo:

—¡Espera, pobre hombre! Tú no estás ya en la tierra..... Para tí también habrá justicia aquí.....

Y Makar se estremeció. Sintió en sus profundidades que se apiadaban de él, y se calmó su alma. Pero, como aún seguía desfilando ante sus ojos su sombría existencia, desde el primer día hasta el último, sintió por su propio destino una piedad indecible..... y se deshizo en lágrimas.....

Y el Toyone lloraba también, y también lloraba el pope Iván, y lloraban los jóvenes servidores del Señor, enjugándose las lágrimas con las anchas mangas blancas.....

Y la balanza seguía oscilando, y el platillo de madera no cesaba de elevarse, subiendo y subiendo sin parar.

.

ULADIMIRO KOROLENKO.

EL AÑO SOCIOLOGICO 1897

El presente estudio no responde con entera exactitud á lo que indica su título: débese esto á la naturaleza de las fuentes que he querido aprovechar, únicas que, por otra parte, podrían ser tomadas en cuenta, para escribir este breve ensayo de resumen de los trabajos sociológicos verificados en un período recientísimo. Es indudable que la Sociología alcanza de día en día una importancia cada vez mayor, no sólo como objeto de investigación directa, sino también como influjo en el pensamiento científico contemporáneo, en cuanto la consideración del problema sociológico y de las profundidades de la vida social á que las indagaciones de los sociólogos han llegado, determinaron toda una manera de ver las cosas humanas, y aun la realidad misma: la *manera* que pudiéramos llamar *sociológica*. Ahora bien, esta importancia creciente de la Sociología, prescindiendo de su influjo, revélase sobre todo en el infinito número de publicaciones que en todos los países cultos se dan á la imprenta, unas de índole sistemática, más ó menos precipitada (desde Comte y Spencer, hasta Giddings, Barth ó Gumpłowicz) y otras de carácter monográfico, como

las numerosísimas de los Tarde, Durkheim, Worms, Fouillée, Greef, Asturaro, Vanni, Lilienfeld, Ward, Vincent, Simmel, Giner, Azcárate, etc., etc.

Esta extraordinaria fecundidad en el campo sociológico, junto con la complejidad y trascendencia reconocidas de los problemas de la Sociología, ha provocado ya hasta la formación de medios de índole colectiva y científica, encaminados: 1.º, á recoger los resultados variadísimos de las investigaciones sociológicas; 2.º, á procurar el encauzamiento (de un modo libérrimo, claro es, siempre) de las corrientes de la Sociología científica; 3.º, á facilitar las relaciones entre los cultivadores de la ciencia nueva, y 4.º, á poner al alcance de éstos los datos que otras investigaciones de ciencias afines y auxiliares proporcionan.

Dejo á un lado la creación de cátedras de Sociología en las instituciones de enseñanza universitaria principalmente, que implican la consagración oficial del interés científico y aun educativo de la Sociología; creación que es un hecho en América, que después de cierta oposición se ha conseguido en Francia (1), y que en España se ha reclamado repetidas veces para el doctorado en Derecho y en Filosofía (2). Como prueba palmaria de cuanto dejo dicho, he de citar, por vía de ejemplo, dos datos sólo de indiscutible significación, datos por de contado incompletos, pero que algún día espero presentar con toda

(1) Hay cátedras de Sociología en algunas Universidades. Izoulet enseña filosofía social en el Colegio de Francia. Tarde ha dado cursos de Sociología en la *Ecole libre des Sciences politiques*, y Kraus en el *College libre des Sciences sociales*.

(2) Se ha creado esta cátedra en la reciente reforma de la Facultad de Filosofía y letras. La Sociología ha sido objeto de enseñanza en *La escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid*, por los Sres. Azcárate y Sales y Ferré. En Alemania enseñan Sociología, Simmel en Berlín, Barth en Leipzig, Grosse en Friburgo. La enseñan en Italia, que sepamos, Asturaro en Génova, Virgili en Siena, de Martis en Turín, etc.

la exactitud que me sea dable (1); son estos datos: 1.º, la publicación de no pocas Revistas exclusivamente sociológicas; 2.º, la constitución de Sociedades ó asociaciones sociológicas enderezadas á relacionar entre sí los sociólogos y á dar á los cultivadores de la Sociología el impulso fecundísimo del esfuerzo colectivo.

En el número de las Revistas sociológicas, bastará recordar la *Revue internationale de Sociologie* (París), la *Rasegna di Sociologia é Science affine*, la *Rivista di Sociologia* (hoy suprimida), *La Scienze sociale*, *La Rivista italiane di Sociologia*, y otras más en Italia; el *Zeitrchrift für Socialwissenschaft* y el *Zeitschrift für die gesammte Statswissenschaft*, en Alemania; los *Annales de l'Institut des Sciences sociales*, en Bélgica; los *Annals of the American Academy of political and social Science*, y *The American Journal of Sociology*, en América, etc., etc. con más la *Bibliographie sociologique*, publicada en Bruselas, y las otras Revistas de carácter más bien *social* que *sociológico* y las cuales son muy numerosas. A estas publicaciones periódicas es preciso añadir todavía el *Año sociológico*, de M. Durkheim; pero de esto hablaré luego con más detenimiento.

Las instituciones colectivas para el estudio de la Sociología son ya bastante en número: unas, como el *Colegio libre de ciencias sociales*, de París, la *Scuola superiore de Science sociale*, de Milán; el *Departamento de Sociología*, de Chicago; el *Colegio de Sociología*, de Hartford, etc., tienen un carácter esencialmente educativo y docente; otras, como el *Musée social* y la *Société di Sociologie*, de París, el *Institut des sciences sociales*, de Bruselas; el *Institut internationale de Sociologie* y *The American Academy of Political and social Science*, de Filadelfia, tienen un carácter más amplio y comprensivo.

Sería en verdad un empeño superior por completo á mis

(1) Probablemente procuraré dar una información completa sobre este punto en un libro, hoy en preparación, sobre los *Sistemas de Sociología*.

fuerzas, y de imposible realización en este caso, aprovechar todas las indicaciones de las Revistas citadas, y de las publicaciones de algunas de las instituciones á que me refiero, amén de las de los libros, para reflejar con la debida exactitud el movimiento sociológico del año. Mi propósito, repito, es más modesto, al escribir este artículo con el título, no enteramente adecuado, de *Año sociológico*. Voy á limitarme á las noticias que nos proporcionan, con cierto orden ya, dentro de límites perfectamente dominables, y con un relieve bastante pronunciado para poder apreciar en conjunto el desarrollo de la ciencia sociológica en un período reciente, dos publicaciones francesas, de carácter internacional, por su colaboración y por su contenido: estas dos publicaciones, de que ya alguna vez he hablado en las *Notas bibliográficas* de LA ESPAÑA MODERNA, son: 1.º, los *Annales de l'Institut internationale de Sociologie*, y 2.º, *L'Année sociologique*.

II

Los *Annales* del Instituto de Sociología (1) publicanse en París bajo la dirección del Sr. Worms, sociólogo bien conocido en el mundo científico, autor de un excelente trabajo titulado *Organisme et société*. Hasta la fecha se han dado á la imprenta cuatro grandes volúmenes de unas 500 páginas cada uno: tres de ellos (los volúmenes I, II y IV) comprenden las Memorias leídas y discutidas en los Congresos celebrados en París por el Instituto en los años 1894, 95 y 97, y el otro (el III) varios trabajos escritos por los miembros del Instituto en 1896. Estos volúmenes contienen varias Memorias de escritores españoles sobre Sociología (2). La índole propia de esta

(1) París, Giard y Brière, editores:

(2) Tomo I: *Le Sociologie et le droit penal*, de Dorado. *Le Sociologie et l'Anarchisme*, de Posada. Tomo III: *La genése de la nation*, de Sales y

publicación periódica, no es propiamente la de un registro normal del movimiento sociológico; tiene limitaciones que se lo impiden, pues siendo una publicación exclusiva del Instituto, no inserta sino Memorias originales de sus miembros, con las discusiones á que éstas den lugar en los Congresos. Pero, á pesar de esto, teniendo en cuenta que el Instituto es internacional, y que de conformidad con este carácter figuran entre sus miembros sociólogos de todos los países, bien pueden tomarse los trabajos en estos libros insertos, como expresión muy interesante y significativa del estado de las indagaciones sociológicas en ciertos respectos. En este estudio se va á ver el importante auxilio que los *Annales* presta para apreciar una porción de puntos, de capital valor, en la marcha novísima de la ciencia sociológica.

De los cuatro volúmenes de los *Annales* hasta ahora publicados, sólo haré uso para este artículo del IV: contiene, como dejo dicho, las Memorias y discusiones del Congreso de Sociología de París en 1897. Las Memorias son obra de los sociólogos L. Stein, suizo alemán.—S. R. Steimetz, holandés.—J. Novicow, P. Lilienfeld, N. Kareiev, rusos.—Lester Ward, americano.—R. Garofalo, A. Loria, italianos.—C. N. Starcke, danés.—G. Tarde, C. Krauz, R. Worms, Ch. Lemousin, A. Espinas, R. de la Grasserie, A. Lambert, franceses, y F. Giner y P. Dorado, españoles. De los asuntos tratados, se hablará luego.

L'Anée, es una publicación iniciada este año en París, también (1) bajo la dirección del eminente sociólogo francés, profesor en Burdeos, E. Durkheim. La índole de este libro, periódico como el anterior, es muy diferente de la de éste: como los *Annales*, es obra de una variada colaboración, pero

Ferré. *Les sociétés animales et les sociétés primitives*, de Posada. Tomo IV: *La mission de la justice criminelle*, de Dorado y *La science comme fonction de la société*, de Giner.

(1) Félix Alcan, editor.

tiene otra amplitud y persigue otro propósito. He aquí cuál es este, según dice su director en el prefacio: «*L'Année Sociologique*—escribe—no tiene por único, ni por principal objeto publicar un cuadro anual del estado en que se encuentra la literatura *propriadamente sociológica*. Así circunscrita la tarea sería demasiado restringida y de mediana utilidad; porque los trabajos de ese género son aún poco numerosos y no bastan para justificar la necesidad de un órgano bibliográfico especial. Pero de lo que los sociólogos tienen ahora, según creemos, una apremiante necesidad, es de que se les informe normalmente de las investigaciones que se hacen en las ciencias especiales, historia del derecho, de las costumbres, de las religiones, estadístico-moral, ciencias económicas, etc., porque ahí es donde se encuentran los materiales con los cuales la Sociología debe construirse.» (1) A esta necesidad pretende responder la nueva publicación.

Y he aquí cómo se organizan en ella los trabajos. El señor Durkheim se ha procurado una muy inteligente y variada colaboración. En el volumen de que hablamos, escribe este distinguido sociólogo y además el alemán Simmel y los franceses G. Richard, E. Levy, Bouglé, Fauconnet, Hubert, Lapie, Mauss, A. Milhaud, Muffang, Parodi y Simiand. El libro comprende dos partes: la primera, Memorias ó trabajos originales de los señores Durkheim y Simmel, y la segunda Análisis de libros, muchos muy extensos, y numerosísimas noticias bibliográficas de libros, folletos y artículos de Revistas. La primera parte, esencialmente sociológica, es decir, de indagaciones sobre problemas sociológicos, ofrece dos expresiones verdaderamente importantes de dos maneras ú orientaciones de la Sociología: la orientación histórico-filosófica en el propósito y alcance del problema, aunque psicológica en el procedimiento interpretativo: trátase de buscar una razón positiva en la psicología humana, de *las prohibiciones del incesto y*

(1) *L'Année Sociologique*, pág. I.

de sus orígenes (Durkheim), y la orientación francamente filosófica, aunque con explicación histórica, ó más bien con explicación fundada en la observación racional de los fenómenos: el problema sociológico general que se plantea por el señor Simmel es el de *cómo se mantienen las formas sociales*. La segunda parte es de una utilidad indiscutible: constituye por de pronto una rica fuente de información, no meramente bibliográfica, sino de doctrina y crítica. Los *análisis* están en general hechos con detenimiento, con serio espíritu de rectitud y encierran sugerencias muy insinuantes y noticias complementarias de gran interés: muchos de esos análisis son verdaderos estudios sociológicos, de valor positivo, independientemente de su alcance crítico. Pueden citarse algunos del señor Bouglé (sobre el libro de Barth *Die philosophie des Geschichte als Sociologie*; el de Novicow, *Conscience et volonté sociale*, y el de Giddings, *Principles of Sociology*); muchos del señor Mauss, que analiza y registra con una rara competencia y una ilustración verdaderamente sólida, las publicaciones sobre Sociología religiosa; algunos del señor Lapie (por ejemplo los análisis de los libros de Labriola *Essais sur la conception materialiste de l'histoire*, y de Vierkandt, *Naturvoelker und Kulturvoelker*); otros del mismo Durkheim, sobre los importantes libros de Kohler (*Zur Geschichte der Ehe*), y de Grosse (*Die Formen der Familie und die Formen der Wirthschaft*) y no pocos del señor Richard. Además de estos análisis, y en los lugares oportunos, figuran, como dejo dicho, numerosísimas citas, con indicación brevísima, á veces, acerca de su contenido, de libros, folletos y artículos.

Tanto el *Año sociológico* como *Los Anales*, tienen su límite en cuanto al período de tiempo que comprenden, coincidiendo en parte los dos volúmenes que ahora tomo en consideración. Como dejo indicado, *Los Anales* abarcan los trabajos presentados y discutidos en el Congreso de 1897 (Julio); puede suponerse, por tanto, que reflejan de un modo aproximado muchas de las más recientes preocupaciones de los sociólo-

gos, revelando, en parte, el estado de los espíritus en cuanto á las cuestiones capitales de la Sociología. El *Año* abarca en general las publicaciones sociológicas, ó de interés sociológico, que vieron la luz desde Julio de 1896 á Julio de 1897. Como se ve, pueden completarse muy bien estos dos órganos del movimiento sociológico internacional, para apreciar éste en conjunto en el período de tiempo que suponen comprendido las fechas á que se refieren.

III

La primera impresión que produce la lectura de los *Anales* y del *Año sociológico*, es la de la gran confusión reinante en la nueva ciencia, á pesar de sus progresos y, sobre todo, de los progresos que se hacen en las materias históricas de carácter sociológico. La confusión reina, principalmente, en la determinación de los problemas capitales de la Sociología, en cuanto se pretende definirla y sistematizarla; empieza la confusión en la cuestión de método (analógico, biológico, psicológico, por inducción, por deducción, filosófico, científico), siendo en verdad muy de lamentar que el *Año sociológico* no haya recogido en sus páginas el magnífico libro del profesor Asturaro, *La Sociologia i suoi metodi e le sue scoperte* (1896), pues el análisis de este trabajo acaso hubiera servido para fijar sobre bases, relativamente firmes, un problema de tan vital interés. Realmente, con la lectura y comparación de las indicaciones recogidas en los anuarios, el concepto de la Sociología queda flotante y poco preciso, lo cual no obsta para que se hayan hecho indagaciones particulares sociológicas, de carácter perfectamente definido. Las causas de tal confusión adviértense con sólo estudiar atentamente los mismos datos de los dos anuarios. De un lado, la Sociología por su complejidad misma, tan admirablemente puesta de relieve por el profesor Asturaro, ofrece graves obstáculos para una determinación

científica y para una técnica precisa. De otro lado, se observa en la Sociología un exclusivismo particularista harto exagerado, según con razón advertía el Sr. Azcárate en una de sus lecciones del Ateneo de Madrid (curso de 1897-98). La tarea de aquellos redúcese, por lo común, á investigar un término característico de lo sociológico, término que luego se transforma en punto de vista predominante ó único, para convertirse en punta de alfiler sobre que se construye el sistema; así, v. g., se produce el punto de vista genético en Spencer, aceptado entre nosotros por el Sr. Sales y Ferré; el de la imitación en Tarde; el de la filosofía de la historia, ó mejor, de la filosofía de las transformaciones sociales en Barth; el de la conciencia de especie en Giddings; el psicológico en Ward y combinado con el biológico organicista en Novicow, el de la analogía fisiológica en Spencer y la escuela evolucionista, etcétera, etc. Siéntese, en verdad, con fuerza irresistible la necesidad de la definición reconstructiva de la Sociología, que sólo puede ser obra de un potente espíritu sintético, capaz de armonizar y de reducir á sus límites propios las encontradas corrientes sociológicas; la Sociología requiere, sobre todo, una profunda elaboración *filosófica*; por fortuna, como veremos, la elaboración filosófica, aunque sea en son de rectificación del positivismo, comienza y cuenta ya con algunos trabajos aprovechables.

Hecha esta primera indicación, con la cual se señala también la dificultad que ofrece una buena determinación de las diversas orientaciones de la Sociología, voy á procurar indagar brevemente, qué respuestas nos dan los materiales reunidos en los dos anuarios, acerca de estas cuestiones:

- 1.^a Qué es la Sociología y cuál es su contenido.
- 2.^a Qué problemas sociológicos interesan más, y qué aspectos de la vida social se estudian con mayor interés, y
- 3.^a Qué tendencias pueden estimarse como imperantes en la nueva ciencia.

IV

La Sociología se intenta definir por muchos autores. Este intento se realiza de un modo más ó menos expreso, por L. Stein (*Le definition de la sociologie, Annales*), Barth (ob. citada, *Année*), Giddings (ob. cit., *Année*), Simmel (Memoria citada y *Superiority and Subordination, Année*), Patten (*The Relation of Sociology to psychology, Année*), Bouglé (*Qu'est-ce que la Sociologie? Année*), etc. Las definiciones á que estos escritores llegan, tienen de común, en cierto sentido, la tendencia á determinar específicamente la Sociología como una ciencia aparte, de propio objeto, sustantiva: no es una suma, sino una disciplina posible. Stein estima que la Sociología es la única ciencia que abraza el problema de la sociedad humana por entero. Barth tiende á confundir la Sociología con la filosofía de la historia. Por lo menos, la Sociología y la filosofía de la historia se completan; importa, este es su pensamiento, reunir la filosofía de la historia y la Sociología, para obtener la explicación, á la vez precisa y completa, de todas las transformaciones sociales; rechaza Barth la idea de Wundt, según la que la Sociología sería una *estática* de las sociedades. Debe comprender el factor dinámico de la vida social, que además sólo por mera abstracción, sin realidad posible, se separa del elemento estático. La Sociología no es, para Barth, una pura ciencia descriptiva. El crítico del libro del Sr. Barth (el señor Bouglé), estima la concepción de éste como poco específica, pues no es especificar la Sociología confundirla con la filosofía de la historia. Paréceme inexacta la afirmación, porque el defecto de la concepción de Barth está más bien en dar á la Sociología un contenido que no le corresponde. La filosofía de la historia tiene su terreno propio, las leyes de la historia, bien distinto del de la Sociología, que en materia de leyes

comprenderá la de la vida social, independientemente de la determinación histórica.

G. Simmel, con el Sr. Durkheim, con el Sr. Giddings, y con el propio Sr. Bouglé, es de los sociólogos que más se esfuerzan en determinar el objeto específico de la Sociología; esa idea capital (y en esto se distinguen, sobre todo, de Barth) es la de que la Sociología debe tener un objeto propio; es verdaderamente *una ciencia nueva*: la de las *formas sociales*, según Simmel; esto es, las formas que persisten, á pesar de los cambios individuales, punto de vista fecundísimo (aunque limitado, como el Sr. Bouglé advierte), para dar razón y fundamentos positivos á las unidades sociales, al predominio del aspecto psicológico y á la existencia independiente de la Sociología. El señor Bouglé, sin dar expresamente una definición de la Sociología, completa, en cierto sentido, el punto de vista de Simmel: Observar—dice—las formas sociales, sus consecuencias y sus causas, será colocarse en el *punto de vista sociológico*.

Pero de todos los sociólogos á que el *Año sociológico* se refiere, el que con más ahinco y con mayor determinación y superior alcance ha emprendido la tarea de definir la Sociología, es el ya citado profesor Giddings, en sus *Principles of sociology*, cuya traducción española publicaremos muy pronto. Afirma Giddings el carácter propio de la Sociología—ciencia de la sociedad—pero no por yuxtaposición ó suma de las ciencias particulares de la sociedad, sino porque hay una esfera particular, del conocimiento, provocada por la consideración de algo específico y real en lo social, que consiste en un elemento irreductible y sencillo, primario ó primordial, que luego se complica en las ulteriores formaciones sociales; ese elemento, que no es ni la imitación, ni el contrato, ni la coacción, es para Giddings la «conciencia de especie» (*consciousness of Kind*). Parece, al pronto, que el insigne sociólogo, con esta determinación de lo específico social, tiende á confundir la Sociología con la psicología; lo que hay, sin duda, es que para Giddings la Sociología, en vez de partir de fundamentos

biológicos, es como una prolongación de la psicología; pero no por esto se confunde con la psicología; porque si la psicología es la ciencia de la asociación de las ideas, la Sociología es la ciencia de la asociación de los espíritus: su campo es el de la *interacción de las conciencias individuales*.

Una nota común creemos que puede señalarse entre estas diversas definiciones de la Sociología, como característica dominante en los principales investigadores de esta ciencia ahora, nota confirmada en trabajos no analizados en el *Año* ni recogidos en los *Anales*, á saber: la tendencia que implica á constituir la Sociología como una disciplina particular, distinta, primero, de las ciencias sobre que ha empezado á fundarse, especialmente de la biología; segundo, de las ciencias que parecen más afines, sobre todo de la psicología, y también de la economía; tercero, de la suma de las diferentes ciencias sociales, las cuales pueden ser, ó capítulos independientes de la Sociología, ó relaciones especiales de lo social con otras determinaciones de la realidad, cuando no derivaciones precipitadas y anticipadas de la sociología misma.

V

Son muy numerosas y muy variadas las cuestiones que preocupan á los sociólogos. Aunque con cierta dificultad y forzando en algunos casos los términos, pueden aquellas clasificarse en estos dos grupos: 1.º, *cuestiones de Sociología propiamente dicha*; 2.º, *cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida y de la historia*. Esta clasificación tiene cierta importancia general, porque responde, de un lado, al estado de indefinición, ya acusado, de la Sociología, en virtud del cual se estima *sociológica* toda indagación cuyo objeto sea alguna manifestación social, y de otro, á una distinción capital de los problemas de la Sociología, en cuanto una cosa es la tarea de construir la Sociología como ciencia sistemática de la vida y

realidad sociales, y otra, reconstruir por la indagación científica, retrospectiva ó actual, los hechos sociológicos, ó bien determinar corrientes de ideas ó de ideales en el sentido de una orientación de la vida de las sociedades. Esta distinción está patente en el *Año sociológico*, y su director, Durkheim, la ha visto clara, cuando, como ya hemos dicho antes, advierte que comprende en su publicación, no sólo los trabajos *propia-mente sociológicos*, sino los que, verificados en ciencias especiales, contienen materias útiles para la Sociología; mejor diríamos: *sociología en acción*. En los *Anales* predominan los trabajos del primer grupo, y aun los mismos del segundo tienen muchas veces la preocupación del problema sociológico constructivo y de principios. En el *Año* hay muchos trabajos de la primera clase, pero la literatura sociológica más rica es la del otro grupo.

En el primer grupo, ó sea de *cuestiones de sociología propiamente dicha*, los trabajos más interesantes refiérense á dos clases de problemas, á saber: 1.º, problemas de introducción y preparatorios para determinar lo que es, cómo es y cómo debe formarse la Sociología. Son los asuntos que estudiaba Spencer en su *Introducción al estudio de Sociología*, uno de los primeros tratados sistemáticos de las materias á que me refiero; pertenecen á esta categoría la monografía de R. Worms sobre *La experimentación de Sociología (Anales)*; el artículo de N. Patteu sobre *Relaciones de la Sociología y de la psicología*; los capítulos del libro del profesor Giddings, relativos á la idea sociológica, á la esfera, los métodos y los problemas de la Sociología; el trabajo expositivo de la Sociología, de Comte, por Ricolage, á más de los trabajos en que se define la ciencia. Sin embargo, no figura en el *Año sociológico* ningún análisis ó indicación de ninguna introducción sistemática, fuera del libro de Giddings, que no es sólo introducción. No sé si alguno de los recientemente escritos podrían haber sido revisados, pues el elemental, aunque muy completo, de A. Fairbanks, *Introduction to Sociology*, lleva la fecha de 1896,

como la lleva también del mismo año el ya citado de Asturaro, aparte de que en el año 1896 se publicaron algunos de los interesantísimos estudios de L. J. Ward sobre relaciones de la Sociología (1). Por de contado, los libros de Small y Vincent, *Introduction to the Study of society* (1894 á 95) y el de J. S. Mackenzie, *An Introduction to social Philosophy* (1890) caen fuera por completo del período á que el *Año* se refiere. De esperar es que en el próximo volumen se dé á esta parte de los problemas sociológicos una mayor atención; los recientes libros de G. Tarde, *Etudes de Sociologie*; de L. F. Ward, *Outlines of Sociology*; J. H. W. Stuckenberg, *Introduction to the Study of Sociology* (1898) y otros más, darán excelente ocasión, sin duda.

2.º Problemas de Sociología general y especial. Hay en ambos anuarios bastantes estudios por extenso, ó indicados en análisis, sobre este género de problemas. Se ha estudiado el de la conciencia social por Novikow (*Conscience et volonté sociales*); el de la ciencia social en general, por Funck Brentano, y según las doctrinas de Le Play, por Vignes (*Le science sociale, d'apres les principes de Le Play et ses continuateurs*, dos volúmenes); el de la oposición universal en sus consecuencias para la explicación de los fenómenos sociales, por G. Tarde, (*L'Oposition universelle*); el de la evolución y la regresión en Sociología, por Demoor, Massart y Vandervelde, y considerada la evolución especialmente con relación á la política, por N. Starcke (Memoria en los *Anales*), á las *selecciones corolarias*, por Steinmetz (ídem), y á la idea *de la monarquía*, por R. de la Grasserie (ídem). Y no sólo esto: deben citarse, además, las dos Memorias de los señores Durkheim y Simmel á que antes hacemos referencia. Desmenuzando más estos estudios, pudieran particularizarse todavía con una mayor precisión las

(1) Publicáronse los trabajos, hoy reunidos en un volumen, que luego cito, en el *American Journal of Sociology*, desde Julio de 1895 á Mayo de 1897.

tesis sociológicas que preocupan más á los cultivadores de la nueva ciencia. El señor Bouglé, sin recoger á mi ver todos los puntos que el análisis pone al descubierto en las obras expuestas en el *Año sociológico*, señala, sin embargo, sintéticamente los problemas que pueden estimarse como los que caracterizan propiamente la obra de la Sociología general, formulando las siguientes cuestiones: «¿A qué leyes obedece el movimiento de las sociedades y el concurso de sus partes? ¿Están sometidas en su conjunto á una evolución que será necesariamente regresiva después de haber sido progresiva? ¿Acaso la regresión no alcanza sino á ciertos elementos? ¿Haciéndose más densas, más complejas, mejor organizadas se hacen ó no más semejantes? ¿La transformación de su estructura tiene como resultado asimilar á los individuos que reúnen, ó diferenciarles? ¿Esta transformación es obra de la presión casi mecánica de los hechos económicos ó del influjo de la idea? ¿Su organización se elabora inconscientemente, ó se conforma á voluntades sociales conscientes? ¿Participan todos los individuos igualmente en esas voluntades, ó no tiene jamás la sociedad conciencia de sí misma sino por una aristocracia? (*elite*). ¿La subordinación de las masas á las *elites* es un hecho transitorio ó constante, esencial en la constitución de las sociedades? ¿En qué medida las formas de esta subordinación reobran sobre los individuos que relacionan?» (1).

Esto es, los sociólogos, á lo menos los sociólogos cuyos trabajos se analizan en el *Año* del profesor Durkheim, se preocupan, al parecer, principalmente con ciertos problemas, sin duda capitalísimos, los del desenvolvimiento social.

Pero, también ha habido otra preocupación hondísima en los sociólogos, tanto en los del *Año*, del profesor Durkheim, como en los *Anales* del Sr. Worms, preocupación antigua en la Sociología y en la política, pues por un lado, por el de la

(1) *Année sociologique*, pág. 159.

sociología, está ya en Spencer, y por otro, por el de la política, en Krause, Mohl, Ahrens, etc., etc. Me refiero al problema de la estructura social, examinado con ocasión de afirmar ó negar que *la sociedad es un organismo*, problema al que, por lo demás, se da por los partidarios y contrarios de la teoría orgánica un alcance excesivo, sin duda. Hay en el *Año*, por de pronto, el análisis del libro del organicista Novicow, y el de la muy interesante Memoria del Sr. Santamaría, *El organismo social*. Sin embargo, donde la doctrina orgánica es objeto de una discusión amplia—aunque no tan definitiva como partidarios y adversarios creen—es en los *Anales*, ó mejor donde fue discutida con su detenimiento la indicada doctrina, fue en el *Congreso del Instituto*, cuyos trabajos se insertan en los *Anales*. Dedicáronse por de pronto varias Memorias: una de Novicow, el cual plantea con toda franqueza y resolución la doctrina del organismo biológico social; otra de P. Lillienfeld en la que se defiende esta doctrina con los conocidos argumentos analógicos; otra de G. Tarde, que la ataca con la resolución con que cuestión que tan importante se estima merece, interviniendo luego en la discusión con diversos sentidos, predominando el contrario á la doctrina, los sociólogos Kraus, Stein, Worms, Steinmetz, Starck, Garofaló, Limousin, Karèiev y cerrando el debate con uno de los trabajos mejor pensados, más profundos y quizá más puestos en razón, el insigne autor de *Las sociedades animales*, Alfredo Espinas.

Hanse vertido en esta discusión ideas peregrinas; se ha exagerado el alcance del ataque y el de la defensa y se ha planteado el problema en los términos más limitados y peligrosos. Novicow ha llegado á sostener que es imposible la edificación de la Sociología sin la concepción orgánica, pero entiéndase bien: la concepción orgánica que se deduce del estudio analógico de la sociedad con un organismo individual vivo; sin duda, su argumentación es ingeniosa á ratos y á veces sugestiva, pero también lo es, que no puede supeditarse el porvenir de la Sociología á una consideración tan parcial de

la naturaleza de las sociedades. Es quizá más profundo el sentido del sociólogo ruso P. Liliensfeld, que llega á la concepción orgánica de las sociedades, á partir de la unidad de la ley que preside el desenvolvimiento histórico, biológico y orgánico-social; pero también pueden dirigírsele las objeciones que á Novicow, porque de igual manera que éste, la concepción orgánica no se eleva gran cosa por sobre la concepción biológica. En cambio, el insigne Tarde empieza por atacar, como ineficaz para el progreso de la Sociología, la concepción orgánica de las sociedades; la Sociología, según él, viene haciéndose por quienes no han sido guiados por la teoría orgánica (Smith, Saint-Simón, Comte, Grimm, Starcke, Morgan....), con lo cual, exagerando *en contrario*, se borran de la historia de los progresos sociológicos á Spencer, á Schäffl, y á muchos otros que conceptúan la *idea orgánica* como una de las que más han removido el cimiento de la ciencia social. Sin duda, muchos de los organicistas no aceptarían, ni aceptan, la tendencia de los Novicow, Liliensfeld y otros, pero aún hay quien afirmando á la vez el carácter *psíquico y orgánico* de la sociedad, conceptúa, como Vincent (*The Social Mind and Education*, 1897), que considerar el «desenvolvimiento de la sociedad como el desenvolvimiento de un vasto organismo psíquico, es de la más alta significación» y muy sugestiva en la enseñanza. Esto aparte del admirable influjo que la concepción orgánica de la realidad y de sus determinaciones, ha tenido en la ciencia política y en la filosofía de la vida y de la historia. Pero no creo necesario seguir exponiendo toda la discusión habida en el Congreso de Sociología acerca de la doctrina del organismo social. Basta lo dicho. Por mi parte creo se puede afirmar: 1.º, que la cuestión no es cuestión resuelta; 2.º, que hay más, mucho más en la concepción orgánica de las sociedades, que un puro empeño (pueril) de asimilación entre el organismo natural y el social, y 3.º, que para aplicar la idea de organismo ó de sociedad, es preciso tener en cuenta que la idea de organismo, como advierte el Sr. Giner, no per-

tenece exclusivamente á la fisiología, sino que es un concepto harto más general y filosófico.

VI

Comprende el segundo grupo, según decíamos, cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida y de la historia; pueden colocarse en él todos los libros analizados, Memorias y artículos cuyo objeto es investigar problemas de otras ciencias (el Derecho, las religiones, la economía, la moral, etc.), pero bien sea con un contenido sociológico, ó bien considerados sociológicamente, esto es, en atención al valor social ó á la naturaleza social del objeto de la indagación. Figuran además aquellos trabajos de carácter propiamente histórico que ofrecen materiales para generalizaciones de alcance filosófico de los hechos sociales, ó para verdaderas construcciones científicas de la Sociología, y aquellos otros, por último, que, fundándose en los datos de la historia, ya sea con un sentido *genético*, ya con un sentido particular, independiente, tratan de explicar el origen, el desenvolvimiento ó la estructura de las instituciones sociales.

En los *Anales* hay algunas Memorias que pueden clasificarse en la primera parte de este grupo: así ocurre con las de L. F. Ward, *La economía del dolor y la economía del placer*; A. Loria, *La importancia sociológica de los estudios económicos sobre las colonias*; Pedro Dorado, *La misión de la justicia en el porvenir*; A. Lambert, *La obligación social de la asistencia*, y F. Giner *La ciencia como función de la sociedad*. Pero donde hay una riqueza de información verdaderamente abrumadora es en el *Año sociológico*. En cinco largas secciones aparecen distribuidos los trabajos de la índole á que me refiero: 1.º, *Sociología religiosa*; 2.º, *Sociología moral y jurídica*; 3.º, *Sociología criminal*; 4.º, *Sociología económica*; 5.º, *Variedades*; esto es, libros y artículos que ó toman sociológicamen-

te la religión, la moral y el Derecho, el delito, la economía, ó bien ahondando en estas manifestaciones de la vida humana, ofrecen datos é ideas aprovechables para la Sociología.

Apreciando en conjunto todos los materiales indicados en los análisis y notas del *Año sociológico*, en las cinco secciones enumeradas se advierte que el aspecto sociológico (principalmente considerado en la historia) que más interés parece despertar entre los hombres de ciencia, y acerca del cual se registran más y más *sólidas y serias* investigaciones, es el de la religión, ya en sí, como expresión que se refiere al fondo mismo de las creencias, ya en las manifestaciones de que es causa y que le acompañan en la vida social: cultos, mitos, ritual, etc., etc. En mi concepto, la sección de la Sociología religiosa es la más interesante, con serlo mucho la criminal (magistralmente desempeñada por G. Richard) y con no serlo poco algunas divisiones de las secciones referentes á la Sociología jurídica la familia, por ejemplo, y á la económica. Ofrece, en efecto, aquélla una abundancia de fuentes tal, una técnica tan formada, un manejo de los procedimientos adecuados tan hábil ya, y una orientación en muchos puntos tan fija, que desde luego puede afirmarse que es en esa clase de estudios donde más ha penetrado el espíritu *curioso* de la indagación *sabia*. Además, como ya dejo dicho, el *ponente* de esa sección, Sr. Mauss, revela siempre una particular competencia.

La sección religiosa comprende hasta nueve divisiones, á saber: 1.º Tratados generales, filosofía, método: analízase en esta división la obra de F. Byron Jevons *An Introduction to the history of Religions*, «un verdadero Manual de la ciencia de las religiones tal como la conciben los sabios de la nueva escuela antropológica R. Smith, Tylor, Lang, Frazer. 2.º Religiones primitivas en general: podrían citarse muchos trabajos, unos de información etnográfica actual; otros de supervivencias, de ideas y creencias antiguas, y numerosas monografías acerca de diferentes tribus salvajes modernas. 3.º El

culto doméstico: un detenido análisis de la obra de Attilio de Marchi: *Il culto Privato di Rome Antica, 1 le religion nella vita domestica*, trabajo muy fundado en fuentes literarias de primera mano. 4.º Creencias y prácticas relativas á los muertos: contiene análisis concienzudos de los estudios de Steinmetz, Calland, Gardner, más numerosas noticias bibliográficas sobre artículos referentes al culto de los muertos en la prehistoria, en los pueblos no civilizados y en los pueblos históricos. 5.º Cultos populares en general, y especialmente los agrarios, que comprende una larga exposición del libro de W. Crooke *The popular Religions and Folklore of Northern India*, en el cual se resumen las enseñanzas de numerosos libros anteriores y abundantes noticias bibliográficas. 6.º El Ritual, con el análisis de los trabajos de Maganis (*L'antica Liturgia Romana*); Hildebrandt (*Vedische Opfer and Zauber*); Simpson (*The Buddhist Praying-wheel*) y noticias bibliográficas acerca de los ruegos y el ritual y la magia. 7.º Los Mitos, en la que se estudia detenidamente el libro de H. Uzener, el cual lleva el mismo título que otro hermoso libro de un gran escritor español perdido para la ciencia, el Sr. Sánchez Calvo; titúlase, en efecto, el de Uzener, *Gotternomen*, y el de Sánchez Calvo, *Los nombres de los Dioses*; el crítico francés conceptúa el libro de Uzener como «el modelo de la ciencia comparada de las religiones en el pasado año»; es un magnífico estudio filológico (sobre la filología descansaba el de nuestro paisano también), pero en el que se rectifican procedimientos anteriores, merced á la consideración del valor social del lenguaje. Estúdiense también los libros de Sidney Hartland (*The leyend of Perseus*), y de Owen (*Welsh Folklore*), reuniéndose al final noticias interesantes, de carácter bibliográfico, sobre los pueblos salvajes, las supervivencias de los mitos, etc. 8.º Organización del culto, monaquismo, que contiene, como los anteriores, análisis de libros y noticias, pero siendo éstas muy numerosas y variadas.

La sección de Sociología moral y jurídica hállase dividida,

como la anterior y como todas, en varias divisiones. En la primera, titulada «Teorías generales acerca del derecho y la moral,» se analizan varios libros, algunos de los cuales podría discutirse si están perfectamente clasificados, v. gr., el de Labriola, *Essais sur la conception materialiste de l'histoire*, que tiene un carácter, ó más general que el que exige el punto de vista moral y jurídico, ó bien, de tener un alcance especial, más bien lo tiene económico, porque á lo económico se refiere principalmente la explicación materialista de la historia, y el de Barnés (*Sociologie y Morale*), que es, en rigor, de filosofía de la Sociología. Además de estos dos libros, analízanse los trabajos de Fragapane: *Il problema delle origini del diritto*; de Bon, *Grundzüge der Wissenschaftlichen und technischen Ethik*; de Roberty, *L'Ethique*, y de Lazarus, *Das Leben der Seele*. En la segunda, titulada «Estudios objetivos sobre las costumbres,» figuran varios análisis importantes; pero el principal, quizá, es el que se refiere al libro de Alfredo Vierkandt, *Naturvoelker und Kulturvoelker* (trabajo de *Psicología social*), el cual contiene una indagación de muchísima trascendencia acerca de la psicología del hombre primitivo, de capital interés para todas las investigaciones sociológicas sobre los orígenes de las instituciones. También debe citarse el análisis del libro de Hirdebrand acerca del derecho y las costumbres en las diferentes fases de la evolución económica. En la tercera división «La familia,» se comprenden dos de los trabajos críticos mejor hechos del volumen todo, acerca de dos libros de indiscutible importancia y de consulta indispensable para resolver la multitud de problemas que supone la reconstrucción de las sociedades primitivas; los trabajos de exposición son obra del Sr. Dukheim, y los libros que vienen á completar las indagaciones de los Stareke, hermanos Sarracin, Westermarck, Mucke y tantos otros, son los de Kohler *Zur Urgeschichte der Ehe, Toctemismus, Gruppenehe, Mutterrecht*, y Grosse, *Die Formen der Familie und die Formen der Wirthschaft*. Además de estos trabajos expositivos, se comprende en

esta división (la más completa de la sección) otros sobre Leist, *Alt-Arisches Jus civile*, y varias indicaciones bibliográficas. En la cuarta se trata del matrimonio, con análisis acerca de los estudios de Meynial, *Le mariage après les invasions*; Friederichs, *Familienstufen und Eheformen*, y otros. En la quinta, bajo el título de «La pena,» se insertan varios trabajos de análisis de libros de Derecho penal, que quizá pudieran haberse comprendido en la sección de Sociología criminal, si esta sección estuviese concebida de otro modo. Las publicaciones de Derecho penal analizadas, son las de Gunther, sobre la *idea de responsabilidad*; Kohler, acerca del *derecho penal de los estatutos italianos del siglo XII al XVI*, y Mauss, *La religion et les Origenes du droit penal*. En la sexta se habla de «Organización social,» á propósito de los trabajos de Baden-Powell, *The Indian Village Community* (asunto de capital interés en la indagación de la vida social primitiva y elemental de todos los tiempos) y Jobbe-Duval, *La Commune annamite*. En la séptima, acerca del derecho de propiedad, los libros y estudios que se analizan toman el asunto desde el punto de vista principalmente de la información histórica; no se trata, pues, de las doctrinas generales de la propiedad como institución jurídica. Háblase, así de *La propriété en droit égyptien*, de Revillout; de *Die sociale Verfassung des Inka-reichs*, de Cunow; de una *Introducción al estudio de la historia de la Marca*, de Maurer, y de dos trabajos de Bataglia. En la octava y última división, con el epígrafe «Divers,» se da noticia de un trabajo de Joley, *Recht und Sitte*, en la India, é indicación de otros varios.

La sección siguiente es la de «Sociología criminal,» encomendada, como ya dije, al Sr. Richard, quien expone, ante todo, una idea general de lo que por sociología criminal entiende, como ciencia intermedia entre la sociología genética y la sociología aplicada. La sociología criminal atiende á las reglas de conducta, considerando cómo obran efectivamente tales reglas sobre la conducta individual, en qué medida son obedeci-

das ó contrariadas, y qué sustancia encuentran en los hábitos y creencias del individuo. Tiene la sociología criminal, en concepto del Sr. Richard, una función importante: «gracias á ella, la previsión sociológica deja de ser una especie de adivinación, ó, mejor, una vaga intuición de las formas sociales.» Seguidamente el Sr. Richard razona el plan que implica la clasificación de las obras que va á analizar, y en virtud del razonamiento, que se ajusta al estado actual de los estudios de sociología criminal, distingue: primero, la estadística moral, y segundo, la antropología criminal. En el desarrollo de sus análisis procede el Sr. Richard también con cierto ordenado sistema, siendo ésta una nota que avalora la sección de que hablamos, comparada con las hasta ahora expuestas. He aquí cómo procede el Sr. Richard. En la división que titula *Estadística moral* habla: a) del *homicidio*, con ocasión del análisis del trabajo estadístico de A. Bosco, *L'Omicidio negli Stati Uniti d'America*; b) del *suicidio*, á propósito del libro del señor Durkheino, *Le Suicide*; de la *emigración*, con un rápido estudio sobre un estudio de Nicéforo. En la división que denomina *Antropología criminal* comprende las siguientes subdivisiones: a) *El crimen y las razas*, analizando allí la *Etnographie criminelle*, de Corre, y *La Morale primitiva e l'atavismo del delitto*, de Ferrero; b) los *Factores particulares del delito*, con exposición crítica de los libros ó estudios de Ferriani *Minorenni-Delinquenti*; D. Morison, *Juvenile Offenders*; Hamnett, *Delitti femerili á Napoli*; Tarde, *Le criminalite professionnelle*; Dr. Legrain, *Consequences de l'alcoolisme des ascendant au point de vue de la degenerescence et de le criminalité*; c) las *Formas especiales del delito*, en la cual se trata de *I Vagabondi*, de Florian y Cavaglieri; *La delinquenza settaria*, de Sighele; *Delinquenti scaltri e fortunati*, de Ferriani; d) del *Argot*, con ocasión de los libros de nuestro compatriota el señor Salillas acerca de *El delincuente español, El lenguaje*, y de Nicéforo *Il gergo nei normali, nei degenerate e nei criminali*; e) de *Cuestiones varias*, refiriéndose á los trabajos de Ferrero

y Sighele, *Cronache criminali italiane*; de Ferri, *Les criminels dans l'art et la litterature*, etc.

La sección relativa á la sociología económica sistematizada en cierto sentido, como la anterior, no abarca, sin embargo, más que ciertos problemas de los que tienen una importancia ó una trascendencia social. Cuatro largas divisiones comprende esta sección: 1.^a, Teorías económicas. 2.^a, Las agrupaciones profesionales. 3.^a, Historia del trabajo. 4.^a, La evolución comercial. La primera división es la más nutrida y la que comprende mayor número de problemas; cuenta cuatro subdivisiones: a) *El valor y la medida del valor*, cuestión social importantísima, expuesta en los análisis de los trabajos de Berardi, *La legge del valore secondo la dottrina della Utilità Limite*; Von Buch, *Intensitaet der Arbeit, Wert und Preis der Waren* (parte de unos Elementos de Economía); Wernicke *Der objective Wert und Preis* (trabajo de mucha importancia y profundo); Stolzmann, *Die soziale Kategorie in der Volkswirtschaftlehre* (parte de una obra mayor); Bourguin, *La mesure de la valeur et la monnaie*, y otras más todavía. b) *Socialismo y ciencia económica* (denominación, sin duda caprichosa, á lo sumo circunstancial, como subdivisión sistemática), en la cual se analizan las obras de Richard, *Le socialisme et la science sociale*; Hertzka, *Die Probleme der menschlichen Wirtschaft* (refiérese especialmente al problema de *los bienes*). c) Una concepción nueva de la economía social, que comprende sólo la exposición detenida de la obra de Stammler, *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung, eine social philosophische Untersehung*, esto es, la economía y el derecho, según la concepción materialista de la Historia: trátase aquí de uno de los libros acerca de la filosofía de la economía, como filosofía social, más profundos é importantes, considerados en el anuario. «Es difícil—dice su expositor—explicar en pocas páginas todo lo que encierra, tanto explícita como implícitamente, este libro lleno de ideas, obra de un pensamiento vigoroso, esfuerzo notable de filosofía científica.»

E. M.—Diciembre 1898.

5

d) *Variedades*: esta subdivisión comprende algunas noticias sobre obras no clasificadas en las anteriores (libros de Melluse, Price, Rumelin, Walras y Wernicke). La división relativa á las agrupaciones profesionales, á cargo del Sr. Milhaud, comprende el examen de cinco obras de carácter histórico principalmente: Doren, *Desenvolvimiento y organización de las corporaciones de Florencia* (alemana); Van der Linden, *Les gildes merchandes dans les Pays-Bas des Moyen age*; Sain-Leon, *Histoire des corporations de metiers depuis leur origine jusque a leur suppression, en 1791*; Rousiers, *Le Trade-Unionisme en Angleterre*; Hirsch, *Desenvolvimiento de los grupos profesionales de obreros en Inglaterra y Alemania* (alemana). En la otra división sobre la historia del trabajo, se habla de los libros de Letourneau, *L'Evolution de l'esclavage*; Rogers, *Histoire du travail et des salaires en Angleterre depuis le fin de siècle XIII*; Schulze Gavernitz, *La grande industrie*: por último, en la división acerca de la evolución comercial, examínanse dos obras: una de Letourneau, *L'Evolution du commerce dans les divers races humaines*, y otra de Brand, sobre la *Política comercial francesa desde Colbert* (alemana).

La última sección del *Año sociológico*, bajo el epígrafe *Divers*, comprende, á cargo de los Sres. Muffang, Durkheim, Fauconnet y Parodi, la exposición de algunos trabajos referentes á cuestiones sociológicas ó conexas con la Sociología que no han provocado todavía una literatura suficiente para por sí constituir una sección, ó bien que sólo implican indicaciones de tendencias científicas posibles. Así, se habla en esta sección de la *Antroposociología*, esto es, de la tendencia científica que pretende explicar los hechos sociales como hechos de raza, como epifonemas sin virtud propia. «Los hechos sociales—dice G. de Lapouge—se explican por la lucha de elementos antropológicos diferentes, y la historia entera no es más que un proceso de evolución biológica». Implica, en verdad, esta concepción una negación de la sustantividad de la Sociología, que quedaría así reducida á ser una prolongación

de la antropología, con fundamentos exclusivamente etnográficos. La antroposociología ha sido expuesta por G. de Lapouge en varios trabajos (*Les selections sociales, les relations financières de l'indice cephalique*, etc.), y por G. Ammon (*Die Geschichte einer Idee-Die Gesellschaftsordnung und ihre natürlichen Grundlagen*) expuestos en el *Año sociológico*, que además da cuenta sucinta de otros libros y artículos que á la antroposociología se refieren. Háblase luego en esta sección, de *La Sociogeografía*, esto es, de la explicación de la sociedad y de los fenómenos sociales por la geografía, con ocasión principalmente de un trabajo de Ratzel (*Der Staat und sein Boden geographische beovachtet*), mantenedor de una teoría muy digna de estudio acerca del papel de los influjos geográficos en la vida política. Finalmente, en esta misma sección dedícanse algunas páginas á exponer *Cuestiones de demografía*, con referencia particular á los trabajos de Nitti, *La population et le système social*; Seeck, *Die Statistik in der alten Geschichte*; Beloch, *Zur Bewoelkerungs gerchichte*, deteniéndose con especialidad en el problema de la despoblación para dar cuenta de los estudios de Bertillon, Dagan, Parodi, Levasseur y Leroy-Beaulieu.

VII

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

Bosquejando Barth los trabajos de sistematización sociológica producidos á partir de Comte, señala diversas tendencias que implican conceptos capitales de la ciencia distintos, y por ende ideales sociológicos diferentes: hay 1.º, la Sociología clasificadora de Littré, Roberty, de Greef, Lacombe y Wagner, cuyo objetivo principal es determinar la jerarquía de las fuerzas sociales; 2.º, la Sociología biológica de Spencer, Lilienfeld, Schäffle, Fouillie (estos dos con ciertas reservas por mi parte) y R. Worms, cuyo principal problema es el del organismo social; 3.º, la Sociología dualista, de Ward, Mackenzie, Hauriou

y Giddings, que nace como reacción contra la biológica y cuyo distintivo es quizá, en mi concepto, la preocupación psicológica y filosófica; 4.º, ciertas manifestaciones de un sentido individualista en Tarde y Bourdeau; 5.º, otras antropogeográficas, bien distantes del puro sentido naturalista, de Ritter y Ratzel; 6.º, otras etnológicas en Gobinau, y en Pott y Gumplowitz, con la derivación que Barth no anota de la antroposociología de Lapouge y Ammon; 7.º, otras políticas de Lorenz y Schäfer, etc. etc. Aún podrían añadirse muchos otros matices, fijándose en direcciones particulares, representadas por Durkheim, Simmel, Asturaro, Giner, Azcárate, etc.

Ahora bien, si no de todas estas direcciones que en el movimiento sociológico se advierten, de la mayoría, y sobre todo de las más importantes, hay reflejos muy acentuados en los dos anuarios que nos sirven de base en este estudio: las tendencias biológicas, y las individualistas; las derivaciones psicológica y filosófica, con más la preocupación ética, cuentan en el *Año* y en los *Anales* con algunos representantes, bien sea en los trabajos de sistematización sociológica, bien en los trabajos de investigación histórica ó en los especiales de las ciencias sociológicas particulares. Es, por tanto, difícil, dada la simultaneidad de las manifestaciones y el valor positivo de sus diversos mantenedores, señalar cuáles son las tendencias más predominantes, y en su vista, fijar cuáles parecen ser los rumbos que toma con mayor decisión la ciencia. Paréceme, sin embargo, que si comparamos unos trabajos con otros, si además atendemos al dato significativo de las cuestiones que con más acentuada preferencia solicitan la atención de los científicos — investigaciones de las instituciones y creencias religiosas, de los problemas éticos de la vida social en la economía y en la criminología—y, por último, nos fijamos en las indicaciones más generales del espíritu filosófico reinante, paréceme, repito, que quizá puedan formularse como conclusiones aproximadas que se infieren de la lectura de los dos Anuarios, las siguientes:

1.^a La sociología biológica, evolucionista, fundada en el puro agnosticismo spenceriano, y mantenida por la interpretación materialista del positivismo, está en plena decadencia. Pruébanlo, de un lado, las discusiones mismas del Congreso de Sociología, especialmente en la cuestión del organismo social, donde, si no salió mal parada la concepción *orgánica* de la Sociología, sí salió maltrecha la concepción *biológica* del organismo social; y de otra, la crítica, no contestada, de Tarde, con las rectificaciones que doquier se producen en todas las indagaciones sociológicas novísimas.

2.^a Como reacción en parte, y en parte también como manifestación impulsiva y progresiva, se ha producido una tendencia fundamental psicológica, que pretende explicar los fenómenos sociales como fenómenos de pura psicología colectiva (v. gr., en Tarde y aun en Giddings), ó bien como fenómenos de una naturaleza particular (Durkheim y Simmel).

3.^a Iníciase, dentro de la esfera misma de la Sociología, otra tendencia esencialmente filosófica y sintética (Barth), reconociéndose, aunque sea desde un campo especial cual es la Economía, la necesidad de partir de un principio de unidad, que dé cohesión, dé filosofía científica, á las indagaciones sociales (Stammler), y afirmándose en otros la preocupación del sentido ético sociológico (Bernés, Giner y muchos de los escritores de cuestiones sociales especiales).

4.^a Al lado de estas tendencias se indican puntos de vista particulares, cuyo alcance no puede aún determinarse en las investigaciones sobre antroposociología y sociogeografía, aun cuando quizá están llamadas las doctrinas que semejantes indagaciones producen, más que á variar las corrientes generales que la Sociología sigue al impulso de la filosofía reinante, á incorporarse á ellas, como á ellas se van incorporando los resultados utilísimos de las numerosas investigaciones acerca de los orígenes y desenvolvimiento de las ideas, creencias, instituciones y costumbres humanas.

ADOLFO POSADA.

DE ALGUNAS CREENCIAS Y SUPERSTICIONES

ENTRE LOS MUSULMANES

LOS ÁNGELES—LOS DEMONIOS—LOS GENIOS—OTRAS
SUPERSTICIONES

La mayor parte de las gentes que en la juventud ha leído, como entretenimiento, los deleitosos cuentos de *Las Mil y una noches*, estima, sin duda alguna, que sólo son producto de la fantasía — bizarramente apellidada *la loca de la casa* — en el supuesto de que en los árabes predomina, sobre todas, aquella inquieta facultad creadora, cuyo poderío es tan grande, como para atreverse á emular, y á corregir á veces desatentada, la obra maravillosa de Dios, admitiendo la posibilidad de que el humano espíritu prescindiera de las leyes inmutables que rigen y gobiernan el Universo.

A pesar de esta preocupación, bastante general, dentro y fuera de España, y más entre nosotros acaso, que reputamos por contradicción la potencia imaginativa de los andaluces, en especial, herencia característica y legítima de los musulmanes,—puede asegurarse con entera certidumbre el hecho comprobado de que no hay pueblo alguno en quien predomine menos la fantasía, según procuran demostrar, uno en pos de otro, escritores de la categoría de Caussin du Perceval y

Dozy, el último de quienes compendia los argumentos del primero, extremándolos de suerte que la duda parece imposible, aun para los más recelosos y suspicaces.

Lícito habrá de sernos, por tanto, reproducir aquí, por vía de introducción, las palabras del doctísimo escritor holandés, á quien tanto debemos en el conocimiento de nuestra propia historia los españoles, y quien escribe, al propósito, estableciendo cierta manera de parangón entre los europeos y los árabes: «Por nuestra parte, con nuestra ambición, sin límites en el pensamiento, en los deseos, en el movimiento de la imaginación, aquella vida tranquila del desierto habría de parecernos insoportable por su monotonía y su uniformidad, prefiriendo nuestra habitual sobreexcitación, nuestras miserias, nuestros dolores, nuestras turbulentas sociedades y nuestra trabajada civilización, á cuantas ventajas poseen los beduinos en su serenidad inmutable.

»Y es, porque, entre ellos y nosotros, existe una diferencia enorme: nosotros somos demasiado ricos de imaginación para gozar el reposo del espíritu, y á la imaginación debemos nuestros progresos y nuestra superioridad relativa, pues donde no existe es imposible el progreso, porque cuando se apetece perfeccionar la vida civil y desarrollar las relaciones de los hombres entre sí, es indispensable de todo punto se halle presente al espíritu la imagen de una sociedad más perfecta que la existente. Los árabes, por tanto, á despecho de prejuicios acreditados, son de escasa imaginación: tienen la sangre más impetuosa, más ardiente y bullidora que nosotros, pasiones más fogosas; pero son al propio tiempo *el pueblo de menos inventiva del mundo*. No hay más que examinar su religión y su literatura, para convencerse de ello: antes de ser musulmanes tenían sus dioses, representantes de los cuerpos celestes; pero jamás han tenido mitología, como los indios, los griegos y los escandinavos. Carecían sus dioses de pasado, y por consiguiente de historia, no habiendo nadie pensado en componerles una. Por lo que toca á la religión predicada por

Mahoma, simple monoteísmo, en el cual hubieron de fundirse algunas instituciones y algunas ceremonias del judaísmo y del antiguo culto pagano, es sin contradicción, entre todas las religiones positivas, la más sencilla y la más desprovista de misterios; la más razonable y la más depurada, como dirían cuantos hasta cierto punto excluyen lo sobrenatural, y han desterrado del culto las demostraciones externas y las artes plásticas.

»La misma ausencia de inventiva, la misma predilección por lo real y positivo, son de notar en la literatura, pues al paso que los demás pueblos han producido epopeyas en las cuales juega papel de grande importancia lo sobrenatural, los árabes carecen de epopeya, y aun de poesía narrativa, no habiendo exclusivamente cultivado sino la lírica y la descriptiva, poesía que no ha expresado jamás sino la realidad en su aspecto poético. Los poetas arábigos describen cuanto ven y cuanto sienten, pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo, sus compatriotas, lejos de agradecerlo, los tratan crudamente de impostores. La aspiración al infinito, al ideal, es para ellos desconocida, y lo que, desde los tiempos más remotos, les interesa sobre todo, es la propiedad y la elegancia de la frase, que es el aspecto técnico de la poesía (1). La invención es fruto tan raro en su literatura que, cuando se encuentra en ella un poema ó un cuento fantástico, puede desde luego y casi siempre asegurarse, sin riesgo de error, que tal producción no es de origen arábigo, sino mera traducción solamente. Así, en *Las Mil y una noches*, aquellos cuentos de hadas, aquellos graciosos frutos de una imaginación fresca y riente, que han sido el encanto de nuestra adolescencia, son de origen pérsico ó indio: en aquella inmensa colección, los cuentos propiamente arábigos, son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real y positiva.

(1) Caussin du Perceval, *Essai sur l'histoire des arabes avant l'Islamisme*, tomo II, pág. 314 y sigs.; 345, 509 y sigs. 513 (Nota de Dozy).

»Cuando los árabes, establecidos en dilatados territorios conquistados por la espada, han tratado de materias científicas, han dado muestra de la misma carencia de potencia creadora, traduciendo y comentando las obras de la antigüedad, bien que enriqueciendo ciertas especialidades con pacientes observaciones, exactas y minuciosas, pero sin inventar nada, sin debérseles ninguna idea grande y fecunda» (1).

Sabido es, no obstante lo categórico de la afirmación, que, entre otras cualidades, los árabes tienen extraordinariamente desarrolladas la de asimilación, y la que podríamos denominar de adaptación al medio, con las cuales, sobre todas, ha bastado para que, en los países por ellos sometidos, donde mezclaron su sangre con la de otros pueblos, hayan además adquirido otras cualidades complementarias, propias de la raza vencida, según reconoce el propio Dozy, para quien no significa otra cosa que las consecuencias naturales de esta mezcla, el espiritualismo advertido incuestionablemente en las producciones literarias de los musulmanes españoles, debido en especial á la raza muladí, confundida á la larga entre otras, á la mudejár y á la mozarábiga, que tanto influjo alcanza sobre sus dominadores.

No somos, á pesar de todo, tan extremados en nuestro juicio, como para negar en absoluto la imaginación á los árabes, siendo como es aquella facultad la que retiene y conserva, sin calificarla ni modificarla, la imagen contemplada, siempre con arreglo al medio; y los árabes tienen superabundantemente demostrado que no carecen de ella, al reproducir en sus poesías el aspecto poético de la realidad, al distinguirse en el cultivo de la poesía descriptiva, al ser reconocidos en la hermosa colección de *Las Mil y una noches*, y en otros cuentos, autores de los «cuadros de costumbres y las anécdotas tomadas de la vida real», y al usar, aun en el común lenguaje, cierta manera

(1) Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne* (Leiden, 1861) Tomo I, págs. 12 á 14.

de perífrasis metafórica para expresar las ideas más vulgares, la cual sorprende y cautiva al europeo, hallándola empleada como propia y corriente hasta en las personas de menor cultura.

La facultad creadora, aquella que entrándose en virtud de su propia potencialidad por los dominios siempre fecundos de la imaginación, escoge, traduce é interpreta como materia y á su arbitrio las imágenes del mundo real, allí conservadas, para formar con ellas, fuera y dentro de la naturaleza, lo que ni ha existido ni tiene realidad; la que engendró la mitología, la epopeya y las ciencias; la fantasía, *la loca de la casa*, en una palabra, podrá no ser, con efecto, según Caussin du Perceval y Dozy aseguran, prenda característica de los árabes propiamente dichos, tal como éstos se manifiestan en sus producciones y en su vida, aunque, en rigor, si para aspirar al progreso en la social, «es indispensable de todo punto se halle presente al espíritu la imagen de una sociedad más perfecta que la existente,» no hay que dudar en que en Mahoma, al fundar el islamismo, en sus auxiliares y hasta en sus sucesores, existía tal facultad desarrollada, no siendo, por tanto, lícito aceptar en absoluto como totalmente decisivas las conclusiones de aquellos ilustres sabios, ni darles tampoco tan excesivo alcance que despojemos por ellas para siempre á la raza arábica de semejante facultad, que es, por otra parte, inherente á la naturaleza humana.

Del paso de los árabes por todas las esferas de la vida, conservan recuerdo indeleble «los Diccionarios de Europa,» según demuestra uno de los más competentes escritores contemporáneos de estas materias entre nosotros, pues además del *Álgebra*, «los nombres de *sofá, diván, café*, etc., para los usos domésticos; la palabra *cifra*, adoptada en matemáticas; gran número de voces astronómicas, *zénit, nadir, azimut, almincantarát*; nombres de constelaciones, *Altair, Antares, Rigal*, etcétera; nombres de guerra, *gazúa (razzia, en francés), algarrada*; de química, *alambique, alchimia*; de objetos alimentati-

cios y perfumes, *arroz, azafrán, azúcar, ámbar, almizcle*, pertenecientes al idioma arábigo, se encuentran en forma poco alterada en los idiomas neolatinos y teutónicos» (1), y esto no habría ocurrido, seguramente, si no existiera aquella preponderancia, que arguye desde luego, aunque con ciertas restricciones, el desarrollo de la facultad imaginativa.

Sea como quiera, sin embargo, hemos juzgado convenientes las anteriores indicaciones, para comprender el sentido profundamente natural que lo sobrenatural recibe entre los musulmanes, y cómo un pueblo que carece de epopeya, puede aceptar y creer en la intervención constante de seres que no tienen realidad alguna, y que son, por tanto, nacidos de la fantasía. Sometidos á las inflexibles prescripciones del Korán, donde todo está previsto y donde todo se encuentra, los mahometanos creen, no sólo en la existencia real y positiva de los ángeles, seres intermediarios entre la divinidad y el hombre, sino en la de los demonios y en la de los genios, que tanta parte toman en las ficciones de *Las Mil y una noches*.

Los ángeles, cuya naturaleza no se detiene á definir Mahoma, pero que habitan en el cielo, no son hijos de Alláh, sino predilectos servidores suyos (2); tienen tres y cuatro pares de alas (3), si bien el arcángel Gabriel, según los comentaristas, apareció al Profeta la noche de su viaje nocturno con seiscientas alas; son los mensajeros de Alláh, los que llevan su trono, los que interceden por los hombres, los que acuden por permisión divina en ocasiones en auxilio de los fieles, y son sus custodios y guardianes, los que recogen su último suspiro y su alma, los que arrebatan la vida á los infieles y los arrojan al infierno, los que abren á los creyentes las puertas del Paraíso.

(1) D. Francisco Fernández y González: *Plan de una biblioteca de autores árabes españoles* (Madrid, 1861), págs. 29 y 30.

(2) *Korán*, Sura XXI, aleya ó versículo 26.

(3) *Id.*, Sura XXXV, aleya 1.

so (1), y son intérpretes y ejecutores de la voluntad divina en todo caso. Pero aun viviendo en el cielo como seres predilectos, al lado y á las órdenes de Alláh, é interviniendo siempre y constantemente en cuanto á la divinidad y al hombre se refiere, son inferiores á éste, según Mahoma, pues cuando Alláh creó de barro al primer hombre, le dió forma y le infundió su espíritu (2), mandó á los ángeles que se prosternasen delante de la criatura y la adorasen (3), lo cual ejecutaron todos me-

(1) *Korán*, Sura LXIX, aleya 17; XL, 7; XLII, 3; III, 120; VIII, 9 y 12; VI, 61; XIII, 12; VII, 35; VIII, 52; XVI, 30, 34 y 35; XXXII, 11; XLVII, 29; L, 16.

(2) El morisco Mohámmad Rabadán, natural de Rueda del río Jalón que en 1603 puso en romances, entre otras historias, la genealógica de Mahoma, desde la creación del mundo, «traducida de la que compuso en árabe Abú-I-Hasán Al-Becrí,» coloca en boca del alma la siguiente réplica á Dios, al ordenarle que entre en el cuerpo de barro del primer hombre:

«Rey piadoso

¿cómo quieres encerrarme
 en este vaso asqueroso,
 siendo yo tu serviciante?
 Enciérrasme en mi enemigo,
 do mi limpieza se manche,
 y á Tí te desobedezca,
 por no poder apartarme
 del poder deste contrario
 y de su enemiga carne,
 y yo habré de padecer
 tus castigos, desiguales
 por los distintos enormes
 que el cuerpo consigo trae:
 Dame parcida, Señor,
 de este trabajoso trance:
 que á Tí es, Señor, el mandar,
 y á mí, Señor, el rogarte».

D. Eduardo Saavedra, *Discurso de recepción* en la Real Academia Española (1878), pág. 37.

(3) *Korán*, Sura XV, aleyas 28 á 44. El capuchino y misionero apostólico, Fr. Félix de Alamin, refiere, impugnando el *Korán*, que antes de

nos Iblis, á quien arrojó del cielo y maldijo por su desobediencia y su soberbia (1).

Algunos expositores, contradiciendo el Korán, atribuyen á los ángeles la construcción de la Caâba «antes de la creación de Adán, y antes de que se pusiessen los fines de la

crear Dios al primer hombre, dijo, según los musulmanes, á los ángeles: «Yo en la tierra tengo de poner un Vicario mio. Y dixeron los Angeles: ¿Por ventura pondrás alguno que obre mal y que derrame la sangre de otros? Nosotros celebramos tu alabança; pero más dignos somos nosotros. Respondió Dios: Yo sé lo que vosotros ignorais. Y entonces Dios enseñó á Adán los nombres de todas las cosas, y dixo á los Angeles: Si sois verdaderos, decidme los nombres de todas las cosas. Respondieron los Angeles: Señor, nosotros no tenemos essa sabiduría si no nos la enseñas. Y entonces dixo Dios á Adán: Pronuncia y declara á estos el nombre de todas las cosas. Y aviéndolo executado, les dixo que adorasen á Adán, y al punto le adoraron; pero Iblis no quiso adorarle, porque era soberbio» (*Impugnación contra el Talmud de los Judios, Alcorán de Mahoma y contra los herejes*, Madrid, 1727, pág. 226).

(1) El morisco Rabadán, al relatar la rebelión de Iblis, pone en boca de éste las siguientes razones:

«Yo no quiero
que mi grandía se abaxe
á un pedazo de barro,
siendo yo seraficante
mucho mejor que no él,
porque á mí me halecaste (*criaste*)
de compostura de fuego;
y es menosprecio muy grande
que yo reverencie á quien
es de tan baxo quilate.
Dixo Alláh: «Sal, enemigo,
de mi alchana (*paraiso*) y sus lugares,
apedreado, maldito.
Rayo de fuego quemante,
mi maldición te persiga,
mi condenación te alcance,
mi pena te dé tormento,
mi castigo te acompañe».

(Saavedra, *Ibidem*).

tierra,» asegurando que «en el tiempo del Diluvio,» fue aquel templo «trasladado al cielo, y que Dios mandó á Abraham que edificasse otro á él semejante» (1); y no sólo asisten en crecido número á dicho templo, sino que el día del Juicio irán á él, por mandato de Alláh, setenta mil de ellos, cada uno con una cadena de oro, y al decirles Alláh: «Id á la Casa de Meca, y atadla con cadenas, y traedla al lugar del Juicio,» irán «y la atarán con setenta mil cadenas, y la llevarán al Juicio, y ella hablará delante de Dios, pidiendo perdón para los que la visitaren» (2). Seres finitos, morirán también como el hombre el día del Juicio final, y resucitarán como él, rodeando entonces el trono de Alláh, y entonando sus alabanzas (3).

Aunque el morisco Rabadán dice que los ángeles fueron creados (halecados) «de compostura de fuego,» no aparece, sin embargo, mejor definida que su naturaleza la de los demonios, genéricamente denominados en el Korán *Xaythanes*, confundiendo así con la de los genios (*channa* ó *chanuna*), que en legiones vagan por los aires, y que toman á la continua participación directa é inmediata en los negocios de los hombres. Conforme la doctrina mahomética, los genios fueron creados, antes que el hombre, de un fuego sutil, aunque sin humo (4), lo cual obliga á presumir, si la afirmación de Raba-

(1) Fr. Félix Alamin, *Op. cit.*, pág. 227. Según otra tradición, no más fundada, fueron «los ángeles quienes, después de la caída de Adán y de su reconciliación con Dios, colocan sobre el suelo que hoy ocupa la Caâba, una tienda transportada nada menos que del Paraiso terrenal.» «Luego Seth eleva en aquel mismo lugar un edificio de piedra dedicado al culto del Eterno.» «Viene el diluvio y lo arrasa; y esto da lugar á que Abraham, con la ayuda por supuesto de Ismael, le construya de nuevo, y funde las peregrinaciones que desde entonces no han cesado» (D. Mariano de Pano y Ruata, *Puey Monçon.—Viaje á la Meca en el siglo xvi*, páginas 104 y 105).

(2) Fr. Félix Alamin, *Ibidem*.

(3) *Korán*, Sura XXXIX, aleyas 68 y 75.

(4) *Idem*, Sura XV, aleya 27; Sura LV, aleya 14.

dán relativa á los ángeles es exacta, que éstos, los demonios y los genios, tuvieron el mismo origen, aunque en el Korán no se especifica, ni mucho menos. Los hay de uno y otro sexo, viven y se reproducen como el hombre, y según acaece con los ángeles, aunque por diferente causa, unos son buenos, que favorecen y ayudan la obra misericordiosa de Alláh, apartando las criaturas del pecado, y otros son malos, que la dificultan y entorpecen, incitando al hombre en todas ocasiones para hacerle caer de la gracia divina.

Son compañeros inseparables de la criatura, cuyas acciones deciden y determinan con frecuencia; como están en y por todas partes, oyen cuanto se dice en la tierra y en el cielo, y así tienen conocimiento de todo lo que ocurre en una y otra parte. Libres é independientes, sólo pudo someterlos á su autoridad la gran sabiduría de Salomón, á quien sirvieron muchos de ellos, como Ifrit, pero contra quien se rebelaron algunos, en castigo de lo cual hubo de sujetarlos Alláh definitivamente al glorioso hijo de David, atados unos á otros con cadenas, obligándoles á obedecerle para siempre (1). Cual en

(1) *Korán*, Sura XXXVIII, aleyas 36 y 37. Kasimirski, ilustrando este punto, refiere que «Salomón, después de haber conquistado á Sidón, y condenado á muerte al Rey de esta ciudad, tomó su hija por concubina. Habiéndole autorizado para tener en sus habitaciones la efigie de su padre, convirtióla aquella en objeto de adoración, introduciendo así en el palacio de Salomón la idolatría. Tenía el hijo de David, cuando iba al baño, la costumbre de dejar en la habitación de una de sus mujeres el famoso anillo, emblema de su poder y talismán maravilloso con que gobernaba los genios; y queriendo Dios castigar aquella debilidad de Salomón, consintió que uno de los genios se apoderase en cierta ocasión del anillo, y con él del trono. Despojado del anillo, Salomón perdió el reino y se vió obligado á errar por la tierra, desconocido y negado por todos, hasta que el talismán, que el genio había arrojado al mar, fue encontrado por un pescador y restituído á Salomón, haciéndole recobrar la autoridad perdida».

la humanidad sucede, hay entre los genios quienes profesan el Islám (1), y quienes adoran los ídolos; quienes se humillan y prosternan ante el solo nombre de Alláh y de su enviado Mahoma, y quienes se estremecen de terror y de coraje al oírlos; quienes continúan obedientes á Salomón, aun después de muerto; quienes le juzgan vivo todavía, y quienes en balde luchan por quebrantar el poderío de aquel príncipe, elegido y predilecto, cuyas órdenes resisten.

Son numerosas y variadas las genealogías conocidas de los génios, bruscos y malos, que traban en el cielo y en la tierra continuadas contiendas, como representantes del Bien y del Mal, y que son incompatibles, como en otras religiones del Oriente, resultando su condición y poderío tales, que si bien les consienten tomar cuando les acomoda la figura humana, del sexo que les conviene para sus intentos, por lo común aparecen en forma de gigantes horrendos y descomunales, ó espantables enanos, los malos, y se manifiestan y hacen presentes, por medio de grandes humaredas, negras y espesas, que van lentamente condensándose hasta constituir un cuerpo. No están exentos de las pasiones naturales de los hombres, y á veces contraen alianzas de todo género con ellos, ya por medio del matrimonio, ya por la opresión y la violencia, no estando libres tampoco de la suerte reservada por Alláh á todo lo nacido, pues no sólo han de morir, sino que están sujetos á las mismas

(1) *Korán*, Sura XLVI, aleya 28. «Un día reunimos una legión de genios para hacerles oír el Korán; se presentaron y se dijeron los unos á los otros: «Prestad atención.» Y cuando fue terminada la lectura, regresaron como apóstoles entre su pueblo.» Kasimirski juzga que «ésta es sin duda una alusión á lo que refiere la historia de Mahoma sobre la conversión de cierto número de genios en Taïef. Viendo, en efecto, Mahoma que su misión tropezaba con muchos obstáculos en la Mecca, marchó á Taïef, en el Hecház, donde fue muy mal acogido por los habitantes; pero á una tropa de genios de Nisibilis, que se encontraba allí, agradó tanto la doctrina del Korán, que hubo de abrazarla».

penas señaladas á la criatura, según la conducta que hayan observado (1).

Habitán en palacios suntuosos, de mágica estructura, contruidos bajo el suelo; en las minas abandonadas, en los algibes, las fuentes, los manantiales, y las cavernas y excavaciones de todo género; en los lugares desiertos, en las montañas, y en el mar; tienen poder para trastornar á su antojo la naturaleza, y nada hay que les resista, así como ellos tampoco pueden por modo alguno resistirse al hombre, cuando invoca el santo nombre de Alláh, el de Mahoma ó el de Salomón, trinidad suprema contra la cual son impotentes; y aunque vagan por los aires, es siempre la noche misteriosa, con sus encantos y sus temerosos secretos, la elegida para abandonar los génius con preferencia sus moradas y sus antros, y hacer sus correrías por la tierra, bien inocentes muchas de ellas, como patentizan las *Mil y una noches*, y otros *hadits* ó relaciones de análoga especie, con que dieron pábulo á su credulidad los musulmanes, y con que, al decir de un escritor, «se alimentaba la vulgar afición á maravillas y consejas.»

La singular degeneración y el vergonzoso decaimiento á que han venido, sobre todo en el Mogréb, los países musulmanes, han desnaturalizado en mucha parte la condición de los génius, convirtiéndolos en seres de tan inferior categoría con relación á la que obtuvieron en época de mayor cultura para el Islám, que es difícil reconocer en el concepto que de ellos hoy se forma, aquellos que inspiraron á los *rauíes* sus ingeniosas relaciones. Según los africanos, los génius de ahora «tienen muy mal olfato, y son, por tanto, no muy escrupulosos acerca del camino que toman para hacer» sus expediciones nocturnas, cuyo verdadero alcance no es hoy del todo comprensible. «Tan es así,—dice Murga refiriéndose á la falta de sensibilidad olfatoria en estos seres,—que Moros y Judíos, que deben tener muy bien conocidas sus costumbres (las de los

(1) *Korán*, Sura XLI, aleya 24.

E. M.—*Diciembre* 1898.

génios), les colocan manjares y otras cosas al lado de unos ciertos agujeros, que, por lo general, hay cerca de la puerta de sus casas» (las de los Moros y Judíos) (1). «Con esto, están seguros de que se quedarán entretenidos, y de que agradeciendo tan buenas atenciones, no intentarán el mal en contra de los que les hacen el obsequio. Estos, cuando los génios en figura de ratas ó de otras alimañas parecidas, consumen su ración ó parte de ella, se dan por muy contentos de haberse visto libres, á ese precio, de una visita poco deseada. Tienen los génios un carácter adusto y susceptible, lo que les hace de trato muy difícil; y, si una vez llegan á darse por ofendidos, no es fácil el que lo lleguen á olvidar. Lo que más les incomoda son las aguas calientes, séanse del género que se fueren, que se vierten en los agujeros que hay en tierra: algunas veces que esto llega á suceder por un descuido, se les oye chillar y, á no dudarlo, es porque algunos salen escaldados» (2).

Tienen los génios, que son por naturaleza invisibles para el hombre, la facultad de poder tomar, como hemos dicho, la forma que quieran, siendo por tanto elemento poético de gran prestigio y fuerza que interviene, como natural, en todas las creaciones literarias de los musulmanes, y que aparecen con el carácter de maravilloso en las de otros pueblos, como el nuestro, ya impulsando á grandes y meritorias acciones, ya sirviendo de protector ó patrono á los héroes, ya guiando su brazo en los combates, ya fortaleciendo su corazón, ya inspirándole invencible esfuerzo, ó inextinguible pasión hacia determinada persona, y ya haciendo triunfar al protagonista, contra toda oposición y todo obstáculo, de cualquier índole que fuere, si bien en esto, como en todo, los poetas no hacen sino reproducir la realidad, en forma más ó menos bella,

(1) La misma costumbre había y aún hay en Andalucía; servían estos agujeros, según el lector habrá comprendido, para depositar las aguas fecales, como en Aírica.

(2) *Recuerdos marroquíes*, pág. 92 de la Monografía *Los Renegados*.

pues realidad es para los mahometanos, según el Korán, la existencia de los gánios, cuya intervención en los asuntos terrenos es para ellos tangible.

Así es que lo mismo en los unos que en los otros países musulmanes del oriente y del occidente, los gánios malévolos, que no son islamitas, persiguen á los fieles por todos los medios, afligiéndoles con grandes calamidades, ya públicas ó privadas. Al vagar por el espacio, se apoderan fácilmente de cualquier mala voluntad contra una persona, y la ejecutan enseguida, según hubo de ocurrirle á Temim Addar, que era uno de los compañeros del profeta (1), aprovechándose del menor descuido en las prácticas religiosas, y son causa y origen de la mayor parte de las enfermedades que los musulimes padecen. En Africa, tanto éstos como los judíos, achacan sus dolencias á los malos gánios que habitan los manantiales de las montañas ó las orillas del mar, y que impurifican con tal propósito las aguas potables; para apaciguarlos, neutralizar el efecto del veneno, y purificar las aguas, los habitantes del Mogréb emplean varias ceremonias, ofreciendo á los gánios víctimas propiciatorias, con las cuales piensan granjearse la buena voluntad de aquellos.

«Los altares para estos sacrificios,—dice un escritor,—se levantan al aire libre, y tienen sus sacerdotes para servirlos. Ordinariamente son negros, nombrados por el califa, que no pasan de siete en cada localidad, y de entre ellos se nombra un gran sacrificador, á quien los demás profesan una veneración profunda.» Lo que hay de más extraño, según el escritor á quien aludimos, es, que contra el concepto que la mujer obtiene entre los sectarios de Mahoma, al referido sacrificador «se le unen dos ó tres negras jóvenes que hacen el papel de sacerdotisas, y son las encargadas de guardar los manantiales, encendiendo velas á su alrededor.» «Antes de ser inmola-

(1) Guillén Robles, *Leyendas moriscas*, t. II, pág. 97.

da, la víctima debe ser purificada, y á este fin se le baña y continuamente se le perfuma con incienso y otros aromas que queman las negras en los pebeteros que cada una tiene.» «Cuando las víctimas son animales cuadrúpedos, se les aplican además unciones de aceite y hojas de henea, las cuales se limitan á tirar unas rayas desde la cabeza á la cola, desde el lomo á las manos, y desde el lomo á los pies: después se les da á beber una poción blanca, que parece crema.

«Si son volátiles, se les pasea antes de ser inmolados, por la cabeza de los enfermos muchas veces, y tan luego como ha dejado de existir, las mujeres se apresuran á quitarles las plumas y guardarlas para amuletos, arrojando la víctima al manantial, á fin de que allí exhale los espíritus vitales, y con ellos haga mejor el conjuro.» «Para que dejen de existir las víctimas, el gran sacrificador levanta un gran cuchillo que en sus manos lleva, se vuelve hacia el Oriente para hacer una ligera oración, y después descarga el golpe sobre el pescuezo del animal, dividiéndole el cuerpo.» «Enseguida, con la primera sangre de ella, unge al enfermo que la ha presentado, él ó sus parientes, en la cabeza, si la enfermedad es general, y sino, en todos los puntos del padecimiento, y el cuerpo de la víctima es recogido por los parientes para comerlo con supersticiosa confianza, excepto las patas, que en nada se aprovechan.» «Mientras dura esta operación, las sacerdotisas no cesan de encender velas alrededor del manantial, y de purificar sus aguas con perfumes.

«Estas aguas, así purificadas, sirven para beber los enfermos y aun sus parientes, por tres días consecutivos, para hacerse las abluciones y para humedecerse las partes enfermas, si ha lugar á ello.» «Después de estas operaciones, el gran sacrificador reúne á sus subalternos, y todos recitan una plegaria, á la que se unen mentalmente los asistentes, ó cantan la siguiente: *¡Oh Sidi-Slimán!* (Suleyman, Salomón.) *Vos que tenéis continuamente piedad de los que sirven á Dios, iú, iú, iú!* (gritos de alegría). *¡Oh Sidi-ben-Abbas Esbeti!* *¡Vos que sois el*

verdadero rei de mar y tierra, iú, iú, iú! Tened compasión de mí, pobre criatura! Vengo á ponerme bajo vuestra protección, y así, pues, haced que mi cura sea pronta, y mi reconocimiento será tan eterno como vuestra fama! Iú, iú, iú!

«Estos sacrificios comienzan todos los miércoles al ser de día, y se prolongan hasta las doce, según el número de víctimas que hai que inmolar, y por cada una de éstas se paga desde un doble *muznéh*, hasta un *rabig-bud'yu*, ó sean, de 4 á 20 cuartos nuestros (de 12 á 60 céntimos de peseta).» «Se hacen con bastante ceremonia en los alrededores de Argel, donde— concluye—hemos tenido lugar de ser testigos de ellos» (1).

A esta ceremonia, por él presenciada en Tánger, alude, sin duda alguna, otro viajero español, refiriéndose á «unas rocas que hay á algunas varas dentro del mar,» en las cuales, para aplacar los malos genios que han hecho de ellas su morada, se celebra la llamada *muerte del gallo negro*, escribiendo: «Cuando hay alguna mora enferma de gravedad, sus amigas van, aprovechando la baja marea, á matar un gallo que precisamente ha de ser negro, y cuyo cuerpo dejan allí abandonado, regresando ellas con la supersticiosa creencia de que la paciente deberá sanar, ó, cuando menos, aliviarse» (2) por la virtud de aquella especie de conjuro, cuyas solemnidades no deben variar gran cosa de las consignadas arriba. No son, sin embargo, estos procedimientos los únicos empleados, pues en Berbería los negros ahuyentan los malos génius, causa primera de muchas enfermedades, por medio de sus evocaciones y su música.

«Las evocaciones—dice Murga—no las conozco; pero lo que es la música, es capaz de ahuyentar, no sólo al Diablo, sino también á todos los diablos.» La orquesta se compone de «enormes tambores colgados del cuello, y en los que, con la mano izquierda armada de un palo delgado, golpean suave-

(1) Malo de Molina, *Viaje á la Argelia*, págs. 200 á 202.

(2) Amor, *Recuerdos de un viaje á Marruecos*, pág. 154.

mente uno de los parches, á la vez que, con la mano derecha armada de un palo grueso y corvo, golpean el otro con toda la fuerza de su brazo; enormes castañuelas hechas de hierro, y de forma de dos cazos unidos por su boca; unos pulmones capaces de dejar sordo á un Artillero»; y una vez introducida en el cuarto del enfermo, «empieza la serenata, que dura horas, y á las veces, días, sin quedar interrumpida un solo instante, separándose por turno los ejecutantes para tomar descanso y alimento.» «Algunas veces, á este género de orquestas, suelen agregarse una ó más partes coreográficas, generalmente del *bello sexo*, y cuya especialidad consiste en tener quietos los pies y mover mucho los brazos y caderas.»

«Si el enfermo resiste este espectáculo, de carácter privado, pero público y gratuito para los vecinos, es seguro que cura. Sinó ¡estaba escrito! y la familia tiene el gran consuelo de que no fue el Diablo el que causó aquella enfermedad, pues que, de ser así, hubiese huído y no estaría muerto el atacado; los vecinos conservan el grato recuerdo de la música celestial, á cuyos acordes el alma del enfermo dejó su capa terrestre para marcharse al Paraíso; y quedando *tutti contenti*, se concluye la función, hasta otra vez» (1).

Colocados en el momento de la imposición de nombre bajo la protección de las «fadas buenas», que deben procurarles en vida y muerte la bienaventuranza,—los musulmanes, en su peregrinación por la tierra, van siempre acompañados de un ángel custodio, y de genios invisibles que no se separan de él en ocasión alguna. Por esta causa, pues, son tan crédulos en los augurios, y jamás emprenden nada sin que antes hayan recibido la aprobación ó la desaprobación del acto que han de ejecutar, sobre todo si es de trascendencia. Pensando en él, si oyen una palabra que cualquiera pronuncia al paso, y es

(1) *Recuerdos marroquíes*, págs. 95 y 96 de la Monografía *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos*.

favorable á sus intentos, juzgando que los buenos genios han sido los que la han hecho pronunciar para ellos expresamente, no vacilan en llevar á la práctica sus propósitos, guardándose de ello en caso contrario, en que la desaprobación es manifiesta.

A una de estas circunstancias fue debida la venida á España de Abd-er-Rahmán I, el fundador de la unidad política del Califato cordobés, refiriendo los historiadores árabes que, llegado á Moguila el barco fletado por los Beni-Omeyya para transportar á Ebn-Moâwiya, saltó el primero en tierra Temám-ben-Alkama, á quien Abd-er-Rahmán, que aguardaba impaciente en el puerto hubo de preguntar en seguida:—¿Cómo te llamas?—*Temám*, contestó él.—¿Y de sobrenombre? añadió el proscrito.—*Abú-Gálib*, replicó. Oído lo cual, el príncipe dijo:—Cumplido será nuestro propósito, y venceremos á nuestros enemigos (1),—pues, con efecto, *Temám* significa *cumplimiento*, y *Abú-Gálib*, *padre del vencedor*, nombres uno y otro de buen agüero, que hubieron de decidir de la suerte de España, atribuyendo Abd-er-Rahmán á los buenos genios, quienes hasta allí le habían favorecido, el hecho que de aquel emisario á quien, como nuncio de ventura, nombró ministro suyo desde luego, viniese en el barco, y fuera el primero de sus futuros vasallos que con él comunicase (2).

Existen, en diversos puntos del Africa, cual ocurre en todas partes, cuevas y excavaciones subterráneas, naturales y muy profundas, donde el aire, privado de oxígeno, suele pro-

(1) *Ajbar Machmuâ*, pág. 75 del texto arábigo; 76 de la trad. esp. de Lafuente y Alcántara.

(2) Se refiere de Mahoma que, cierto día, regresando á Medina, echó pie á tierra en casa de Emkeltum, y apenas había traspuesto el umbral, oyó á aquel llamar á dos de sus servidores, gritando: «*Ya Fataj! Ya Marzug!* Venid pronto.—El profeta, gozoso de aquel augurio, volvióse á Abú-Beker, y le dijo:—«Positivamente, esta casa será para nosotros seguro refugio.»—*Fataj* y *Marzug* significan, con efecto, el primero, «el que abra la puerta del bien», y «el que enriquece», el segundo.

dueir ruidos y detonaciones casi continuos que, infundiendo gran temor en las gentes, las obligan á apartarse recelosas y amedrentadas de tales sitios; y como la avaricia es una de las prendas características de los habitantes del Mogreb, por lo menos, al decir de los escritores,—creen aquellos que en semejantes lugares tienen los genios enterrados grandes tesoros, guardados por uno de ellos, invisible, quien causa tales ruidos para ahuyentar los codiciosos, se lanza sobre los que quieren entrar á pesar de todo, y los ahoga en castigo de su temeridad, ó, cuando menos, apaga violentamente las luces que llevan para penetrar en las cavernas, y perdidos en ellas, para siempre, no vuelven más á ver la luz del día (1).

Todo manantial de aguas termales, tan abundantes del lado allá del Estrecho, prodúceles religioso temor también, y muy principalmente cuando de él se exhalan acres y continuos vapores, ó despide olores singulares, pues para ellos es obra de los genios, en la que para nada ha tenido intervención la naturaleza, explicándose el prodigio con la creencia de que «Salomón había mandado construir baños (*jamám*) en todos puntos, y había encargado su guarda á genios que eran ciegos, sordos y mudos, á fin de que no pudiesen ver, oír ni contar lo que en estos baños pasaba», que no debía ser muy edificante cuando el hijo de David tomaba tales precauciones; y como no ha habido medio ni camino para hacer comprender á aquellos incorruptibles guardianes que, con el transcurso del tiempo Salomón, su señor, ha muerto, continúan y continuarán eternamente preparándole el baño, calentando con tal propósito las aguas y esperándole pacientes, pues algún día habrá de presentarse, sin duda alguna, y de improviso (2).

En el terreno de las supersticiones, características en los pueblos primitivos y en los degenerados, no se hallan en el

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 202.

(2) *Idem id.*, pág. 203.

concierto de la humanidad solos los musulmanes, pues en realidad les acompañan todos los pueblos, por grande que sea la cultura de que gocen, y á pesar de ella, siendo inútiles los esfuerzos de la ciencia y de la experiencia para conseguir librarlos de semejante servidumbre, á la que se somete involuntariamente la humana naturaleza, rebelándose contra la razón, que es enemiga de aquélla. La máxima universal de que *todo tiene remedio menos la muerte*, ha obligado siempre al hombre á buscar los medios de evitar los males, los daños, los peligros y los contratiempos que le afligen, y los de lograr el cumplimiento de sus deseos, no siendo de extrañar por tanto, cuando pueblos de muy superior cultura le han dado ejemplo constante en todo tiempo, que el musulmán, para quien se ofrece como natural la existencia de seres sobrehumanos, llamados á intervenir directamente en los asuntos de la tierra, conforme dejamos reconocido, tenga supersticiones, la mayor parte de las cuales no son sino reminiscencias de las sociedades antiguas.

Lo mismo en Europa que en las demás partes del mundo, el pueblo ha creído y cree, por lo que hace al tiempo, que existen días *fastos* y *nefastos*; que hay, por lo demás, preservativos de todo género para todo, y que como el Bien y el Mal proceden de causas divinas, hay recursos para conseguir el primero y para apartar el segundo en talismanes y amuletos, los cuales siempre, y en consideración á ser la divinidad centro y origen del uno y del otro, han de llevar la debida consagración religiosa, ya para tener á Dios propicio, ya para aplacar su justa cólera, en los casos respectivos. No hay para qué decir la grande influencia que en los espíritus débiles y enfermos ejerce cuanto de lo natural excede, y por tanto, es inútil hacer constar que en la senectud de la sociedad islámica, tan semejante á la infancia, toman increíble incremento y se agigantan sobre modo estas supersticiones, que por otra parte, condenan las religiones positivas.

Así, pues, para los musulmanes existen períodos de tiem-

pos *fastos* y *nefastos* (1), como sucede con los días, sin que puedan siempre dar explicación satisfactoria de la razón en cuya virtud los hay prósperos, felices y de buen agüero, y días de desgracia en que cuanto se ejecuta es malo. Desde luego, el de mayor solemnidad, el escogido para el descanso, aquel en que los fieles deben congregarse en mayor número para dar gracias á Alláh por sus beneficios, es el viernes (*yaum-ul-chumuâ*), en el que el predicador de cada mezquita dirige su voz á los creyentes en la salmodiada *jothba* con que implora la clemencia divina para todos, y en especial para la persona del príncipe reinante; en el que las gentes buscan solaz y esparcimiento, según sus recursos y potencias, y nadie trabaja; en el que los turcos procuran consumir sus matrimonios, pues es santificado, porque en la noche de un viernes vino al mundo Mahoma, el enviado de Alláh, y porque en él, trabada la batalla de Josué con los gigantes, ya al ponerse el sol, Alláh suspendió por hora y media el curso de aquel astro, lo cual le hace privilegiado sobre todos. Cuanto en él se hace es de buen agüero, y ha de resultar próspero, como acepto para Alláh y para Mahoma; y si una hora antes de que se ponga el sol, se escribe un papel con cierta tinta compuesta de azafrán y de almizcle, es lo escrito «talismán seguro para conjurar las influencias funestas, el mal de ojo y el falso testimonio», y tiene virtud especialísima «para curar las enfermedades de los ojos, la jaqueca, los dolores de muelas y de reu-

(1) Es creencia extendida en África que quien muere durante el mes sagrado de Ramadhán, va derecho al cielo, porque en todo este mes están cerradas las puertas del infierno (*chahanem*) y abiertas las del paraíso, por lo cual es menos llorada su muerte. Lo mismo ocurre, según un poeta morisco, el día 15 de la luna de Xaâban, escribiendo:

«Este día en *chahannama* (infierno)
se cierran todas las puertas,
y están muy claras y abiertas
todas las del *Alchanna*» (el paraíso).

ma» (1), y otra porción de achaques y dolencias. Viernes era, según las crónicas, el día en que en Zalaca (Sacralias, cerca de Badajoz) se avistaron los ejércitos del almoravide Yusuf-ben-Taxufin y de don Alfonso VI el año 1086, y á buen agüero debió sin duda reputarlo el muslime; pero á causa de la santidad del día, bien á propuesta de don Alfonso, como indican los escritores musulmanes, ó por voluntad propia, no hubo de trabarse la batalla, suspendiéndose el sábado, en consideración á ser día santificado para los hebreos que militaban en las huestes de uno y otro Príncipe, y siguiendo sin empeñarse el domingo por ser á su vez día solemne para los cristianos (2).

Con el lunes y el jueves, el sábado es día de buen agüero para emprender viajes, guardando mucho esta regla, especialmente los kabilas, entre quienes no habrá nadie que se atreva á infringirla, temeroso de cualquier desgracia; en cambio, el domingo es día indiferente, en el cual lo mismo puede ocurrir un suceso próspero que adverso, pudiendo viajar en él, en negocio de gravedad y de urgencia; el martes, sin apelación ni duda, es día aciago y maldito, en el cual nada sobreviene que sea bueno, ni debe acometerse empresa alguna, pues saldrá mal y habrá de ser en daño siempre de quien la intentare, superstición que existe arraigada igualmente entre el vulgo europeo, y que sintetiza el adagio *en martes, ni te cases ni te embarques*. Un viajero español afirma que la razón de ser para los mahometanos nefasto ó aciago este día de la semana, es la de haber en él creado Dios «uno de los gigantes que quisieron escalar el cielo» (3); pero no nos parece suficiente, á no ser más explicada. El miércoles, por último, es día felicísimo, aunque no en tan superior escala como el viernes, pues si bien

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

(2) Dozy, *Op. cit.*, t. IV, pág. 204. Por lo demás, entre nosotros ha quedado como refrán, cuando se repite varias veces una misma cosa, decir que *se ha aprendido en viernes*.

(3) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

creó en él Alláh la luz que alumbra los orbes, y es causa de la vida, no se verificaron en él prodigios ni maravillas, como los que hacen solemne entre todos, el día consagrado á Venus por los paganos (1).

La magia y la hechicería, son también artículo de fe para los muslimes, quienes invocan el amparo divino contra «la maldad de las que soplan en los nudos» (2). Eran éstas, según los intérpretes, unas hechiceras hijas del judío Lobeid, que hacían cierta clase de nudos, en los que después soplaban para verificar sus sortilegios y maleficios. El mismo profeta Mahoma, á pesar de lo manifiesto y evidente de la protección divina para con él, como creen sus adeptos, fue víctima de semejante hechizo, pues el judío Lobeid, padre de las encantadoras, á quienes, sin nombrarlas, alude el Korán, ató el corazón del enviado de Alláh, suspendiendo con tal objeto en un pozo un hilo con once nudos. Por medio del ángel Gabriel, dió Alláh á conocer á Mahoma el secreto del hechizo, y juntamente el modo de disipar el encanto, para lo cual hizo que compareciese delante de Él el corazón del profeta, «y le mandó que se refugiasse á la clemencia de Alláh, entregándole las dos *Suras* (la CXIII y la CXIV).» «Cada día pronunciaba [Mahoma] una de sus sentencias, y se desataba un nudo, hasta que todos se desataron, y entonces se levantó, como el que largo tiempo ha estado ligado por penoso vínculo» (3).

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

(2) Sura CXIII.

(3) D. Antonio Almagro Cárdenas, *Estudio sobre las inscripciones árabes de Granada* (Granada, 1879), págs. 66 y 67. D. Emilio Lafuente y Alcántara, *Inscripciones árabes de Granada*, (Madrid, 1859), págs. 111 y 112, nota.—El primero de ambos escritores citados, observa discretamente que «este modo de encantar no era nuevo en tiempo de Mahoma», pues «Virgilio, mucho antes, había dicho en su *Pharmaceutria*, por boca de Alfesibeo:

«Terna tibi haec pimum triplici diversa colore
Licia circundo, terque hanc altaria circum

Fácil es de comprender la virtud que tienen ambas suras, llamadas «las preservativas», para conjurar toda clase de maleficios, tanto más cuanto que en ellas se condensa, por decirlo así, la virtud entera del Korán, según las siguientes palabras de Mahoma: «El que leyere las dos *Suras*, que principian con la palabra *údz* será lo mismo que si leyere todo el libro, revelado por Alláh. ¡Ensalzado sea!» Por esta causa, pues, son miradas cual verdaderos talismanes, y el poder y la influencia satánicos huyen y desaparecen de los hogares donde aquellas se hallan escritas, de las personas que las pronuncian ó de las que las llevan sobre sí, impidiendo todo maleficio y todo daño. La primera, ó sea la CXIII, llamada *Surat-ul-Falaqui* ó *Sura de la Aurora* sirve para preservar el cuerpo, y consta de las cinco aleyas ó versículos siguientes:

1. Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora, (para que me libre)
2. de todo mal (1);

Effigiem duco; numero deus impare gaudet.»

.
Necte tribus nodis ternos, Amarilli, colores;

Necte, Amarilli, modo; et, Veneris, dic, vincula necto.»

«Ciño lo primero esta tu imagen con tres lienzos de tres colores, dándole tres vueltas; y tres veces la llevo en torno de los altares; el número impar es grato al numen.»

.
 «Ata, Amarilis, con tres nudos estos lienzos de tres colores, átalos pronto, Amarilis, y dí: *atando estoy los lazos de Venus.*»

(1) La traducción literal es: «del mal que creó», pues el mal fue, como el bien, obra de Alláh; Kasimirski traduce esta aleya diciendo: «*Contre la méchanceté des êtres qu'il a créés,*» concepto que enlaza con la nota: «*Contre toute espèce d'êtres que Dieu a créés et qui peuvent faire du mal à l'homme.*» Lafuente y Alcántara: «de la crueldad de sus criaturas», y Almagro Cárdenas «del mal de aquel que crió», ó más propiamente, «del mal de lo que creó», concepto que amplía por medio de esta nota: «Se refiere Mahoma á los varios males que producen á los hombres tanto las cosas inanimadas como las animadas. Guelil lo explica diciendo: «*Tanto*

3. del peligro de la noche obscura cuando nos sorprende (con sus tinieblas);

4. de la maldad de las mujeres que soplan en los nudos,

5. y del daño del envidioso, cuando tuviere envidia.

La segunda, que lleva el número CXIV y se denomina *Surat-un-nási* ó *Sura de los hombres*, está también escrita en la Mecca, es preservativo del alma, y consta de estas seis aleyas:

1. Dí: Me refugio en el Señor de los hombres,

2. Soberano de los hombres,

3. Dios de los hombres, (para que me libre)

4. de la maldad de aquel que sugiere los malos pensamientos y se oculta, y

5. que sopla el mal en el corazón de los hombres;

6. (de la maldad) de los genios y de los hombres.

Escrita se halla la primera en la yesería de la suntuosa *Sala de Comares* ó *Salón de Embajadores* de la Alhambra granadina, y una y otra son grabadas ó escritas en los amuletos (*al-ahráz*) con los cuales los *tolbes* hacen comercio en Africa, y que los fieles suspendían del cuello, como nuestros escapularios (1), ó se ataban al brazo para llevarlos siempre consigo. Contra el mal de ojo, en que todavía creen muchos europeos que se tienen por despreocupados, y que lo son sin duda en otras co-

de los animales domésticos como de los salvajes; tanto de las cosas animadas como de las inanimadas.—Respecto de la siguiente aleya 3, observa Kasimirski que «*une nuit très-sombre est ordinairement grosse de malheurs, de crimes, d'incursions*», y Almagro Cárdenas, traduciendo «del mal de la luna cuando estuviere oculta» amplía el concepto por nota: «la palabra *gásiq* es interpretada de diverso modo: unos creen significa la luna, otros la noche, otros el eclipse de luna y otros noche sin luna, en estos términos: «*La noche cuando es tenebrosa, y la luna cuando está ausente.*»

(1) Refiere Murga, con relación á los renegados, que «no hay uno de ellos que, si ha podido haberlo, no traiga encima algún escapulario ó alguna otra reliquia, más ó menos auténtica, entre los raídos harapos de su traje.»

sas, existían varios amuletos, no todos ellos de la misma y singular eficacia; los musulmanes, para ser inmunes de las miradas nocivas que producen flaqueza, endebles, y por último la muerte, como aún ocurre en nuestras montañas de Santander, según el inimitable Pereda, tienen bastante unas veces con repetir cinco seguidas el versículo ó aleya primera de la *Sura CXIII*, ya copiada, y así aparece en las inscripciones murales de la Alhambra (1); otras ponen al cuello «de la persona ó animal que se teme sufra el maleficio, una manecita de marfil ó algunos números de significación misteriosa, práctica que aun hoy mismo se conserva en nuestro pueblo como herencia de la dominación agarena», si bien «ningún medio es tan eficaz para este fin, según la creencia musulmana, como el pronunciar las cinco palabras que se recomiendan» en el epígrafe mural de la Alhambra (2).

Usan también de amuletos para asegurar la siembra y libertar los campos de las aves y de las alimañas; y los berberiscos, como reminiscencia pagana, atraen sobre los sembrados la bendición de Alláh, procurando el aumento de la cosecha con cierta ceremonia que produce el resultado apetecido, «si ha de creerse á los peritos en agronomía», como dice Murga, que es quien la describe en estos términos: «Poco después de que los trigos han germinado y aparecido á flor de tierra, las mujeres improvisan una muñeca, á la que visten y adornan con cuantas ropas y objetos de algún valor les es dado procurar, y la pasean por los campos, hollando el trigo y disputándosela en la carrera.» «Los hombres hacen lo mismo con

(1) *Sala de Comares*, inscripción núm. 56 de Lafuente y Alcántara, 76 de Almagro Cárdenas, que dice: «La alabanza á Alláh único. Aparta de Yusuf (Abú-l-Hachach Yusuf I) todo daño de mal de ojo con cinco palabras. Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora.--Las gracias á Alláh. Aparta de Yusuf todo daño de mal de ojo, con cinco palabras: Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora.—El poder (pertenece) á Alláh.»

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*, pág. 63.

otra ú otras, y á pie y á caballo se las disputan corriendo sobre los sembrados en todas direcciones» (1).

Con frecuencia, así en cerrojos como en cajitas para guardar joyas, y en multitud de barro mudejares, aparece la mano abierta, que es en realidad preservativo amuleto de condición y carácter eminentemente religioso, y que si fue entre los hebreos emblema de la pureza, tomaron los musulimes de los egipcios. Símbolo de los cinco principales preceptos ó *mandamientos* de la ley representada en la totalidad y conjunto de la mano, cada dedo es un mandamiento, significación que humorísticamente ha conservado entre nosotros, y que son: 1.º La creencia en un solo Dios y en su profeta; 2.º La oración; 3.º La limosna; 4.º El ayuno; y 5.º La peregrinación á la Mecca. Y así como cada dedo tiene tres falanges, á excepción del pulgar, así también cada precepto tiene tres modificaciones, salvo el quinto, que sólo tiene dos, que son el corazón y la obra. Con este carácter se muestra en la clave del arco que da ingreso por el bosque á la *Puerta de la Ley ó de la Justicia* en el recinto de la Alhambra, y con él se manifiesta, ya cerrada, ya abierta la mano, entre las labores de yesería que esmaltan aquellos aposentos maravillosos de los sultanes granadinos, y entre las de muchos edificios mudejares de Toledo, siendo tan grande su uso que Carlos V hubo de prohibir á los moriscos llevasen amuletos en forma de mano y con algunas palabras árabes escritas.

Había y hay amuletos para todo, y los árabes «van cargados de ellos; se los cuelgan á las bestias, y hasta se los suelen recomendar á los cristianos.» «Los hay para hacerse amar, para librarse de los ataques de las fieras y de los hombres, para no padecer tal ó cuál enfermedad, en fin, para cuantas aberraciones puede creer una cabeza humana.....» «Son en general unas bolsitas de cuero, de forma cuadrada, y en las que

(1) Página 80 de la Monografía, *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos.*

se encierran versículos del Alcorán...., ó palabras misteriosas escritas por algún Taléb, y cuya eficacia está en razón directa del precio que por ellas le han pagado.» «Otras veces son reliquias ó efectos tocados al sepulcro de algún Santo, ó cosa así.» «La fe salva á los que las llevan y ayuda á la holganza de los que las esplotan» (1). Con el «alquiteb de sueños» ó con «las suertes de Dulcarnáin», «resto del juego ú oráculo de los dardos de los árabes antiguos», pretendían levantar el velo de lo futuro, y buscaban «preservativos contra los reveses de la fortuna, las calamidades naturales ó la ira de los grandes conjuros, como *anoxaras* ó bebedizos mágicos, y *hirzes* ó cédulas cabalísticas, mezcladas algunas veces, con palabras griegas ó hebreas, figuras misteriosas y letras enigmáticas» (2).

Es creencia general que «la tierra se encuentra sostenida por un toro, que alternativamente la coloca sobre uno de los cuernos, siendo los terremotos el resultado de la traslación» (3), ó, como otros quieren, está sustentada sobre el cuerno de un buey (4); de cualquier modo, tienen idea muy extraña de la cronología y de la geografía, y sus poetas, ya por invención propia, ya tomándolo de los griegos, no se desdeñan, antes gozan en pintar «montes, aves y árboles que hablan, ciudades flotantes, fieras espantables, ríos de piedras preciosas» y otra porción de extravagancias y quimeras por el estilo, en que abundan los *hadits* y cuentos de *Las Mil y una noches*. Incuestionable, y conforme á la ortodoxia del Korán, es que Alláh creó siete cielos sobrepuestos, los cuales atravesó Mahoma en su famosa ascensión sobre la yegua Al-Borák, siendo, según Ibn-Abas, la siguiente la disposición y naturaleza de cada uno de ellos: «Mandó Alláh, pues, al mar que estaba sobre las aguas que subiese al vacío, y creó de él el cielo en un día. Y creó

(1) Murga, Monografía citada, págs. 62 y 63.

(2) Saavedra, Discurso citado, pág. 13.

(3) Murga, id. id.

(4) Fr. Félix Alamin, *Op. cit.*, pág. 202.

E. M.—Diciembre 1898.

Alláh el conjunto de la tierra en dos días, formado de cosas distintas, del cielo y de la tierra [propiamente dicha]. Después fue dividido el cielo de la tierra, por mandado de Alláh el Excelso, y con su palabra se hicieron siete cielos. El primero fue hecho de esmeralda verde, se llama *Tarfía*; habitan en él ángeles bajo forma de aves, y el principal gobernador de éstos se llama *Samael*. El segundo está hecho de margaritas rojas, se llama *Kadum*, habitan en él [ángeles] bajo forma de águilas, y el rey de ellos se llama *Sakabiel*. El tercero, de jacintos rojizos, se llama *Maún*, y habitan en él ángeles bajo forma de buitres, cuyo rey se llama *Safrafiel*. El cuarto, de blanca plata, se llama *Ramalún*, y lo habitan ángeles bajo la forma de caballos, y su rey se llama *Sabtabiel*. El quinto es de oro, y se llama *Vataka*; habitan en él ángeles bajo la forma de muchachas (las que prometió Mahoma que tendrían sus sectarios en el Paraíso) (1) y es presidido por el ángel *Kakabiel*. El sexto

(1) Según un escritor morisco, para cada buen muslime hay en el cielo «ciento de las haurías, que son las que dios nuestro Señor crió en la gloria para sus obedientes criaturas, tan bellas, resplandecientes y hermosas que, á sacar una de ellas su mano al mundo, se escureciera el sol y se bolbiera nublado oscuro; y á escupir en la mar se bolbiera dulce; y se dice que en sueños habló una con un santo hombre, y cuando Recordó, gomitaba de oyr hablar á las gentes, aunque fuera muy política y delicadamente» (Saavedra, *Ibid.*, págs. 30 y 31). Según la relación de la ascensión de Mahoma al séptimo cielo, en él hay un cedro, plantado á la derecha del trono de Alláh, y «cada pepino encierra una hurí, vírgenes divinas reservadas á los eternos goces de los musulmanes, las cuales son de cuatro especies: unas blancas, de color de rosa las otras, negras las terceras y las últimas verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal; son tan bellos sus ojos, que si en la noche más obscura una hurí dejase caer una mirada suya en la tierra, le daría tanta luz como el sol en toda su brillantez, y aunque abrirán sus brazos á los fieles, no por ello perderán su virginidad» (Malo de Molina, *Ibid.*, pág. 224). San Pascasio refiere «que Mahoma dixo: Que cada uno de sus seguidores, en el Paraíso, tendría doze mil mugeres, muy agraciadas y hermosas, y que todas serían Vírgenes; y que después de la cópula permanecerian vírgenes», y otro autor: «Que

es de perlas, lo habitan ángeles bajo forma de niños, y su guardián es el ángel *Samgabiel*. El séptimo es de rutilante luz, se llama *Aleina*, lo habitan ángeles bajo forma de hijos de hombres, y el ángel que es su rey se llama *Zarakiel*» (1).

Las cinco pléyades ó estrellas á que aluden los poetas son Adán y Abraham, estrellas de la ley natural; Moisés, estrella de la ley escrita; Jesús, estrella de la gracia, y Mahoma, estrella de la ley koránica. Los comentaristas del *Libro santo* refieren que «cuando nació el elegido fue llevado al cielo sobre la luna, donde se transformó en una estrella, cuya claridad nadie la sabe sino Alláh, y corrieron hacia él otras cuatro estrellas y le dijeron con una voz misma: *Feliz seas, Mohámmad, legado de Alláh*» (2). Otros afirman que «Mahoma estuvo en el cielo cuarenta años antes de nacer, con Abubacro

entre los Moros se tiene por cierto que estas mujeres nunca han de parir, y que sólo las concede Dios para saciar el afecto libidinoso; y que todas estas criaría Dios en el Paraíso; y que las mujeres que aquí tuviesen los Moros serán excluidas del Paraíso, ó allí quedarán viudas, con grandes zelos y rabias, viendo á sus antiguos maridos que se delectan con otras, y que de ellas no hacen caso» (Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 231).

(1) Almagro Cárdenas, *op. cit.*, págs. 64 y 65. Según la relación hecha por Mahoma de su ascensión al séptimo cielo, el primero es de plata pura, y de él penden las estrellas, sujetas con fortísimas cadenas de oro; el segundo es de hierro duro y bruñido; el tercero, de piedras preciosas; el cuarto, de plata fina; el quinto, de oro puro; el sexto no se dice de qué es, pero el séptimo está hecho de luz divina (Véase la descripción de este viaje en Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 220 y siguientes). En la leyenda morisca de *La ascensión de Mahoma á los cielos*, el primero es de «ondas retenidas, y su nombre es *Arrauach*, y el nombre de su portero *Ismail*;» el segundo es de cobre, su portero se llama *Kambáil*; el tercero es blanco, su nombre es *Azcáitun* y el de su portero *Yeyibil*; el cuarto es de oro, su nombre *Lamebihun*, y el de su portero *Caucab*; el quinto es de «perlas bermeyas», su nombre *Zafohain*, y el de su portero *Safteyil*; el sexto es de «esmeraldas verdes», su nombre *Ararayeyil*, y el de su portero *Yau-lil*; y el séptimo es hecho de claridad (Guillén Robles, *Leyendas moriscas*, tomo II).

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*

(Abú-Beker) y Omare; y que Dios le miró desde su Trono, cuya vista le causó gran temor y sudor; y queriéndoselo quitar con la mano cayeron seis gotas; la vna se convirtió en Rosa; la otra en Arroz; y las quatro en Compañeros de Mahoma» (1).

Montañas de acero; palacios de cobre fino, de oro, de cristal de roca, y de piedras preciosas, encima y bajo la tierra; murallas de hierro resplandeciente; mares de pez y otros mil prodigios por el estilo, que son hechura de la fantasía, y que no tienen realidad alguna, hay á millares en las producciones literarias de los musulmanes, aunque no hayan sido inventados por ellos, sino admitidos de otros pueblos, ó producto del cruzamiento de razas, por lo cual no son de extrañar las maravillas de todos géneros que describen, y de que hablan los escritores hispano-mahometanos y los moriscos. Con ellas se recrean y se fascinan los africanos, al decir de los viajeros, oyéndolas contar á los que entre ellos tienen este oficio, sin que falten picantes aventuras amorosas, encantamientos y hechizos de príncipes y princesas, con que dan pábulo á la infantil credulidad del vulgo.

Sabido es que Mahoma, con los juegos de azar, las estatuas y la suerte de las flechas, tiene prohibido terminantemente á los fieles el vino, en la aleya 92 de la Sura V del Korán; y aunque en otras partes parece contradecirse, y ofrece á los buenos islamitas arroyos de este licor en el Paraíso, como les recomienda en la aleya 69 de la Sura XVI el fruto de la palmera y de la viña, «de donde obtenéis—dice á los suyos—una bebida que embriaga y un alimento agradable,»—ellos explican la prohibición á su manera; «*Xaythán* (el demonio)—cuentan unos—se presentó un día á un hombre bajo la forma más espantable, y le dijo con tono tremebundo:

«—¡Vas á morir! Te haré gracia de la vida, sin embargo, si

(1) Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 203.

cumples una de las tres condiciones siguientes: mata á tu padre, fuerza á tu hermana, ó bebe vino.

» —¿Qué hacer?...—pensó aquel hombre.—Dar la muerte á quien me ha dado la vida, es imposible; violar á mi hermana, es monstruoso... Beberé vino.

»Bebió, pues, vino, y habiendo perdido el conocimiento con la embriaguez, mató á su padre y forzó luego á su hermana» (1), y he aquí por qué los buenos musulmanes deben abstenerse de esta bebida, que es una abominación, inventada por el demonio para perderlos.

Otros refieren que, habiendo Dios hecho descender dos ángeles á la tierra para gobernar el mundo, conforme á los preceptos divinos, y juzgar al mismo tiempo con verdadera justicia las causas de los hombres, hízoles una mujer, en cierta ocasión que no se determina, beber tanta cantidad de vino, que hubieron de embriagarse y perder la conciencia de sí propios y de la misión que les había sido confiada, hasta el punto de que, inducidos por el demonio, y siendo la mujer por todo extremo hermosa y provocativa, se enamoraron ambos de ella y la solicitaron con vivas instancias para pecar, como lo consiguieron. Airado Dios por el pecado de los ángeles y por la transgresión de sus preceptos, mandó en castigo que fuesen atados con fortísimas cadenas por los pies, y arrojados en el pozo de Babilonia hasta el día del Juicio, en que serán lanzados al infierno (2).

La *Sunna*, amplificando y reglamentando las disposiciones koránicas, declara ser «defendido» «el bino, esquivado y aborrido», añadiendo, además, que «todo brebaje que embriague ó quite la vista ó algún sentido, todo es *harám*» (prohibido), y encargando á los fieles que «no rebuelban ni hagan mezclamientos de los brebajes en uno para beber, aunque cada uno

(1) El general Daumas, *La vie arabe et la société musulmane*, página 29.

(2) Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 219.

dellos sea *halel* (lícito), sino que cada uno sea una especie, como todo dátiles, todo pasas, todo arrope, y no lo mezclen con alguna cosa que no sea de su natural, como arrope con agua ó miel ó su semejante.» Sin embargo, «á los de flaca complisión se da lugar que por bia de medicina ó medicamento puedan tomar en poca cantidad de las cosas arriba dichas, sin mezcla de otras mixturas, como dicho es, pues sean para augmentar la salud y no en otra manera», siendo vedado beber «el mosto que pissan, aunque sea del pie del terrizón» ó viñedo (1).

A pesar de la prohibición de Mahoma y de la *Sunna*, bebieron vino en todo tiempo los musulmanes, y lo siguen bebiendo, así como otros licores, estimándole símbolo de la fuerza y de la generosidad; «por eso—dice un escritor moderno—llamaron á la viña *karmo*, de donde viene nuestra palabra *carmen*, voz derivada de la raíz *karama*, ser generoso» (2), y que en Granada han recibido los huertos y jardines, en que tan rica es aquella ciudad privilegiada. No es solamente el vino, como indica la *Sunna*, bebida ilícita para los muslimes, sino además les está prohibido igualmente todo baje que embriague ó haga perder los sentidos, no obstante lo cual, aquellos destilan de los dátiles cierta especie de aguardiente de que beben con delicia. Murga, gran conocedor de la familia de los renegados, refiere que algunos de éstos, «aunque pocos, se dedican ocultamente á la producción de un aguardiente (*magia*) que extraen destilando cantidad de higos

(1) *Memorial histórico español*, t. V, págs. 394 y 395. El capítulo de la *Sunna* á que hacemos referencia, y es el LV, concluye diciendo: «El arrope a de ser cozido en su nombre de arrope, y comprada la uba ó mosto para ello, y cozerlo hasta que haga hilo; esto es *halél* para los musulimes.» «El arrope que se haze del mosto del christiano es esquibo y contra *çunna*, y no echen agua en el arrope para beberlo, que es aborrido y contra lo que la *çunna* dispone.»

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*, pág. 90.

secos y pasas, á que hacen fermentar con mezcla de agua», y que, «cuando está bien hecho tiene gran fortaleza y es sumamente grato al paladar», produciendo gran placer á renegados y moros, «no tan escrupulosos, como es fama, en olvidar el Alcorán y sus preceptos, cuando se trata de empinar el codo» (1).

Con ingenuidad comparable á la de nuestros rústicos en los tiempos pasados, y que ha inspirado tantas y tan poéticas leyendas en los medioevales, no dudan en que cualquier pico de una montaña es la efigie de una persona que quedó petrificada por suceso extraordinario ó arte diabólico, fantasía de que hay ejemplos en las *Mil y una noches*, y que aun en algunas partes subsiste entre nosotros, como ocurre con la famosa *Cueva de Piñar*, en Granada; «cualquier monte elevado y desprovisto de vegetación», es también testimonio de la maldición celeste, cual se dice entre nosotros; no hay lápida ó inscripción ó sepultura romana, de las que con tanta frecuencia pregonan en Africa el poderío de los Césares, que no oculte un tesoro, según creen nuestros campesinos, y en particular cuando el epígrafe es hebreo ó arábigo (2); las golondrinas son aves sagradas que inspiran religioso temor, y «nadie se atreve á tocarlas, porque aseguran que al que las causa algún

(1) *Los renegados. Monografía de una familia próxima á extinguirse y que no fue descrita por Buffon*, pág. 38. Otro viajero español observa que aunque los más celosos observantes de la fe musulmana se abstienen de las bebidas espirituosas, sin embargo, en las ciudades marítimas, en donde están en contacto continuo con los europeos, muchos de ellos rinden un culto muy asiduo al dios Baco» (Urrestarazu, *Viajes por Marruecos*, pág. 212).

(2) En prueba de ello, recordamos que, cuando en la ciudad de Valencia estábamos hace años copiando la lápida sepulcral arábigo de Mohammad-ben-Abd-il-Láh ben-Sayd, fallecido en 453 H. (1061 J. C.) y que se halla empotrada en la fachada de la casa núm. 4 de la *calle de la Cruz*, los curiosos que nos rodeaban nos preguntaban con viva instancia si hablaba de algún tesoro.

daño Dios le da un temblor en la mano con que lo hizo», como sucede con las ranas, siendo también privilegiados la cigüeña, el cuervo, el ruiseñor y la tórtola, todos animales emblemáticos.

En consideración á lo que previene la *Sura* CXIII, copiada arriba, en orden á la noche obscura, no hay musulmán, por ilustrado que sea, que salga de noche de su casa, sin haber antes en nombre de Alláh conjurado al demonio, ni que vuelva atrás la cara en las tinieblas, aunque oiga ruido á sus espaldas. «Ser *santo* entre los musulmanes—dice Ali Bey el Abbassi (1)—es un estado, ó más bien un oficio, que se toma ó se deja arbitrariamente, y á veces pasa en herencia», habiendo conocido en Tánger el hermano y heredero de cierto Sidi Mohamed el *Háchi*, santo que obtuvo gran reputación, y que estaba enterrado en la capilla en que vivía su sucesor, la cual gozaba del derecho de asilo para todo criminal que quería librarse de las persecuciones de la justicia. Si el *santo* Mohamed había sido hombre honrado, su heredero en santidad era «un pícaro astuto», lo mismo que otros que cita, entre quienes había uno que «corría por las calles como un loco, acompañado de mucha gente: llevaba la cabeza descubierta, larga y enmarañada cabellera, y en la mano una cuerda de una especie de esparto que abunda en el país», y de la cual «distribuía en forma de reliquias pequeños hilitos..... á los que le pedían»; otro santo era ó aparentaba ser imbécil: «está siempre—escribe Ali Bey—en la plaza principal, y su presencia es anunciada por una especie de graznido semejante al del ánade ó

(1) «Aún no hace muchos años—decía Murga en 1868—vivió en Fez un pobre zapatero de viejo, cuyo padre, que había sido un gran Príncipe descendiente del Profeta, se había tenido que marchar de Berbería sin que pudieran acompañarle su familia ni mujeres. Este gran Príncipe, cuyo hijo era zapatero de viejo, se había llamado entre los moros Alí-Bey el Abbassí, y en España se le había conocido por D. Domingo Badía y Leblich» (*Los Renegados*, pág. 105).

pato». «Su traje y modales son sumamente asquerosos: arroja siempre por la boca alimentos que han estado dentro de su cuerpo, y que provoca cuando quiere.» «¡Cosa increíble! Hai fanáticos de fe bastante robusta para chuparlos y aun tragarlos» (1).

Murga refiere verdaderas maravillas de estos *santos*, que constituyen en África una casta, pues heredan los hijos la virtud del padre; «la santidad, por tanto, se transmite, y los hijos de un santo, es bien sabido, empiezan por santitos, llegan á santos y acaban por santones» que hacen milagros estupendos, como curar los enfermos con sólo el tacto ó algunas oraciones; dar vista á los ciegos; oído á los sordos; habla á los mudos; enderezar tullidos; arreglar jorobados; «y si no hay en su historia algunos muertos que hayan resucitado, no hay que achacárselo á su falta de poder para lograrlo, sino á su conciencia escrupulosa, que temería turbar la felicidad de algún bienaventurado, arrancándolo de las delicias del Paraíso, para volverlo á las miserias de la vida.» Alguno, como cierto mulato, protector de renegados, llamado Hach-Abd-es-Selám, tenía el don de la trilocación, del que usó el año 1854, en que hizo la peregrinación á la Casa Santa, habiéndole visto «á un mismo día y misma hora en la Mecca, en Tánger y en Uazán»; «recibió dos heridas de sable por Septiembre ú Octubre de 1864, la una sobre el hombro izquierdo y la otra en la parte interior de la pantorrilla derecha,» ambas «batiéndose en combate singular, en presencia de sus guardas y criados, con otros santos de igual ó de mayor categoría; pero invisibles en el sitio del combate; como que estaban allá lejos, muy lejos, más allá de la India, que es el límite extremo de distancias entre los mulsumanes berberiscos» (2).

(1) *Viajes*, t. I, págs. 43 á 45.

(2) Dió al traste con la santidad de este embaucador una hija de Eva; «la tentación se le presentó bajo la forma de Bolera, y la tentadora lo fue una española, que lucía su garbo y su salero en el teatro de Tánger.»

Larga y aun enojosa sería la tarea de enumerar los milagros ejecutados por estos embaucadores, que explotan la credulidad de las gentes, y cuya ambición y cuya audacia han llegado á veces á trastornar los Estados, como hubo de ocurrir en 1818 con el Hach-el-Arbí, cuyas proezas relata Murga, exponiendo con el humorismo que nunca abandona á este escritor, la graciosa superchería de la venida al mundo del *Mul-Saâ*, para servir los intereses de aquel *santo*, Jefe supremo de la congregación religiosa de los Muley Taïeb, en la cual «los Emperadores de Marruecos, por política y propia conveniencia, son afiliados natos», y cuyo Jefe les da la investidura de la sultanía, los consagra, y también alguna vez los ha depuesto.

Cuenta Murga, con efecto, que «es una de las creencias musulmanas la más ó menos próxima llegada de un terrible y misterioso personaje, llamado *Mul Saâ* (dueño de la hora; dominador del momento) que traerá á la pobre humanidad innumerables males y desdichas. Dará al traste con todo lo existente, y después, como compensación, reinará un largo tiempo en el que hará florecer la paz y la justicia, y en el que los pueblos musulmanes serán árbitros y dueños de los destinos de todos los demás. Pero como la dicha no es completa, tras días tan tranquilos y felices, vendrán otros sobrado desgraciados en los que lloverán sobre los árabes unas desgracias y calamidades, mayores y más pesadas que cuantas registra la historia de su raza.

«Aparecerán los *Jachucha-Machuchas*, pueblos de gigantes, salvajes, feroces é innumerables, á los que *Mul Cornein* (el dueño de los dos cuernos; Alejandro Magno) encerró entre montañas de piedras, coronadas con una cúpula de hierro. El tiempo, que la oxida y la corroe, secunda los esfuerzos de los Prisioneros, que pugnan por quitarse tal montera, y los que,

«¡Su santidad cayó! Y con grande atención y *guantes blancos* (escándalo inaudito) iba todas las noches á admirar las piruetas de su amada» (*Los Renegados*; págs. 41 á 45).

una vez de conseguirlo, se extenderán por lo ancho de la tierra como devastadora inundación.

»Sus estragos serán horribles: cuando pasen por junto á un río ó un estanque, los dejarán en seco, bebiéndose toda el agua en un aliento; cuando atraviesen un campo ó unas huertas, no se contentarán con acabar tan sólo con la fruta, sino que lo harán también con toda vegetación y sus raíces..... En tan tristes y desdichadas circunstancias, Jesucristo, que según los doctores musulmanes, tenemos la candidez de creer que ha muerto, siendo así que los ángeles lo subieron á los cielos, bajará de ellos y exterminará, sin dejar uno solo para muestra, á todo el pueblo Jachucha Machucha. Sus cadáveres insepultos ocultarán el suelo, y Dios, compadecido de los hombres, enviará, para que eviten los malignos efectos de la descomposición, unos enormes pájaros que, cogiendo los cadáveres entre sus garras, los dejarán hundirse en alta mar.

»Jesucristo reinará entonces en todo su esplendor, y hará gustar á los árabes de una felicidad desconocida, que no pueden ni aun soñarla los nacidos. Desgraciadamente... durará poco...: Jesucristo, tras un corto reinado, acabará sus días en la Mecca; los hombres dejarán de reproducirse; la raza humana se llegará á extinguir día por día, y llegará á la par el fin del mundo.»

Utilizando esta, que es una de tantas tradiciones pronósticos ó *jofores* en que creen los musulmanes, el Hach el Arbí buscó quien hiciera papel de *Mul-Saâ*, y hubo de hallarlo en un individuo que, bajo las apariencias del más exagerado fanatismo, ocultaba lo desmedido de su ambición; tenía por nombre el de *Bu Maza*, «esto es, el Hombre de la cabra,» según Murga, porque una de que era dueño, constituía su única sociedad, en el lugar apartado en que vivía. Tal arte se dieron, uno y otro, que en poco estuvo no consiguiera el Hach sus designios, pues hasta el mismo Abd-el-Cader llegó á caer en la superchería (1).

(1) *Los renegados*, págs. 50 á 58.

Por lo demás, y prescindiendo de otros detalles por el estilo, no hay nada que pueda resistir el poder de los *santos*, á quienes son achacados innumerables prodigios, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, hasta el punto de que aun lo mismo que para nosotros tiene explicación lógica, como fenómeno nada extraño, se presenta á los ojos de los musulimes cual resultado de la intervenciónde estos seres elegidos. «En el llano de Egres, cerca de Máscara—por ejemplo, dice Malo de Molina,—aparece el río Uad-Froja, que desciende de la montaña de Normot, y en lugar de regar aquel mismo campo, se infiltra y se pierde. La causa de este suceso tan natural, es para ellos un prodigio debido á Sidi-el-Arasch, marabú muy venerado entre los Haschems, que ha hecho retroceder las aguas del río para que no fertilicen los campos que fueron de Sidi-Aly, amante de Fátima, la hija del marabú» que obró tal maravilla (1).

Puede, pues, deducirse de cuanto llevamos indicado, y sin utilizar otros muchos elementos que con abundancia brindan las obras poéticas de los musulmanes en todo lugar y tiempo, que si el medio social en que han vivido y viven los sectarios de Mahoma, patrocina y consiente y admite como naturales las creaciones de la fantasía, derivadas ó no de otros pueblos, no es sino muy conforme á la naturaleza la reproducción de las mismas en la facultad imaginativa, que las dá como vivas y reales, sin que, á nuestro juicio, cuando han encarnado en la religión, como en el Korán sucede, según hemos visto, pueda nadie tildarlos de soñadores, ni tampoco negarles en absoluto la imaginación, pues no viendo sino el lado poético de la realidad, y siendo por lo oriental de su naturaleza primitiva muy dados, hasta en el común lenguaje, al abuso de los tropos, aquella realidad á que prestan entera fe, y que lo es para ellos solamente, adquiere sin igual colorido, que la levanta á las regiones de la fantasía.

(1) *Viaje á la Argelia*, pág. 202.

No hay que hacer para comprenderlo grandes esfuerzos: basta ver que todas sus comparaciones están de la realidad tomadas, y que con frecuencia, cuando leemos alguna de sus producciones, está en nosotros, los europeos, el idealismo que les atribuimos y de que carecen realmente, si no es que, cual ocurrió en España, la sangre con que hubieron de mezclar la suya, según sienta Dozy, modificó las condiciones de su naturaleza. De cualquier modo que sea, y por grandes que aparezcan la distancia que existe entre la doctrina religiosa de los mahometanos y la de Cristo, y la degeneración y postración intelectuales de los sectarios del Islám, conviene no motejarles por su credulidad, sus supersticiones y sus creencias, tal como en resumen quedan expuestas, pues no hay pueblo alguno de la culta Europa al cual sea lícito presentar en tal sentido como impecable, tanto más, cuanto que cristianos y musulmanes luchamos con armas desiguales en terreno tan fecundo, del que la religión primero y la razón después, procuran arrancar la cizaña.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

HISTORIA DE LA PLATA



I

Justificadísimo, cual pocos, está el interés de conocer cuanto á la parte histórica de este metal se refiere. Su importancia social, su valor intrínseco, sus propiedades típicas, la facilidad con que se trabaja, sus múltiples aplicaciones, su jerarquía monetaria, su gran importancia industrial y económica, los episodios en que ha figurado como parte más ó menos principal, constituyen un conjunto de motivos, para que se acuda á la ciencia y á la historia en general, en pos de noticias de cuanto con los antecedentes del conocimiento de la plata se relacionan.

La moneda, representación de la riqueza y símbolo del cambio, que nos proporciona el bienestar y la victoria en la constante lucha por la existencia; el objeto que forma la joya; el utensilio de uso diario en forma de cubierto ó de vajilla; la medalla que conmemora un hecho glorioso ó es la significación del mérito; la imagen sagrada de recuerdo venerable, todo lo que las sociedades han querido enaltecer y avalorar, se ha fabricado con un metal que forzosamente ha de tener grandísimo interés, unido en estrecho lazo á la humana historia y ha de figurar ciertamente en los archivos sociales.

Tiene este metal propiedades verdaderamente excepcionales, que justifican el interés con que la humanidad le miró desde un principio y que le halla asociado á sus actos de importancia, significando el valor y aprecio en que lo ha tenido, como una de esas sustancias, que aparte del precio convencional que se le haya dado cuando se presenta en forma de moneda, tiene siempre gran significación por sí misma. Por eso ofrece curiosidad su historia, que ha de participar de científica y vulgar, porque corresponden sus conocimientos á una y otra de ambas manifestaciones.

Que ha figurado la plata en todas épocas en los hechos culminantes de la humanidad, no hay más que abrir la historia para comprobarlo. Lo mismo en el acto inicuo, execrable, realizado por el Iscariote Judas, al vender á su divino Maestro, el Redentor del Mundo, por treinta dineros de plata, que en la medalla conmemorativa de un acontecimiento, ó en la pluma que sirve para significar la gratitud, ó la legendaria lámina en que se consigna una fecha memorable y se transmite de generación en generación, con el cariño que una familia conserva el objeto que perteneció á un individuo de su seno, ha servido este metal para significar ideas de gran trascendencia.

La antigüedad de la plata es tal, que no es posible fijar de una manera exacta la época en que se conoció por vez primera.

En tiempo de Abraham tenían ya los judíos monedas de este metal, y en Oriente, una de las primeras aplicaciones que se le dió fue la fabricación de armas.

Según Diodoro de Sicilia, se remonta á Hermes Trimegiste (en quien se personificaba la ciencia del sacerdote egipcio) el descubrimiento de la plata, como el del hierro y otros varios metales, aunque esto no es más que hipotético, siquiera tenga el apoyo de una gran autoridad.

Refiérese asimismo que los alquimistas chinos intentaron la trasmutación del estaño en plata, así como la de este metal

en oro, y que en el Éxodo se halla la siguiente frase: «Y el Señor dijo á Moisés: He escogido á Beseteel, sacerdote de la tribu de Judá, para trabajar el oro, la plata, el cobre, el hierro y todo cuanto se refiere á las piedras y trabajos de madera y para ser el maestro de todas las artes.»

Los alquimistas conocieron la mayor parte de sus propiedades, y siguiendo la costumbre de dedicar los metales á alguna divinidad gentílica, consagraron la plata á Diana, símbolo de la blancura, por su color característico. El nombre latino de *argentum* se deriva del griego *argon*, blanco, porque fue una de las primeras cualidades que llamaron la atención la pureza de esa blancura modelo, que es digna de citarse como tipo de belleza.

En los nombres con que se conoce en los diversos idiomas, se recuerda casi siempre, de una manera más ó menos directa, esa blancura como nota característica. Luna y Diana de los alquimistas; *Argentum*, de los latinos; *Silber*, de los ingleses; *Silver*, de los alemanes; *Argent*, de los franceses; *Zilver*, de los holandeses; *Argento*, de los italianos, y *Prata* de los portugueses, con ligerísima variante del español *plata*, constituyen una sinonimia digna de ser conocida, pues se trata de una voz de uso frecuentísimo y en que pocos libros hay donde no esté consignada, en los muchos casos en que hay necesidad de citarla, en la variedad inmensa de asuntos en que se puede mencionar.

Se supone que la plata debió ser conocida al mismo tiempo que el oro, porque es más abundante que éste en la Naturaleza y se encuentra igualmente al estado nativo. Aun cuando no llamara tanto la atención ni excitara los deseos de poseerla que el oro, las denominaciones que se le asignaron en los antiguos idiomas se fundan en su color y aspecto. Así es que *khesef*, ó sea plata, en hebreo, se deriva del verbo *khasaf*, estar pálido, por lo cual, mil quinientos años antes de Jesucristo se describe en el Pentateuco con el indicado nombre.

Plinio dice que los minerales argentíferos se encuentran en

casi todas las provincias del Imperio romano, ó sea en todo el mundo entonces conocido, pero que la España es, sobre todas ellas, la más rica. Refiere también que una vena de plata pone en el camino de otra, que generalmente no está lejos.

La Iberia era abundante en minas de plata, así como las Galias en minas de oro.

Strabón explica cómo se explotaban en la Nueva Cartago (Cartagena) las minas de plata. El mismo escritor añade que «la plata copelada y proyectada en fusión en forma de gotas, toma el nombre de *plata en granalla*, que es la plata muy pura.»

El único compuesto de plata, y el primero que prepararon los antiguos, fue el cloruro, que le obtenían en la afinación del oro, quedando entre las escorias.

II

La plata figura en los monumentos egipcios con las mismas formas que el oro, pero con distinto color. La preparaban en grados desiguales de pureza y se aleaba no sólo con el oro, sino con el plomo y otros metales, lo que ocasionaba la distinción entre la plata sin marca ó sin título, llamada *ásemon*, y la plata pura monetaria, cuyo título estaba garantido por la marca ó efigie impresa en su superficie. «Todo oro—dice Plinio—contiene plata en proporciones diversas, y cuando entra la plata en una quinta parte en la aleación de oro, toma ésta el nombre de *electrum*.»

El Emperador Vespasiano decía: *La plata no tiene olor*, porque cuando sucedió á Vitelio en el trono se hallaban los tesoros del imperio en tal estado de desorden, que todos los medios parecían buenos al nuevo César para restaurar el Erario público. Por otra parte realizó Vespasiano tales economías, que se le acusó de una avaricia extraordinaria, hasta en sus negocios puramente personales, pues desde sus juveniles

años había contraído la costumbre de una vida frugal y sencilla, hasta el extremo de que en los días de grandes recepciones no hacía uso más que de una pequeña taza, que conservaba de su abuela materna. Se refiere que entre los impuestos que estableció había uno sobre las orinas, y á eso se debió, sin duda, el que se llamaran Vespasianos los urinarios públicos colocados en las grandes poblaciones. Tito refiere que los romanos repugnaban el dinero que tenía tal procedencia, á lo cual este príncipe contestaba enseñando una moneda, y diciendo: «no miréis de dónde viene, porque la *plata no tiene olor*»; con lo cual quería significar que todos los caminos son buenos para enriquecerse, siquiera la sociedad y las leyes hayan castigado en todas épocas á los que delinquen ó infringen los Códigos ó las conveniencias sociales para lograr el lucro.

En los antiguos papyrus de Leyden, hay manuscritos egipcios, donde se hace referencia á la plata, se habla de su purificación, de la manera de limpiar los objetos de este metal, de sus ensayos, y del dorado de la misma.

El célebre alquimista del siglo VIII, Geber, dijo que era un metal blanco, sonoro, maleable y que resiste á la prueba del cinericio, ó sea la copelación. Dice, que aleado con el oro, no se separa copelándole, siendo necesario entonces un artificio y al contacto de los vapores ácidos y de la sal amoniacal adquiere un hermoso color violado, y que n mineral no es generalmente tan puro como el oro, porque suele estar mezclado con otras substancias.

La importante operación analítica de la copelación, indicada de un modo vago por Plinio, Strabón y Diodoro de Sicilia, fue tambien descrita de una manera precisa por Geber, al decir que el oro y la plata soportan la prueba de la copelación ó sea del *cinericio*, y que el plomo la resiste mucho menos, exponiendo todos los detalles de este trabajo, desde la formación de las copelas con huesos calcinados, hasta la separación perfecta de los metales que acompañan á la plata, adi-

cionando el plomo para que su óxido, fundido, sea el que separe el cobre á las altas temperaturas á que se somete.

La industria y el arte del platero son tambien sumamente antiguos. Homero hace mención en la Odisea de varios presentes de plata que Menelao había recibido en Egipto, cuyas obras estaban trabajadas con gran gusto é inteligencia. El Rey de Tebas regaló á Menelao dos grandes cubas de plata, además de varios objetos de oro. Alcandra, esposa de este monarca, dió á Helena una magnífica cesta de plata, cuyos bordes eran de oro muy fino y bien trabajado. La mayor parte de las obras de plata ensalzadas por Homero venían del Asia, en donde se admiraba el gusto y riqueza artísticos con que se fabricaban, cuyos datos se han consignado como de gran interés.

Hay algunos objetos de plata que tienen importancia histórica. Así, por ejemplo, la primera medalla de proclamación de Rey en España, que es de plata y representa á Felipe II y María Tudor, está hecha con motivo de la proclamación de Felipe II en el Perú; y es también muy notable otra, hecha por el célebre Jacobo Trezzo, para la proclamación del mismo Rey en Bruselas, que lleva la fecha de 1555, cuyo anverso es el busto del monarca de medio cuerpo y el reverso representa á Apolo, conduciendo el carro del Sol, tirado por cuatro caballos (1).

Los alquimistas conocieron desde remota época la propiedad que tenía el agua fuerte de disolver la plata, dejando el oro intacto y sin alteración alguna, cuya diferencia de acción sirvió para separar estos dos metales, lo mismo en la moneda que en otras aleaciones, y sacaron partido de esta propiedad en muchos casos, para diversos usos, hasta que en 1561, Carlos IX de Francia prohibió, bajo severas penas, el lavado de los objetos y monedas de plata con agua fuerte, pues cons-

(1) *Medallas de las proclamaciones y Juras de los Reyes de España*, por D. Adolfo Herrera.

tituía un fraude de consideración, en virtud del cual se quitaba una parte del metal á los referidos objetos, que se justipreciaban y pagaban como si estuvieran con la cantidad total de plata.

Kunckel, en el siglo XVII, preparaba la plata químicamente pura por el procedimiento que hoy se emplea igualmente. La disolución de la plata en el agua fuerte, la precipitaba por la sal común; el precipitado blanco cuajoso (cloruro de plata) lo mezclaba con potasa (carbonato potásico) y lo calcinaba en un crisol. El mismo autor decía: «el aceite de vitriolo disuelve la plata, pero solamente hirviendo el líquido, y este mismo aceite no disuelve el oro, que puede separarse de esta suerte de la plata.»

Son muy dignos de tomar en consideración por la historia estos datos, pues ponen de relieve el estado de los conocimientos químicos en esta centuria.

Es también muy curioso el hecho que hubieron de observar los españoles en el descubrimiento de América, y es que algunos pueblos usaban cañerías de plata para la conducción de las aguas, lo cual indica no sólo la abundancia de este metal en aquellas regiones, sino la absoluta ignorancia que del hierro tenían, cual aconteció en Méjico y el Perú, donde sus habitantes beneficiaban el oro, la plata y el cobre, desconociendo por completo el hierro, cuya importancia es tan superior á todos.

III

Los árabes fueron los primeros que usaron la plata como medicamento, atribuyéndole propiedades y virtudes cefálicas, cordiales y tónicas. Pablo de Egina refiere que la aplicación de este metal cura la mordedura del escorpión, y Avicena recomienda las limaduras contra las palpitations del corazón y fetidez del aliento. En el siglo XVII en cuya épo-

ca fue la Astrología la base de algunos sistemas médicos, atribuyeron á la plata virtudes específicas en las enfermedades del cerebro, pues tenía la cabeza, siguiendo el lenguaje de entonces, correspondencia con la luna, de igual manera que este astro la tenía con la plata, en lo cual fundaban la razón de esta manera de obrar.

Angel Sala, en el siglo XVII, personaje de gran importancia en la historia de la Química, empleó el nitrato de plata en las enfermedades del cerebro, siquiera no tuviese gran número de imitadores en este sentido, pues no consigna la historia el resultado obtenido, siendo de presumir que no fuera muy satisfactorio.

En 1614 fue Sala uno de los primeros que emplearon el nitrato de plata en Medicina, con los nombres de *Cristales de Diana y cáustico lunario*, contra las hidropesías y afecciones cerebrales, si bien se abandonó muy pronto su empleo á consecuencia de las perturbaciones intestinales que ocasionaba. Fundido en forma de cilindros, se usó en cirugía como cáustico desde una época bastante remota, y el retumbante nombre ya vulgarizado, de *pedra infernal*, indica lo conocida que era la acción que producía en las superficies desnudas de la piel, donde por su contacto se experimentaba una sensación abrasadora.

Muchos de los preparados de plata se han usado en Medicina desde larga fecha con nombres especiales que recuerdan las ideas y tendencias de la época en que dichos cuerpos aparecieron con la sanción experimental. El bezoárdico lunar y cal de plata, era el óxido de este metal empleado en algunas dolencias del sexo femenino. La plata córnea ó luna córnea (cloruro) se usaba en la melancolía y epilepsia. La luna purgativa y *Argentum hidragogum*, recomendada por Boerhaave contra la hidropesía, era una forma farmacéutica del nitrato de plata unido á la miga de pan y al nitro. Disuelto en el agua, se usó el referido nitrato desde muy antiguo, con los nombres de Agua de Egipto y Agua griega para ennegrecer el cabello.

Debe figurar con justicia en la historia de la plata el nombre de un español, Bartolomé Medina, que inventó en América en 1554 un procedimiento para beneficiar este metal por medio de la amalgamación, ó sea con el auxilio del mercurio, para lo cual se tritura el mineral argentífero con 2 por 100 de cloruro de sodio, se abandona la substancia por espacio de algunos días, y se añade después el mercurio, sometiendo la mezcla á una especie de trilla, para después separar las impurezas mediante la filtración por sacos de lona y, por último, la destilación elimina el mercurio, dejando la plata en masas, que reciben en América la denominación de piñas.

Bartolomé de Medina procedía de Sevilla, y fue á Méjico en 1554, donde trabajó en concepto de minero en la villa de Pachuca. Aun cuando el Alcalde de Corte de la ciudad de Méjico dijo en 31 de Diciembre de 1554, en una carta dirigida al Emperador, que aprendió Medina el procedimiento de un alemán, es lo cierto que lo único comprobado es que corresponde al referido Medina la completa originalidad del invento. Acompañó á éste un tal Rivas y Mosén Antonio Boteller, llamado después á la Península por el director de las minas de Guadalcanal, á fin de que hiciese aplicación en éstas del método cuya práctica conocía tan perfectamente.

También debe citarse el hecho de que el español Juan de Córdova, en el año 1588, hacía la oferta ante la corte de Viena de extraer la plata de cualquiera de sus minerales mediante el azogue, por lo cual resulta igualmente que pertenece á un español la prioridad de haber dado á conocer en Alemania el beneficio de los minerales argentíferos, lo cual contradice lo consignado en el *Diccionario de Química*, de Wurtz, que señala al Barón Born como propagandista del procedimiento de amalgamación en el referido país; pero los documentos históricos conservados en la Cámara áulica de Viena asignan esta gloria al citado español Córdova.

La gran facilidad de combinarse la plata con el mercurio y la disolución de aquel metal en éste, era conocida desde

tiempo inmemorial, pero corresponde indudablemente á Bartolomé Medina la gloria de haber sido el primero que lo aplicara para separar la plata de sus minerales, pues antes sólo se empleaba el método de fundición, utilizando la solubilidad de la plata en el plomo fundido, separándole después por la oxidación de este último al aire, quedando la plata inalterable como residuo, y sin que ejerza en esas condiciones acción alguna sobre ella el oxígeno atmosférico. Ese mismo era el procedimiento que en América empleaban los habitantes indígenas de aquel país, hasta que pudieron apreciar las ventajas que les reportaba el invento del español, adoptado desde luego por su superioridad sobre lo conocido.

De igual manera, otro español, Alvaro Alonso Barba, natural de la villa de Lepe, en Andalucía, y cura en el Potosí, enseñó otro procedimiento metalúrgico de la plata, que ha recibido el nombre técnico de *beneficio de cazo*, que consiste en mezclar el mineral triturado con un décimo de sal común y hervirle con agua y mercurio en una gran caldera de cobre, en cuyo caso, en el cloruro doble de sodio y plata es reducido este último metal por el cobre de la caldera, y entonces la plata libre se une al mercurio. La obra de Alfonso Barba se publicó en Madrid en 1640.

Vemos, por tanto, que en la historia metalúrgica de la plata figuran honrosamente nombres españoles que han contribuido al beneficio de este metal en condiciones ventajosas.

Merecen conocerse algunos detalles relativos á este personaje.

Alonso Barba fue bautizado en la iglesia de Santo Domingo, en la villa de Lepe, provincia de Huelva, el 15 de Noviembre de 1569. Desgraciado ya al nacer, pues su padre falleció antes de que él viera la luz, tuvo que luchar con la gran escasez de sus recursos; dedicóse al sacerdocio y se embarcó para el Perú, donde comenzó á practicar trabajos metalúrgicos, no incompatibles ciertamente con su sagrada misión; fue en San

Bernardo de Potosí donde ejerció el curato y donde también se dedicó á perfeccionar los métodos conocidos de beneficiación de los metales, no arrastrado en modo alguno por la avaricia, sino deseoso de ampliar sus conocimientos científicos.

El libro, cuyo título literal es *Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por el azogue*, lo publicó por instancias repetidas del Presidente de la Audiencia de la Plata, D. Juan de Lizararu, que deseaba la ilustración de los mineros, á fin de que no trabajasen exclusivamente guiados por el empirismo. La primera edición de este libro es del año 1600, y es sumamente rara. Otra hay de 1640, en 4.º, impresa en Madrid, que consta de 120 folios y 4 hojas al principio, en la cual Alonso Carrillo y Laso añade el tratado de las minas de España. He tenido ocasión de consultarla en los libros raros de la Biblioteca nacional y ver los grabados de que consta. La obra se divide en cinco libros, y en el segundo se habla de la manera de beneficiar los minerales de plata con azogue.

Esta obra se tradujo al inglés y al alemán en el siglo XVII, y al francés en el siglo XVIII. También se tradujo en parte al italiano. Su traductor inglés fue el Conde Sandwich, en 1674, y al francés se hicieron dos traducciones, una en 1733 y otra en 1751.

De todas suertes, este libro, aunque participe de algunos errores de su tiempo, puede calificarse como de notabilísima publicación, en que su autor da gallarda muestra de originales y profundos conocimientos en metalurgia.

Alonso Barba tenía una gran erudición, como lo revelan las muchas citas que hace en su obra de todos los autores que hasta la fecha en que ésta se publicó escribieron de ciencias naturales, y demuestra también, indudablemente, las reiteradas y múltiples pruebas que hizo de los ensayos mineralógicos hasta descubrir el nuevo procedimiento ó modificación ventajosa al ya conocido, de beneficiar los minerales de plata de una manera que facilitase el camino de resolver el problema,

ahorrando gastos y tiempo y consiguiendo una cantidad mayor de metal puro.

Dice muy bien Baulieu en su libro *Essai sur Metalurgie*, que se debe á la España del siglo de Carlos V el procedimiento más exacto y útil y el paso más gigantesco en el beneficio de las minas y operaciones metalúrgicas, hasta el extremo de que puede asignársele, sin pecar de exageración, el honroso dictado de creador del arte y la ciencia de la metalurgia, manifestado en su libro.

Lo juzga de este modo un extranjero, de gran competencia en estos asuntos.

IV

Así es que, antes de conocerse el procedimiento de amalgamación, se beneficiaba la plata con grandes dificultades, pues dependía de una porción de circunstancias el éxito de la fundición, cuales son: la mayor ó menor fuerza del viento y la diferente riqueza del mineral que se sometía al beneficio; pero llegó el uso del mercurio, el cual se practicaba á la temperatura ordinaria, necesitándose solamente, al fin, una porción pequeña de combustible, prescindiendo en absoluto de la fuerza del viento y atendiendo tan sólo á ese carácter fundamental en el que se fijó Bartolomé Medina, cual es la gran solubilidad de la plata en el mercurio, que supo aprovechar con tanta fortuna.

Ni tampoco debe dejarse en el olvido al minero mejicano Juan Capellin, que en 1576 perfeccionó el método de amalgamación, aprovechando el mercurio que se volatiliza, lo cual es muy interesante, tratándose de un metal de valor, haciendo uso de un cono de hierro, que tiene á su vez la ventaja de preservar á los operarios de la maléfica acción de los vapores mercuriales, que en breve período de tiempo pueden acarrear enfermedades terribles y aun la muerte á los desgraciados

que tienen necesidad de hallarse expuestos á esta perniciosa influencia. Como debe igualmente citarse al reformador Fernández de Velasco, que propagó el procedimiento de Medina con gran éxito.

El distinguido metalurgista D. Fausto Elhoyar fue comisionado por el Gobierno de Carlos III, en 1786, para ir á Méjico y perfeccionar los procedimientos metalúrgicos de la plata en armonía con los conocimientos científicos de la época, para lo cual tenía excepcional aptitud por haber sido discípulo del gran mineralogista Werner, cuyas lecciones acababa de escuchar en Freyberg, y estuvo en América hasta 1818, en cuyo largo lapso de tiempo realizó trabajos de gran importancia y trascendencia, y á quien debió la nación no poca honra y provecho.

España ha representado, por tanto, un papel verdaderamente glorioso en la historia de la metalurgia de la plata, pues españoles han sido los que han descubierto procedimientos útiles y caminos viables para poder extraer el metal de los minerales en que estaba combinado y presentarle á la sociedad en el grado de pureza necesario para los usos á que se destina, evitando las pérdidas de metal, de tiempo, de trabajo y de fuerza que se invertían antes de poderle contemplar con su blancura, sonoridad, peso, maleabilidad y caracteres que le son propios. Por eso en todos los libros de Química y metalurgia se ven apellidos españoles en el estudio de la plata, que deben enorgullecernos, por lo mismo que no suele hacérsenos justicia por los extranjeros.

De consiguiente, la historia de la plata lleva envuelto el conocimiento de un asunto glorioso para la historia científica española, porque, según se ha visto, corresponde á nuestra nación, por derecho propio, un puesto honroso en dicho estudio, primero por la abundancia de sus minas argentíferas, ya conocidas desde la remota época en que era la península ibérica una provincia romana, y después, cuando el descubrimiento de América abrió nuevos horizontes á todas las esferas de la in-

teligencia, se ve que nombres españoles son los que figuran en el progreso científico de la resolución práctica del difícil problema de la extracción de la plata de sus minerales.

El conocimiento exacto de todas las propiedades de este metal ha venido en pos de los progresos de las ciencias físico-químicas, que nos han dado, por ejemplo, el número exacto de su calórico específico, debido á los trabajos de Regnault y de Dulong y Petit, así como el ilustradísimo alfarero Wedgwood, inmortalizado no sólo por las artísticas obras cerámicas que salieron de sus manos, sino también por haber dado ocasión, con el pirómetro de su invención, á determinar de una manera exacta la temperatura á que se funde la plata, que corresponde nada menos que á la enorme de 1.000° del termómetro centígrado, ó sea 22° del referido pirómetro.

El estudio de la plata es, pues, una representación exactísima de los progresos científicos, por lo cual habría que mencionar los nombres de muchos químicos, mineralogistas, geólogos, médicos, farmacéuticos, arqueólogos, ingenieros, economistas y otra porción de hombres de ciencia que han intervenido en este conocimiento, aportando algún dato interesante á la monografía de este metal, y por lo tanto sería una lista numerosísima, no fácil de presentar.

Creo que con lo expuesto podrá comprenderse el lugar que merece en la Historia y la importancia científica de este metal.

DR. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—SOCIOLOGÍA: El problema social y el individualismo.—POLÍTICA: El socialismo electoral. = CIENCIAS NATURALES: La inteligencia de las plantas.—PSICO-FÍSICA: Las ilusiones de la sensibilidad en los amputados. = PEDAGOGÍA: Verbosos y literarios: su educación. = ESTUDIOS MILITARES: Ejércitos mercenarios y nacionales.—LITERATURA: Las alternativas del gusto literario.

SOCIOLOGÍA

EL PROBLEMA SOCIAL Y EL INDIVIDUALISMO.—Según las diversas soluciones que el problema del destino humano ha recibido á través de las edades—dice en la *Revue politique et parlementaire* Torau-Bayle,—así se ha modificado el ideal que los hombres se han formado de la sociedad y se han transformado las sociedades mismas. ¿Se considera el hombre capaz de aspirar á una vida eterna, á cuyo lado nada vale la vida terrenal? Pues tenemos en política los gobiernos teocráticos absolutos, en Derecho la herejía y el sacrilegio como crímenes capitales, y en moral la doctrina de la resignación: tal es la Edad Media; los pueblos creen, sufren y esperan, y levantan resignados esas maravillosas catedrales góticas, con tan gran desdén de la gloria humana, que ni siquiera los nombres de sus geniales arquitectos han sido transmitidos á la posteridad.

La historia de la evolución de las sociedades, es la historia de la evolución del problema del destino del hombre, evo-

lución que se caracteriza por tres fases sucesivas: el pesimismo terrestre y el optimismo religioso de la Edad Media, el optimismo terrestre y el pesimismo religioso de la antigüedad, y la concepción moderna de una evolución progresiva.

La idea, en germen entre los alejandrinos y desarrollada como artículo de fe entre los católicos, de que la vida futura es el objeto principal de la vida terrestre, no corresponde al concepto que de la vida se habían formado las sociedades paganas. Es verdad que tienen los Campos Elíseos y el Tártaro, pero allí los bienaventurados no hacen otra cosa que volver á empezar su vida terrestre; para el paganismo, la muerte es la caída en las sombras misteriosas bajo el imperio de las divinidades infernales, y los héroes mismos la temen; henos aquí bien lejos de la teoría cristiana, en germen en Séneca, de que la muerte es un renacimiento, el nacimiento del alma en la inmortalidad. Los hombres de hoy, sin rechazar la teoría de la inmortalidad, se guían por la idea optimista de la posibilidad de vivir todos felices en la tierra.

Las civilizaciones anteriores han creído todas, más ó menos, en el dogma de la caída, en la fábula de la edad de oro y de los héroes divinos; el famoso «estado de naturaleza» de Rousseau, es la última forma de tales concepciones. En el siglo XIX esa fábula desaparece con la reconstitución de la historia, y sólo entonces la filosofía, abandonando los vetustos problemas de lo desconocido, ha fijado su vista en los problemas positivos históricos, apareciendo el problema filosófico como el problema capital de las tres historias: la historia del mundo, que es la hipótesis de Laplace y las teorías geológicas; la historia de la vida, que es el evolucionismo biológico, y la historia de las civilizaciones, que es la historia de las instituciones, del lenguaje, de las costumbres, del arte, de las ciencias, del pensamiento y de la acción, de todo lo que es capaz de ilustrarnos sobre el pasado, el presente y el porvenir del hombre. Esta historia aparece unificada por la idea de la evolución y el progreso, que domina también la filosofía ente-

ra: todo en la naturaleza progresa, todo cambia, todo llega á ser.

Ahora bien: el progreso para los vivientes consiste en la mejora de su bienestar, y esa tendencia precisamente de esa visión de mejora á convertirse en acto, es lo que constituye la llamada «cuestión social». La filosofía contemporánea resuelve en sentido optimista el problema del destino, y ante sus argumentos parecen insostenibles todas las teorías pesimistas. Por de pronto, la tesis pesimista del dolor en el esfuerzo de Schopenhauer, queda sin base si se muestra que para el ser el esfuerzo no tiene por objeto único continuar siendo, sino tender á ser mejor, estando, por consiguiente, la dicha en la acción y no en el reposo eterno; así desaparece el sofisma que decía: vivir es necesariamente obrar, y obrar es siempre sufrir más ó menos. «Obrar—dice Izoulet,—es un dolor para los enfermos y los débiles, pero es un goce para los sanos y los fuertes.» La antigüedad soñó en la dicha para el ciudadano libre; en cuanto al esclavo, ni aun tenía derecho de aspirar á ella, y Atenas contaba 1.500 hombres libres y 20.000 esclavos. El cristianismo, prometiendo á todos la igualdad ante la muerte y ante la justicia divina, apareció como la gran revolución social. El hombre, después de esto, ha querido avanzar un paso más: espera un estado social mejor, una felicidad relativa siquiera en esta misma vida, sin renunciar por eso á la antigua esperanza en la inmortalidad. La esclavitud ha desaparecido; la servidumbre ha sido reemplazada por la máquina-esclavo de hierro; la igualdad de los hombres ha sido proclamada en 1789; queda la igualdad para todos en el derecho á la dicha. ¿Es posible, es realizable esta igualdad? ¿Por qué medios? Tal es la moderna cuestión social.

¿Se puede establecer una ciencia de los hechos humanos con leyes aproximadamente universales? Todos están dispuestos á invocar la razón universal, sin discutirla como en el siglo último; pero pensemos en que ese postulado famoso nos ha valido en la práctica, bajo el reinado de la diosa Razón, nada

menos que los asesinatos del Terror. Las víctimas de 1793 han caído bajo la terrible acusación de ser enemigas «de la razón y del género humano»; era el fanatismo de la razón sustituyendo al fanatismo de la fe. Pero, ¿hay en todos los hombres esa razón universal? Ese postulado de la casi identidad de las almas humanas ha sido tácitamente el de todas las psicologías hasta la psicología fisiológica contemporánea.

Nacida en Alemania y creada definitivamente por Wundt, cultivada hoy en América por W. James, y en Francia por Ribot, Binet y Bourdon, la psicología fisiológica ha resuelto no tratar los fenómenos humanos sino como materiales de una ciencia por construir, sin teorías preconcebidas ni hipótesis metafísicas; fundada aparte de toda Sociología, y hasta de toda filosofía, hace de los fenómenos intelectuales un estudio de laboratorio y se halla, por ende, en condiciones de dar á las cuestiones sociales una solución que no hubieran podido dar los teóricos más sutiles.

Porque la nueva psicología va á preguntarse si el reino de la pura razón no es una quimera, si la diversidad de las almas no es infinita, y, por consiguiente, si las doctrinas que, como el socialismo de Estado, no tienen en cuenta estas diferencias, no deben ser rechazadas como insostenibles.

La diversidad de los individuos es indisputable fisiológicamente, como resulta de la famosa teoría de los temperamentos, de Galeno. Desde el punto de vista psíquico no sólo no tienen ni pueden tener todos los hombres las mismas ideas, sino que el mecanismo mismo del pensamiento, cuyas leyes pretenden exponernos los tratados de psicología, difiere en todos los hombres. Según los experimentos y cálculos de Ribot, es evidente que con las mismas palabras designan los diversos individuos cosas muy diferentes, y que los hombres en este sentido pueden clasificarse en tres grupos: los visuales, los auditivos y los mixtos. Para los visuales, la audición de una palabra sugiere la evocación de la imagen de la cosa, ó bien simplemente la imagen de la misma palabra impresa ó escrita; para los

auditivos, la audición no despierta ninguna imagen, sino por un esfuerzo de la voluntad; los mixtos, en fin, perciben uno ú otro de estos fenómenos, pero sin intensidad.

La conclusión de todos estos estudios es la afirmación de la individualidad, de la impenetrable diversidad de las almas y de las conciencias, comprobada á la vez por los médicos en la teoría de los temperamentos, por los sacerdotes en la doctrina de la gracia eficaz, y por los criminologistas en las novísimas teorías penitenciarias. Es el fracaso de la antropología y de la psicología como ciencias exactas.

Quien diga filosóficamente «el hombre» razona sofísticamente; se puede hablar de «un hombre», de «tal ó cuál hombre»: el «hombre» es una quimera. Este examen de los postulados filosóficos de toda doctrina social nos conduce al resultado de que, siendo los individuos irreductibles entre sí, toda doctrina socialista es de suyo mala y debe ser reemplazada por el individualismo. El problema social no es, pues, un problema que sea susceptible de una solución propiamente científica. Es una cuestión jurídica, pura cuestión de derecho. Veamos sus fundamentos.

Puesto que leyes incognoscibles presiden la evolución de nuestros diferentes «yo», toda teoría que pretenda establecer las bases de una aristocracia cualquiera es insostenible. Hay, sin duda, una crema en la humanidad, pero no la determina la herencia del genio ni ninguna otra causa previsible; importa, sin embargo, que se manifieste, y no se manifestará seguramente sino dando los mismos derechos y los mismos medios á todos los individuos para realizar sus ambiciones y sus sueños.

De aquí la necesidad y el derecho de todo individuo á desarrollar libremente sus facultades y sus aptitudes, de donde surgen el derecho á la educación y el derecho á la sociedad, pues el individualismo absoluto es una quimera. Este problema se complica singularmente si se piensa en los demás deberes del Estado moderno, obligado á garantizar la seguridad de

sus nacionales contra los apetitos del extranjero, á elevar á la civilización á los pueblos en inferior estado de cultura, y á hacer respetar en el interior la libertad recíproca de los ciudadanos, de donde la necesidad de un derecho civil, de una legislación penal y de una organización administrativa. La igualdad en el derecho á la dicha sólo puede resolverse por la igualdad en el derecho á la educación y á la instrucción, verdadera solución práctica del problema social.

POLÍTICA

EL SOCIALISMO ELECTORAL.—Es un verdadero apuro—dice Eugenio de Eichthal en la *Revue Politique*—el que pasa quien pretende definir hoy lo que es un socialista. El contacto del socialismo con el sufragio universal y el partido que trata de sacar del voto popular para sus próximos fines, le ha transformado por completo. El partido obrero, que bajo la inspiración de Marx y de Engels buscaba antes por medios exclusivamente económicos el logro de sus fines, despreciando los medios políticos y estimando con Guesde, en 1872, que «toda intervención electoral de la clase laboriosa se vuelve fatalmente en provecho de la burguesía, su enemiga», ha entrado resueltamente por otros caminos, que cambian totalmente de aspecto su organización y programa.

El partido socialista, religioso y autoritario con San Simón, humanitario y sentimental con Fourier, dialéctico con Proudhon, científico de pretensión con Marx y Lassalle, se presenta hoy como una potencia electoral, aspirando por la papeleta de votación á la conquista del Parlamento y de la sociedad, no para transformar el mundo conforme á un ideal elevado y desinteresado, sino para apoderarse ante todo, en provecho de sus clientes, de lo que bajo su organización actual ofrece el mundo ya de ventajoso.

Las antiguas doctrinas suponían en las almas y en los co-

razones profunda transformación que los caldeaba y los empujaba con profunda impulsión de filantropía. Las necesidades electorales han obligado á nuestros socialistas á hacer promesas á más corto vencimiento y á simplificar considerablemente sus condiciones de realización. ¿Para qué tantas transformaciones complejas y embrolladas en el principio de la propiedad cuando se puede, por un artículo de ley, hacerla pasar de las manos de Juan, que la posee por herencia ó adquisición, á las de Pedro, que tiene ganas de poseerla? «¿Cuál es el objeto actual?—escribía Reclus en el prefacio de *El socialismo en peligro*.—Recoger votos y conquistar los poderes públicos por medio de todas las maniobras que los seducen, guardándose bien de chocar contra sus prejuicios.» «No necesitamos amotinarlos—escribía Jaurés—en un país y en un tiempo en que la legalidad bien manejada es revolucionaria, y en que el régimen parlamentario puede ser formidable instrumento de dislocación y de renovación.»

El trabajo ha comenzado naturalmente por las grandes ciudades y centros manufactureros, terreno adecuadísimo de propaganda por la aglomeración de los sufrimientos y pasiones humanas, la concentración de los talleres, el contacto de la miseria de la multitud con el fausto impudente de opulentas minorías, los rencores de las huelgas, la presión de audaces y tenaces alborotadores sobre los grupos de electores timoratos, y la influencia de una prensa violenta que no retrocede ante ninguna injuria ni ante ninguna mentira, y que persigue con incansable tenacidad su campaña corrosiva y destructora, con plena conciencia de lo que hace. Así han logrado conquistar gran número de asientos en las Cámaras en Alemania, en Bélgica, en Italia, en Francia y en Austria mismo, consistiendo su fuerza principal en representar en los Parlamentos la resultante lógica del sistema de puja de promesas electorales que se ha convertido en base del sufragio universal, obligando á los partidos radicales á hacerles coro para conservar su popularidad.

Los candidatos prometen á la masa electoral todas las satisfacciones imaginables; lisonjean al ser humano en sus pasiones, sus necesidades ó sus concupiscencias materiales, sin hablarle nunca de deber, de necesidad social ó patriótica, de sacrificio al interés general del país. La «solidaridad social» de que tanto ruido se ha hecho, no aparece ya en su boca como manantial de deberes para todos, sino como simple garantía del derecho de cada cual á contar con el Estado para mejorar su suerte y la de su familia: es la organización de la mendicidad social.

Para su propaganda general, el partido ha recortado simplemente la parte económica del programa votado por el Congreso de Marsella: «Jornada de ocho horas; minimum de salarios; igualdad de salarios para ambos sexos; integridad de la instrucción científica y profesional; niños y viejos á cargo de la sociedad; gestión por los obreros, sin inmixción de los patronos, de las cajas de socorro y de previsión; responsabilidad de los patronos en materia de accidentes; prohibición de multas; nulidad de todos los contratos en que se haya enajenado la propiedad pública; impuesto progresivo sobre la renta y supresión de la herencia; abolición de las leyes restrictivas de la libertad de la prensa y de reunión; supresión del presupuesto de cultos, de la deuda pública y de los ejércitos permanentes; libertad municipal.» Luego vienen las reivindicaciones locales, que varían según las circunscripciones: «Creación de talleres municipales para repartir la luz y la fuerza á precio de coste; fundación de bibliotecas en las escuelas; organización de representaciones teatrales gratuitas; cantinas escolares, cajas de paro; permanencia de los hornos económicos», etcétera, etc.

Tras la conquista de las ciudades, el socialismo necesitaba conquistar el campo, terreno nuevo y difícil, porque el aldeano es desconfiado y muy apegado á sus costumbres. En el campo reina el individualismo, á veces exagerado. Intentar arrancar á la «estupidez labriega» su profunda pasión por la

tierra, por *su* tierra, hubiera sido pueril y contraproducente. Los socialistas lo han notado, y á pesar de las protestas indignadas de Engels y de los fieles discípulos de Marx, contra los «preparadores de trampas para aldeanos», han buscado el medio de salir del paso, y en lugar de amenazar á la pequeña propiedad, la prodigan lisonjas y promesas, apiadándose del pobre propietario rural y ofreciéndole la supresión de los impuestos que pesan sobre él, la abolición de las deudas quirográficas é hipotecarias, los derechos de mutación y otra multitud de cosas.

Poco les importa á los oradores del partido que les demuestren la imposibilidad de definir claramente lo que entienden por «pequeña propiedad». «Os es imposible—les dice su antiguo aliado Goblet—distinguir entre la propiedad individual y la propiedad capitalista. Es verdad que Deville parece no conceder el título de propiedad individual sino á la tierra explotada por el pequeño propietario, y que baste para satisfacer sus necesidades; pero añade que, donde hay posesión suficiente para ocupar á varios jornaleros, pero insuficiente para dispensar al poseedor de trabajar por sí mismo, no se trata de un verdadero capitalista; en tal caso, supuesto un propietario que ajusta varios obreros y los dirige, ¿trabaja por sí mismo en el sentido que quiere Deville? ¿O necesita tomar en el trabajo una parte material, cogiendo la pala ó el azadón? Y entonces ¿cuántos azadonazos necesita dar para que su explotación deje de ser individual y se convierta en capitalista?» El sistema en este punto está tan lleno de tinieblas y contradicciones, que no es posible definirlo con exactitud. El caso es halagar al pequeño propietario que dispone de millones de votos. Por eso se les habla de rectificación del derecho de propiedad á costa del vecino más rico, de obras de asistencia gratuita, de pensiones del Estado, de crédito barato, de supresión del servicio militar, y del presupuesto del culto y de la magistratura. Así se llega al ideal actual: «la conquista de los Poderes públicos por el proletariado organi-

zado», según el Manifiesto de los Diputados socialistas últimamente elegidos en Francia.

Del dicho al hecho hay gran trecho, y el pueblo va comprendiendo que es juguete de un nuevo género de explotadores. Quizá la lección resulte provechosa para la democracia reflexiva, que debe abandonar el terreno de las concesiones aventuradas, encerrándose en los límites del derecho y de la realidad.

CIENCIAS NATURALES

LA INTELIGENCIA DE LAS PLANTAS.—Con el título de *The Brain-Power of plants*, ha publicado Arturo Smith un trabajo que, como dice con razón Barine en *La Naturaleza*, sería quizá profundamente despreciado por la *Chronique Scientifique*, de Parville, pero que no deja de ser curioso, y de contener, en medio de sus exageraciones, datos interesantes.

Que el universo entero piensa, y que piensan los seres todos de la creación, es doctrina antiquísima, de carácter puramente poético, hermosamente desarrollada en un famoso soneto escrito en 1845 por Gerardo Nerval.

Arturo Smith no llega al extremo de otorgar á las piedras y á las paredes inteligencia y sensibilidad; pero en cambio, con el lenguaje reposado del hombre de ciencia convencido, sostiene la tesis de que las plantas poseen, no «alma» porque esta palabra no tiene sentido para un materialista como Smith, sino cierta «potencia cerebral» ó «poder intelectual» (*brain-power*), que viene á ser algo como el puente que enlaza entre sí los reinos animal y vegetal.

«No faltará probablemente—dice Smith—quien pregunte cómo pueden poseer las plantas facultades cerebrales, no teniendo cerebro ni tejido nervioso; pero si es cierto que nadie ha encontrado el cerebro de una planta, muchos de los movimientos que ejecuta y no pocas circunstancias de su vida

tienden á probar que poseen una facultad superior al instinto que se aproxima mucho á la capacidad de razonar que se encuentra en los animales».

En apoyo de su tesis cita Smith multitud de hechos, relativos casi todos á la necesidad que las plantas tienen de descanso: la lila acuática hace los preparativos del sueño á la puesta del sol, cerrando sus flores, escondiéndolas bajo el agua y despidiéndose hasta el amanecer del siguiente día, en el que se despierta subiendo á la superficie del agua y abriendo sus flores de nuevo; la mimosa duerme con sueño muy irregular durante el día, bastando la presencia de una nube para que repliegue sus hojas y deje caer sus ramas; todo vegetal duerme de diez á diez y ocho horas diarias, y si se le priva de este sueño forzando su actividad, como cuando en los establecimientos de floricultura se activa el desarrollo prematuro, condenando al insomnio á las plantas, estas se debilitan y mueren.

Ahora bien: «Este sueño de las plantas—dice Smith—idéntico fisiológicamente al sueño animal, no existe sin alguna causa; en los animales superiores, el sueño representa el reposo del cerebro y del sistema nervioso; por consiguiente, el de las plantas es una prueba de la existencia del sistema nervioso y de algo que en ellas desempeñe las funciones cerebrales».

Por otra parte—añade,—«los conocedores de las costumbres de las plantas saben que éstas poseen la facultad de adaptarse á las circunstancias que las afectan, ejecutando muchos actos y movimientos que no pueden considerarse como automáticos é instintivos. Todos conocen las sensitivas, pero muchos ignorarán que cuando se toca una misma hoja repetidas veces, las hojas próximas, aunque no sufren el contacto directo, van también cerrándose poco á poco, y si se continúa excitándolas, acaban por rendirse de fatiga y dejan de replegarse. Otra planta, de Bengala, ejecuta con sus hojas los más bruscos movimientos, bailando á su modo, deteniéndose y volviendo á empezar sin causa ninguna aparente, siendo inútil

excitarla cuando está durmiendo, mientras que si se la sujeta durante la vigilia, vuelve á empezar su danza en cuanto se la deja libre. La radícula, en fin, ó futura raíz de los granos sembrados en posición invertida, suministra á Smith una prueba concluyente por el hecho del movimiento que ejecuta dando la vuelta para buscar la tierra sin equivocarse jamás, hecho del que ya Darwin había dicho que «casi no hay exageración en afirmar que la terminación de la radícula, provista de sensibilidades tan diversas, funciona semejantemente al cerebro animal».

Para Smith estos fenómenos y el de que las plantas sean tan sensibles como el hombre á la acción de los narcóticos y de los estimulantes, no pueden existir separados de la idea de animalidad, siendo «completamente inútil citar otros para probar que la *potencia cerebral* puede existir y existe realmente, á pesar de la carencia de cerebros visibles,» llegando á sostener que, en el instante actual, «la mimosa puede ser definida por el hombre, mientras éste no puede serlo por la mimosa;» pero que, aun siendo dudoso que la mimosa nos alcance y llegue á «definirnos,» la distancia entre ella y el hombre irá disminuyendo.

Esta concesión de facultades anímicas, siquiera aparezcan disfrazadas con el nombre de *cerebralidad*, á los vegetales por un materialista convencido, revela una vez más la existencia en el hombre de ese *quid divinum* que le permite crear los cuentos de hadas y soñar con ideales y que hará siempre del hombre el ser privilegiado de la creación.

PSICOFÍSICA

LAS ILUSIONES DE LA SENSIBILIDAD EN LOS AMPUTADOS.— El artículo que el Dr. Menard dedica en el *Cosmos* á este interesante asunto es sumamente curioso.

El hombre tiene la conciencia de su ser, el sentido de la po-

sición de todos y cada uno de sus miembros, y aunque los miembros falten, ese sentido subsiste, y es el que da origen á las ilusiones á que están sujetos los amputados, ilusiones de tal modo engañosas que á veces necesitan los amputados apelar á todos sus sentidos y razón para convencerse, viéndose, palpándose y reflexionando, de que sus sensaciones son totalmente ilusorias.

«Demasiado sé—decía un enfermo á Pitres—que he perdido la pierna derecha, y, sin embargo cuando analizo mis sensaciones, siento mucho más dolor en el pie que me falta que en el que me queda: el primero me hace daño constantemente y el segundo no me causa ningún sufrimiento; si la vista y el tacto no me dieran la prueba de que el pie dolorido no existe, creería firmemente que sigue en su sitio.»

Otro enfermo de Pitres, á quien se había amputado el antebrazo derecho, perdió una mañana el equilibrio al vestirse por quererse coger á la cabecera de la cama con la mano ilusoria; contando con aquel apoyo imaginario intentó levantarse, y como el apoyo no existía, cayó al suelo. Otro sujeto á quien también faltaba una mano, estuvo mucho tiempo contrariado porque al querer coger los objetos tendía hacia ellos la mano que no tenía, y se encontraba chasqueado. Un amputado del dedo índice rompió multitud de vasos y platos porque siempre contaba al cogerlos con la presión del dedo de que carecía.

La explicación que de tales hechos daba en 1822 el abate Hanapieu es la de que tenemos, por decirlo así, dos cuerpos: uno de materia bruta y otro de flúido vital; amputada, por ejemplo, una pierna, la materia falta, pero el flúido continúa existiendo, y el dolor que el amputado siente en el pie cortado es un dolor efectivo que existe en el pie flúidico.

«Conozco una joven—dice el autor—á quien se amputó una pierna por el muslo, que muchas veces quería sostenerse y aun dar pasos apoyada en sus dos piernas, siendo preciso advertirla que no tenía puesta la pierná de palo para que se

contuviera. Un oficial á quien habían cortado también la pierna por el muslo, andaba á veces hasta el centro de la habitación sin darse cuenta de que no tenía puesta la pierna de palo; entonces la reflexión le hacía caer en la cuenta de aquella falta y la pierna fluídica carecía de fuerza para sostenerle.»

«Si yo dijera—afirma otro amputado—que estoy más seguro de la existencia del miembro que he perdido que de la del que conservo, no diría más que la verdad.» La ilusión es más completa todavía en los casos de sensaciones de picor, comezón ó calambres; el enfermo se mueve, se rasca ó se frota, y no encuentra más que aire donde le pica.

Las ilusiones del pie y de la mano, según Weir Mitchell, son las que se presentan con mayor claridad, y sobre todo los dedos de la mano y del pie; luego sigue el pulgar, después la canilla y la muñeca, y rara vez la rodilla y el codo. Las excitaciones eléctricas ó de otra clase, provocadas en la piel del muñón ó en los nervios que en él terminan, despiertan ó renuevan dichas ilusiones.

«Hace poco tiempo — dice el mismo Weir Mitchell — electricé á un hombre que había sufrido la desarticulación de un hombro, y lo hice sin advertirle nada respecto al resultado que yo creía posible. Hacía dos años que había dejado de sentir la ilusión de la presencia del brazo, y en el momento que la corriente eléctrica atravesó el plexo braquial, el enfermo se puso á gritar, «¡Ay mi mano! ¡Ay mi mano!» haciendo esfuerzos por coger la mano ilusoria. El fantasma evocado por mí desapareció rápidamente; pero el paciente quedó asombrado del carácter de indudable realidad que había revestido.

Todos estos experimentos confirman la ley fisiológica en virtud de la cual una irritación en el trayecto del nervio se transporta hasta la extremidad. En los centros nerviosos existen imágenes motrices que á veces se despiertan por ciertos movimientos. Cuando se excitan los nervios que conducen al cerebro las impresiones destinadas á despertar las imágenes

motrices, se despiertan estas últimas, aun faltando los órganos destinados á ejecutar los movimientos. Esta excitación de los nervios, que llega hasta la extremidad de los miembros, se produce á cada momento en la piel del muñón, puede provocarse por mil causas accidentales, y es la que explica las ilusiones de la sensibilidad de los amputados.

PEDAGOGIA

VERBOSOS Y LITERARIOS: SU EDUCACIÓN.—A propósito del interesante artículo de Binet (1), sobre la clasificación de las aptitudes de los alumnos, protesta Rieffel en la *Revue des Revues* contra las denominaciones de *literarios, científicos y artísticos* en que Binet los divide, estimando, á nuestro juicio con razón, que es una verdadera profanación calificar de espíritus *literarios* á los que se distinguen «por el desarrollo de la función lenguaje y de las partes del cerebro correspondientes á esta función.»

Los individuos llamados espíritus *científicos* por Binet, tienen la facultad de percibir bien las formas y de representárselas, siendo, ante todo, fieles observadores; pero no todo observador es un espíritu científico: hay los observadores del tipo inteligente, representados en su más alto grado por Herbert Spencer, Darwin, Claudio Bernard; los observadores artistas, de que es tipo Pedro Loti, por ejemplo; y los observadores puros, como Balzac, que no es, precisamente, ni un artista ni un sabio. Hay otros espíritus que perciben, sobre todo, las palabras, que retienen con preferencia las palabras, que sólo piensan con palabras, cuya cabeza está llena de signos abstractos, sin imágenes de realidades objetivas. Esos son los que el director del laboratorio psicológico de la Sorbona

(1) Véase en LA ESPAÑA MODERNA de Octubre (tomo 118), nuestra *Revista de Revistas*.

llama «espíritus literarios» poco capaces de representarse los objetos en el espacio.

El nombre está mal elegido, porque los hombres que llamamos literatos, los verdaderos «espíritus literarios», están grandemente dotados de imaginación visual. Chateaubriand, Gauthier, Víctor Hugo, Zola, los Goncourt, Daudet, Loti, Maupassant, Huysmans, están prodigiosamente dotados de la facultad de representarse los objetos en el espacio; en cuanto á Flaubert es un verdadero escultor: *Salambo* es una obra de arte plástico.

Claro es que «el desarrollo de la función lenguaje» facilita al literato su misión; pero los individuos que tienen muy desarrollada esa función sin ver ni representarse bien los objetos en el espacio, lejos de ser espíritus literarios, escribirán siempre mal, aunque escribirán mucho. Amontonarán frases y metáforas rimbombantes, pero incoherentes y sin realidad. La famosa frase de Prudhomme «el carro del Estado navega sobre un volcán» es un ejemplo de lo que tales gentes pueden producir en literatura.

Semejantes individuos deben llamarse *verbosos* para no profanar el epíteto literario. Abundan entre los versificadores y los políticos, periodistas y diputados. Padecen de lo que el profesor Carlos Richet llama *psittacismo*: en ellos las palabras y las frases se desarrollan como en un fonógrafo; tras ellas no hay nada. Los políticos, sobre todo, son verbosos, porque para ser elegido diputado hay que saber hablar, pero de una manera vaga; hablar con precisión es comprometido; hay que contentarse con hacer desfilas ante el lector ó el auditorio palabras agradables.

Ahora bien: ¿debe darse á los verbosos, como quiere Binet, la educación clásica, habituándoles á no almacenar más que palabras? Tendremos hombres que sepan hablar y escribir con profusión, *pies de tertulia* de primer orden, que podrán llegar á ser hasta tribunos populares y ministros; pero tales hombres serán ciudadanos casi necesariamente perjudiciales; se

sentirán con la fuerza y les reconocerán la fuerza para dirigir á los demás; y como no saben nada, no pueden hacer más que estraviarles. Para comprender la enorme potencia social de ciertos grandes verbosos, hombres que tienen la tercera circunvolución izquierda enorme en un cerebro de imbécil, hay que fijarse en que la multitud admira siempre al que habla sin vacilar, dejándose arrastrar por el ritmo y el canto de las frases, como se siente uno arrastrado por la música de un regimiento en marcha. Y ese gran orador, que no es más que un molino de palabras, llega á ser el director del país; imaginad el daño que puede hacer si es violento y pérfido.

Los verbosos, además, son incapaces de ser eficazmente morales, aunque sean naturalmente buenos, porque para saber si una acción es buena ó mala hay que prever sus resultados y ser un espíritu observador, conocedor de la realidad. Los vocablos, por otra parte, son para los verbosos perpetua causa de engaño moral. Supongamos cien hombres atacando una aldea, matando y saqueando á sus habitantes; si esos cien hombres se llaman bandidos, su conducta aparecerá horrible á los verbosos; si se llaman soldados, el hecho se convierte en una hazaña digna de recompensa.

Un hombre asesina á una mujer que no quiere vivir con él; el abogado, con trémolos en la voz, exclama: «¡Ah, señores! ¡La amaba!» Esta palabra entiernece al Jurado, y el asesino queda absuelto. Se ha convenido en que el honor es una gran cosa y en que hay que atender al honor más que á la vida; bastará, pues, cubrir con el nombre de honor los mayores absurdos para que ciertas gentes los cometan y se crean obligadas á introducir una barra de acero en el vientre del caballero que les ha dirigido un epíteto desagradable. Nuestros legisladores han castigado con prisión los insultos al ejército. El ejército es una palabra que da hoy una sensación vaga y mística evocando las ideas de bandera, patria, heroísmo, gloria, etc. ¿Cómo no meter en la cárcel á quien ataque cosas tan hermosas? Pero en cuanto á lo que es el ejército, la definición

no importa, aunque en realidad sea toda la masa de defensores del suelo nacional, á la que nadie puede atacar, porque sería atacarse á sí mismo como parte integrante de esa masa.

Si tenéis bajo vuestra tutela un niño que tenga «el don de la palabra», por piedad no le obliguéis á los estudios clásicos, porque sería un azote social más. Hechos y hechos, cosas y cosas, observación directa, reflexión personal, estudio propio, eso es lo que se necesita: la educación por medio de la realidad observada.

ESTUDIOS MILITARES

EJÉRCIROS MERCENARIOS Y NACIONALES.—Con motivo de un artículo inserto en *La Correspondencia de España* por D. Genaro Alas, publica el distinguido escritor militar D. Pedro A. Berenguer, profesor de la Escuela Superior de Guerra, en la *Revista Contemporánea*, un trabajo tan lleno de miga como suelen ser los que brotan de su finísima pluma.

Afirmaba el Sr. Alas que «no sólo la equidad sale ganando en el sistema inglés respecto al italiano *y otros idénticos, sino también el interés nacional*; pues aunque sea caro el hombre mercenario, *que lo mismo soldado que oficial echa sus cuentas* antes de dedicarse á la profesión militar, siempre que se trate de otra cosa que defender el suelo patrio, *ese mercenario resiste más y ha aprendido más que el mozo llevado á la fuerza á una ocupación pasajera*».

El Sr. Berenguer afirma, en cambio, «la conveniencia de los ejércitos *nacionales* que, fundando el *deber* del servicio militar en principios sociales más elevados que los industriales y mercantiles que informan la organización de esos ejércitos mercenarios en las naciones continentales donde todavía quedan algunos restos de idealismo, comprenden toda la realidad del fundamento del deber militar, y ni los soldados, ni mucho me-

nos los oficiales, echan otras cuentas que las de cumplir dicho deber, que es *obligatorio é inalienable* para todo ciudadano.»

El mercenario *resistirá más* que el recluta nacional mientras no le falte un prest subido, pagado puntualmente, cómodos alojamientos, trajes vistosos y alimentación suculenta, cosas todas que sólo pueden dar naciones adineradas y mercantiles como Inglaterra y los Estados Unidos, sin que por eso tales ejércitos mantengan siempre su crédito militar, como sucedió en 1882 en el Transwaal al general Wood.

Moral, política, civil, militar y económicamente, hay un empeño recíproco entre la sociedad y el ciudadano; aquélla presta diariamente á éste servicios y protección; éste á su vez debe pagar esa protección con su persona y bienes: tal es el *fundamento racional del deber militar*. «Se puede asegurar—decía Freycinet—que la inferioridad de nuestra educación nacional es la causa de nuestras derrotas; hemos sido batidos por adversarios que han empleado la previsión, la disciplina y la ciencia; lo que prueba en último análisis que *hasta en los conflictos de la fuerza material la inteligencia es la que triunfa*.» La instrucción y el servicio militar son obligaciones generales cuyo abandono implica el suicidio. Tan pronto como los ciudadanos de un Estado prefieren contribuir á la defensa general con su dinero mejor que con su persona, la sociedad recibe una herida de muerte, y pronto ó tarde se disolverá.

Al nacer un ciudadano, nace un soldado para la patria. La defensa de la patria no es una carga, sino un deber, en cuyo cumplimiento *nadie puede sustituirnos*. Los partidarios de los ejércitos de voluntarios consideran la milicia como un oficio y no como una función social. Los cuadros, de segundo teniente á General, deben hacer, en efecto, del servicio militar su profesión; pero pretender ensanchar ese principio hasta el simple soldado, resulta contraproducente, expuesto, antipolítico y poco moral.

Las teorías de la sustitución y de la redención, son inmorales, perturbadoras, inicuas, y tienden á dar al ejército un

carácter que no debe tener, y á divorciarlo más y más de la sociedad civil. El ejército no es «una casta en el Estado». La Administración no es propiedad de manos privilegiadas que operan en el misterio y lejos de las miradas públicas. El ejército es nacional, y la nación entera debe escrutar minuciosamente todo lo que le concierne. El concurso del elemento civil, como dice Freycinet, es el único que puede dar á la institución la vida y la fuerza de que carece actualmente entre nosotros.

Desde la más remota antigüedad se han considerado suficientes tres líneas tácticas en los órdenes de combate; es dable esperar que, rota y deshecha la primera línea, la segunda pueda restablecer el equilibrio del combate; aun destruído y anulado el segundo esfuerzo, posible es que, haciendo avanzar la tercera línea, ya que no se consiga la victoria, se amengüe la derrota; pero hecho este tercer esfuerzo, si con él no se recupera lo perdido, ocioso sería intentar el cuarto.

Pues lo mismo que sucede con las líneas tácticas, ocurre con las líneas orgánicas. Una nación debe poner en acción tres ejércitos: de primera, segunda y tercera línea, con fuerza igual ó casi igual. Admitiendo, pues, cuatro ó cinco contingentes para cada ejército, los límites de edad serían: de veinte á veinticuatro ó veinticinco años, para el primero; de veinticuatro ó veinticinco á veintiocho ó treinta, para el segundo, y de veintiocho á treinta y dos ó de treinta á treinta y cinco, para el tercero. Y esto responde á la naturaleza humana, pues después de los treinta y cinco años empieza á aparecer la grasa en el organismo, y la vida sedentaria ofrece más atractivos.

LITERATURA

LAS ALTERNATIVAS DEL GUSTO LITERARIO. — Max Nordau publica con este título en la *Rivista Moderna di Cultura*, un artículo, sosteniendo que el gusto literario cambia, por término medio, cada treinta años.

«De aquí á veinte años—había dicho un articulista anteriormente—ciertas celebridades de estos días no serán más que nombres oscuros, perfectamente ignorados por nuestros hijos.» Esa afirmación—dice Max Nordau—no es una *boutade*, sino la expresión de una ley cuyo funcionamiento es fácil de demostrar en la historia del arte y de la literatura. Así, cuando yo me he fatigado tanto — añade — en analizar nulidades pretenciosas ó bullangueras, en descubrir su vaciedad ó su idiotismo, en caracterizar la asnería ó la fanática prevención ó la desvergüenza de los que componen una fama cosmopolita á esas producciones inefables de imbéciles ó de bribones corruptores, me acontece sonreirme de mí mismo. «¡Demasiado celo! —me digo.—¿Para qué sirve combatir toda esta inmundicia? Son la moda del día; y oponerse á la moda del día el día mismo, es imposible, y oponerse hoy para mañana, es inútil; la moda desaparece por sí misma.»

Hay una ley general á que están sujetas tanto las obras de valor como las estúpidas elucubraciones que han podido imponerse por un instante á la atención pública. Pensad en los cambios de estimación que han sufrido las obras de Bach, de Berlioz, de Schelley, de Grillparzer, de Keller, de un lado, y del otro las de Eberl (un músico elevado por sus contemporáneos por encima de Beethoven), de Mengs, de Cabanel, de Metastasio, de Bulwer-Lytton, de Auerbach. Unos, desconocidos al principio, son hoy admirados; otros, exaltados por un momento, han caído en el olvido y el desprecio. En todos los casos hay, entre el ostracismo y la apoteosis, un intervalo que oscila entre veinte y cuarenta años, cuyo término medio es treinta años.

¿Cómo explicar esta cifra que preside al funcionamiento de lo que podría llamarse «ley de la alternativa del gusto?» sencillamente con la demografía: treinta años es la duración media de una generación. El intervalo entre la derrota y la victoria, ó viceversa, es la expresión aritmética de un hecho psicológico: el gusto del hombre es inaccesible á una conver-

sión. Los grandes éxitos en arte y poesía continúan produciendo su efecto mientras vive la generación que ha colaborado en ellos; llegan á ser parte de la vida misma de esa generación confundándose con sus más caros recuerdos; la canción en que se ha complacido, el sainete que le hizo reír, la novela que le quitó el sueño, siguen siendo hasta su muerte la perla en su género, mientras los que vienen al mundo después encuentran floja ó ridícula la obra tan alabada, sin que hecho tan general admita apenas excepción, pues hasta las obras destinadas á vivir siglos sufren un eclipse cuando sus contemporáneos abandonan la escena.

Involuntariamente viene á la memoria, con este motivo, la anécdota contada por Alejandro Humboldt de aquel papagayo que había vivido entre los indios Aturos y había aprendido gran número de palabras de su lengua; la tribu atura desapareció, y cuando el papagayo se hizo viejo, no había nadie en el mundo que pudiera comprender su lengua, siendo el único viviente que hablaba en aturo, y desapareciendo para siempre con él la lengua atura. Todo ser culto es, por decirlo así, un papagayo de los aturos de las obras de su juventud; estas viven mientras vive él mismo y mueren cuando él muere.

Dos generaciones son dos mundos extraños y hostiles uno á otro, y sin medio alguno de ejercitar uno sobre otro más efecto que el de la repulsión. Una obra discutida ó rechazada en sus comienzos, sólo puede producir efecto en el cambio del gusto con una condición: que haya un partido ó por lo menos una persona que no deje de luchar por ella. Así, como suena, una persona, una sola, basta, si es fuerte, infatigable é insensible á la risa. Siempre producirá gran impresión el hombre que, erguido en la montaña, grita con gran fuerza de entonación y de gesto: «¡Ay de tí, Jerusalem! ¡Ay del pueblo pecador, del pueblo de las grandes iniquidades!» La mayor parte de la gente no escucha y sigue indiferente su camino; algunos se detienen para cantar; pero los hay que se conmueven,

que se unen al profeta, y le eligen jefe y maestro, elevando sus palabras á la altura de dogmas. Rodeado por esta guardia de honor, el profeta continúa sus elogios y sus maldiciones, su partido va creciendo y los adversarios van disminuyendo, según la ley de las tablas de mortalidad, y desaparecen al fin, salvo unos cuantos papagayos aturos que quedan en estado de incomprensibles curiosidades.

Tal es el análisis del fenómeno que viene llamándose sin razón «cambio del gusto», cuando debiera llamarse «alternativa del gusto», porque no se trata del cambio del gusto de una misma generación, sino de la desaparición de los que profesan tal gusto sustituidos por quienes tienen el opuesto. De este análisis resulta una ley fundamental de la psicología de los éxitos artístico-literarios; cuando una obra no llega á la consagración sino una generación después de su nacimiento, no se tiene el triunfo de la obra, sino el triunfo de una voluntad, de la voluntad del hombre que se ha constituido en su defensor.

La multitud no está organizada para formar juicios estéticos independientes sobre producciones que pasen del nivel más primitivo del arte. Todo producto artístico obra ejerciendo una sugestión; el artista sugiere al público sus propias ideas y emociones; pero la masa es inaccesible á esta sugestión de primera mano, y el crítico solamente es el que le sugiere lo que la obra debe hacerle experimentar. Lo esencial es, pues, que se encuentre un crítico cualquiera de fuerte voluntad, atrevido, que grite sin cesar al público: «¡De rodillas! ¡Admírate! ¡Conmuévete! ¡Entusiásmate!» Argumentar y probar es completamente inútil y hasta nocivo, y los hipnotizadores de la multitud lo saben perfectamente. De hecho, ellos obran siempre conforme al siguiente axioma: «Ante la multitud, la mejor prueba es una afirmación imperiosa.» Con un abogado semejante, la obra triunfa sobre aquella generación; sin él, ni Esquilo, ni Dante, ni Goethe serían admirados.

Balzac apenas era ya leído y nada apreciado cuando Zola,

en 1875, empezó á proclamarle el Shakespeare del siglo XIX; y todos los franceses que entonces tenían dieciocho ó veinte años, se arrodillan hoy ante Balzac como ante el Shakespeare del siglo XIX. El mismo servicio prestó en 1880 Bourget á Stendhal, y con el mismo éxito. La buena y sensible señora Desbordes-Valmore, mientras vivió, sólo fue apreciada por pocos amigos, y una vez muerta estaba del todo olvidada; bastó entonces que aquel matoide de Montesquieu escribiese sobre ella algunos artículos históricamente extasiados para reclutarle una congregación de creyentes y para conseguir erigirle un monumento que no tienen todavía Lamartine, Alfredo de Musset ni Víctor Hugo. ¿Quién se atreverá á decir que la redivivencia de la gloria de un Balzac, de un Stendhal, de una Desbordes-Valmore sea el desquite de estos muertos? Es sencillamente el triunfo de la fuerza de sugestión de Zola, de Bourget, de Montesquiou.

La metagénesis (ó generaciones alternativas), fenómeno biológico bien conocido en las escalas inferiores de las series animales, es la ley de apreciación de los valores estéticos, y su norma, usando el tecnicismo fisiológico, es catabólica y no anabólica; pero sea catabólica, es decir, una descomposición, ó anabólica, es decir, una formación, es siempre metabólica, es decir, una transformación. Dejemos, pues, que los papagayos chapurreen la lengua atura, hoy todavía hablada por una tribu numerosa, pero destinada á desaparecer rápidamente, y continuemos trabajando con ánimo sereno en la obra positiva de los educadores intelectuales, morales y estéticos.

FERNANDO ARAUJO.

CRÓNICA LITERARIA

Un discurso del Sr. Echegaray: *¿En qué consiste la fuerza de las naciones?*

En la apertura del presente curso del Ateneo científico y literario de Madrid, ha disertado el Presidente de dicho centro, Sr. Echegaray, sobre el tema: «¿Qué es lo que constituye la fuerza de las naciones?» Al interés intrínseco del discurso, como obra de tan notable literato y hombre de ciencia, únese por razón del asunto y del punto de vista desde el cual le considera el Sr. Echegaray, otro género de interés: el de ser uno de los abundantes datos que al presente se nos ofrecen para estudiar la psicología nacional en estos momentos de crisis; la reacción del alma española ante los hechos exteriores cuyo choque acaba de conmovernos tan dolorosamente.

Este aspecto del discurso lo descubre su exordio, en el cual claramente se manifiesta que la elección de aquel tema se debe en gran parte á las preocupaciones patrióticas del autor, á la sugestión que ejercen sobre su espíritu las tristes circunstancias actuales de España.

El discurso es breve: ocupa impreso treinta y tantas páginas; mas aunque fuera mucho más extenso de lo que consiente la índole de este género de trabajos destinados á una lectu-

ra pública, no bastaría para agotar ni aun para exponer completamente la materia. ¿En qué consiste la fuerza de las naciones?..... Encierra este breve enunciando todo el contenido de una Filosofía de la historia, ó de una interpretación de la historia, si lo de Filosofía parece demasiado teórico y demasiado distante de la realidad. Porque sólo la observación histórica puede darnos alguna luz sobre las causas que elevan y abaten á las naciones. No caben en este punto teorías ni recetas *à priori*.

La mera enunciación del asunto convida ya á la meditación, y es por sí sola un dato muy expresivo y elocuente. Se trata de la fuerza de las naciones, y se trata de ello porque la nación á la cual pertenecemos acaba de padecer una disminución de poderío, una mutilación de territorio, las consecuencias, en suma, de una guerra desdichada. El espectáculo de nuestros males, llevándonos de los efectos á las causas, parece que había de inducirnos á plantear el problema á la inversa: ¿qué es lo que hace á las naciones debilitarse y decaer? Planteada como investigación de las causas de la fortaleza, parece que la cuestión se presenta con una orientación de esperanza, acaso desmedida, no con la orientación de amargura y desaliento en que nuestras desgracias nos colocan.

Pero hay todavía otro aspecto tan interesante ó más en esta concepción del asunto. La posición del problema es plenamente castiza. La fuerza representa poderío, pujanza, autoridad, renombre, representaciones, en fin, de las que más vivamente sugestionan el ánimo español, y es curioso observar cómo, aun en momentos en que tan humillados nos vemos, la idiosincracia colectiva dirige nuestros pensamientos por el viejo cauce de las ideas y los sentimientos tradicionales.

Los azares de nuestra historia, que sacándonos del apartamiento del rincón de Europa que ocupamos, nos llevaron á ejercer pasajera hegemonía en el continente y á descubrir y conquistar mundos nuevos, han determinado de un modo irresistible la orientación de nuestro carácter, preparada ya por

las seculares luchas de la reconquista. Envuelta España en perpetuas guerras, desarrollaron éstas en el alma española las pasiones que más fomenta el ejercicio bélico: el orgullo y el amor á la gloria. Las artes de la paz y las aplicaciones útiles de las ciencias no presentan entre nosotros desarrollos comparables á los que alcanzaron en las grandes naciones europeas, por mucho que se esfuercen en probar lo contrario los eruditos consagrados á la generosa cuanto estéril tarea de formarnos *à posteriori* una historia científica que no existió en realidad. En cambio fuimos grandes, al par que en las armas, en la poesía y en las artes, en aquellas actividades que correspondían á nuestra exaltada idealidad, á nuestra pasión de grandeza y magnificencia.

Mas el mundo há ido haciéndose prosaico. A la edad heroica en que brillamos han sucedido otros tiempos y otras condiciones sociales, hasta llegar á la presente edad económica, en que cada vez vamos representando menos. Nosotros no nos hemos enterado lo bastante del cambio. Sugestionados por la contemplación de nuestra historia, realzada por la patina poética de lo que se mira á gran distancia y exagerada á veces por los disculpables apasionamientos del amor patrio, hemos solido confundir lo pasado con lo presente, tomar por realidades actuales los recuerdos de antaño, caminar con los ojos puestos en las nubes sin mirar el suelo que pisamos, tropezando y cayendo por consiguiente á cada paso. No hemos advertido el alcance de la transformación operada á nuestro alrededor, ni hemos comprendido que aquellas cualidades de que con justicia nos enorgullecemos, y que en otros tiempos contribuyeron á nuestro poderío y engrandecimiento, van cada día teniendo menos aplicaciones útiles, al par que se multiplica la eficacia de otras virtudes, menos brillantes y de apariencias más modesta, por nosotros generalmente desdeñadas.

Aunque no tuviera otras causas nuestra decadencia, bastaría para explicarla esta diferencia, cada vez más acentuada, en-

tre las cualidades á que rendimos culto y las que reclaman los cambios operados en el mundo desde los tiempos de nuestra grandeza. En muchas cosas (y más que en las exteriores en lo íntimo de algunas direcciones del pensamiento) no somos contemporáneos de las otras sociedades civilizadas, y es en extremo peligroso—no ha mucho acaban de advertírnoslo—quedarse rezagado en la marcha de las naciones.

Ejemplos hay de esto sobrados y bien recientes. Antes de la guerra con la República norteamericana, sentábamos la atrevida premisa de que un pueblo de larga tradición guerrera, de dilatada y brillante historia, había de vencer ó al menos de hacer pagar muy cara la victoria á una nación de ayer, consagrada á la industria y al negocio, á una *nación de mercaderes*. ¡Funesto síntoma el de menospreciar estas actividades mercantiles, tan poderosas en los tiempos actuales! Había, sin duda, en España una minoría ilustrada que no participaba de estas ilusiones, mas en la opinión popular tenía hondas raíces. De la propia manera, hoy, después de la derrota, lamentamos más la humillación, la impotencia, la pérdida de territorios, que, para nosotros, más que fuente de prosperidad lo han sido de quebrantos, que no la situación de empobrecimiento y el porvenir de debilidad y de miseria que nos auguran los enormes despilfarros de la guerra. Y, sin embargo, creo que lo más trágico, lo más *hondo* y más sentido que se ha escrito acerca de esto no son las lamentaciones retóricas sobre la ruina de nuestro prestigio (harto discutible) ó la desaparición de nuestro imperio colonial: es este breve párrafo del Manifiesto de la Cámara agrícola del alto Aragón: «Todo lo que era progreso, riqueza y contento de la vida, todo lo que era aumento de bienestar, de vigor, de salud, de vida media, de población, de cultura, de aproximación á Europa, de porvenir en la historia del mundo, lo hemos disipado, ¡locos y criminales!, en pólvora y en humo; durante cuatro años la guerra se ha estado tragando un canal de riego cada semana, un camino cada día, diez escuelas en una hora, en media semana

los cuarenta y cuatro pueblos creados por Olavide y Aranda en los valles de Sierra Morena.»

*
* *

Volviendo al discurso del Sr. Echegaray, justo es reconocer que sus treinta y tantas páginas están bien aprovechadas, y que sin tener las pretensiones, ni el método, ni el desarrollo de una monografía científica, es mucho más que una lucubración retórica encaminada á entretener con sonoros párrafos á un auditorio predispuesto á la benevolencia. En la forma amena, ligera y desembarazada de las trabas del método, de una *causerie* familiar, expone el Sr. Echegaray muchas ideas, grandemente sugestivas algunas de ellas, acerca de las causas que hacen fuertes á las naciones.

La fuerza de una nación no consiste en aquellas instituciones especialmente creadas para su defensa, como la fuerza de un individuo no consiste en el bastón que maneje, ni siquiera en los músculos. El Presidente del Ateneo trata este punto con mucha lucidez:

«La fuerza verdadera, la que dura en el individuo como en las sociedades, es la que resulta del equilibrio armónico entre todas las partes del organismo humano ó del organismo social..... al hablar de la fuerza de las naciones, no me refiero sólo á su fuerza material, á sus buques blindados, ni á sus batallones. Este es uno de tantos elementos como han de tenerse en cuenta al apreciar las energías de una nación: es algo, es mucho, no lo es todo, ni siquiera la mejor ni la mayor parte.

»Más aún: es un efecto más bien que una causa; es la manifestación de la fuerza, más bien que la fuerza misma.

»Si la nación es fuerte en todas sus entrañas y en todos sus organismos, fuerte será en el sangriento campo de batalla ó en las revueltas brisas de los mares. Si por dentro es débil, si no posee las energías de que hablaré más tarde.....

»por más que sacrifique sangre y vida y millones, al fin caerá
»vencida, no porque hoy no tuviera fuerzas, sino porque ayer
»no las tenía y se agotó en la lucha, heroica, pero tristemen-
»te, desde el primer instante.»

No pueden ser más oportunas las ideas que con tanta sinceridad y acierto expone el Sr. Echegaray. Poco acostumbrados los españoles á remontarnos á las causas ni á penetrar en lo recóndito de los hechos, atentos casi siempre por indolencia ó por falta de cultura á lo más exterior de las apariencias y manifestaciones de las cosas, no se ha sabido aquí apreciar en qué consistía la verdadera y enorme diferencia de fuerzas entre nuestro país y los Estados Unidos. Pedíamos más barcos, más baterías, más batallones, y no echábamos de ver que lo que más falta nos hacía era.... más *dollars*, precisamente lo que les sobraba á nuestros enemigos. Al cabo, como era de temer, se ha venido á parar en que la culpa de nuestras desdichas la tiene aquel llamado presupuesto de la paz, que no tuvo de tal más que el nombre. ¡Equivocación donosa si no nos augurara un nuevo porvenir de despilfarros, que no resultarían menos estériles si la dura realidad vuelve á ponerlos á prueba!

El interés de clase, el servilismo de los periódicos y el apocamiento de los partidos, ahogan las voces de la sinceridad en estas materias. Bien notorio es, sin embargo, que aparte de nuestra indiscutible inferioridad en el material naval, militarmente, en punto á fuerzas de tierra, estábamos mejor preparados que los Estados Unidos. Teníamos en Cuba un ejército de 200.000 hombres, aguerrido en tres años de campaña; teníamos en Filipinas otro que no bajaría de 20.000. Tenían ellos escasamente 30.000 soldados, y, sin embargo, donde quiera que se ha librado batalla ha tenido la superioridad del número y del material de guerra, y para esto les han bastado dos meses de preparación.

Con superior Marina, con mayores capacidades militares, habríamos conseguido solamente prolongar la lucha. En vez

de sucumbir por la destrucción de nuestras escuadras y la capitulación de nuestras plazas, habríamos sucumbido por agotamiento y por hambre.

En las actuales condiciones de la guerra, la lucha es en gran parte lucha de resistencia económica. No puede ya repetirse el caso, posible en otros tiempos, en que las guerras se hacían á poco coste y con reducidos ejércitos de soldados de oficio, de que una nación pequeña pueda, por la superioridad de sus caudillos ó de sus huestes, imponerse á naciones mucho más extensas, ricas y pobladas, é iguales ó superiores en cultura. Siempre fueron efímeros estos triunfos; hoy, con la transformación de las artes y de los medios de la guerra, son del todo imposibles.

La fuerza hay que buscarla en este punto, como dice el Sr. Echegaray: en la armonía y el equilibrio de las distintas partes del organismo nacional. Desarrollar alguna de ellas á expensas de las demás, no nos hará fuertes; antes será causa de debilidad general y de perturbación interior.

En último análisis—dice más adelante el Sr. Echegaray,— la fuerza de toda sociedad humana ha de buscarse lógicamente en el individuo. Esta primera materia de las sociedades es, en efecto, de superior influencia á la de todas las organizaciones, por sabias y perfectas que sean. La *estatolatría* moderna se olvida con frecuencia de los individuos ó no ve en ellos más que medios para la grandeza del Estado, convertido en una especie de Moloch que devora las felicidades y los bienes individuales. Nunca será próspera ni duradera y estable aquella sociedad cuyos individuos no encuentren en ella comodidad y conveniencia, sino la perspectiva de un perpetuo sacrificio ante una abstracción, como la de ese vago bien común cuyos efectos no llegan ó apenas llegan á los miembros de la comunidad.

De los individuos, de la acción de todos, espera el Sr. Echegaray la regeneración nacional, no de nuevas organizaciones políticas, ni menos de salvadores buscados de encargo. Cuando las sociedades, desconfiando de curarse por sí mismas, an-

dan buscando un curandero, dan señales ciertas de hallarse enfermas, enfermas graves. No hay médico ni curandero que sane sin una activa cooperación del organismo enfermo. En realidad, las medicinas no son las que curan; se cura á sí mismo el organismo mediante las reacciones vitales que en él provocan los medicamentos. Si estas reacciones no se producen, si el organismo no responde á la acción de los estímulos, no hay medicamento que valga ni curación posible.

Omite el Presidente del Ateneo un factor esencial, tratándose de la fuerza de las naciones ó de cualquier otra manifestación de la vida de éstas: el territorio. Sin él sólo han podido existir algunos pueblos degenerados que no tienen vida nacional completa, como los judíos ó los gitanos. Acaso la omisión se debe á que el discurso tiene un fin ético y docente, á que el autor desea adoctrinar, y aspira, como aspiramos ahora la mayoría de los españoles, á contribuir al remedio de los males públicos, exponiendo nuestro dictamen sobre sus causas y sobre la conducta que nos conviene seguir en lo futuro. De ahí que se fije en la población y no en el territorio.

La influencia de éste es, sin embargo, tan considerable, que filósofos é historiadores hay, como Buckle, que de él hacen depender casi la historia de las naciones. Sin llegar tan lejos, es innegable que la riqueza, elemento tan esencial de la fuerza de los Estados, depende en gran parte de la naturaleza y condiciones del territorio. Las condiciones climatológicas y geológicas de nuestra Península, por ejemplo, han contribuído en proporción muy considerable á nuestra pobreza, cuya influencia es tan clara en nuestra historia, y particularmente en lo efímero de nuestro poderío, como lo explicó excelentemente el Sr. Cánovas del Castillo. Y no sólo los elementos naturales de producción, el clima, la situación geográfica próxima ó lejana á las grandes vías comerciales, la abundancia ó escasez de costas, etc., hacen que el territorio de una ración la predisponga ó no para señalados destinos, sino que otras muchas circunstancias menos capitales, tocantes también al te-

territorio, pueden influir notablemente en el grado de fuerza de un Estado. Así, por lo que á nosotros interesa, la diseminación de las que fueron nuestras provincias ultramarinas, las unas en el mar de las Antillas, las otras en el extremo de Asia, era un elemento considerable de debilidad para una nación de limitados recursos económicos como España, que resultaba así vulnerable en muchos puntos, difíciles de socorrer á tiempo por la metrópoli, como se ha visto en la pasada guerra.

Atendiendo á las eventualidades de una guerra internacional, puede decirse, aunque parezca paradoja, que España es más fuerte después de perdidas sus colonias que cuando aún las poseía. Otra cosa fuera si esas colonias hubiesen sido bastante fuertes y leales para defenderse por sí solas, como las colonias inglesas de Australia, por ejemplo, ó hubieran contribuído en grande escala á la riqueza y prosperidad de la metrópoli. Tales como fueron, más que su pérdida, debemos lamentar el enorme precio que nos ha costado nuestra natural resistencia á perderlas.

El Sr. Echegaray termina su discurso cifrando en los estímulos del patriotismo las esperanzas de nuestra reconstitución. Pide que el hombre de ciencia estudie, diciéndose: «Quiero saber, para que los sabios extranjeros no digan que soy ignorante; que el industrial procure perfeccionar su industria para que las naciones extranjeras no digan que España carece de industrias; que el agricultor «are hondo» con los mismos fines; que todos, en suma, trabajen pensando, antes que nada, en el lustre y renombre de la patria.

Muy elocuente es este párrafo, mas alguna exageración contiene, á mi entender. Noble y necesario sentimiento es el patriotismo, pero no hay que convertirle en única causa y único principio de las acciones, pues el resultado sería contraproducente, y llegaríamos por este camino á hacerle odioso. Una ciencia, una industria, una agricultura cultivadas sólo por servir á la patria y no por los estímulos naturales del sa-

ber ó de la ganancia, no darían ni grandes sabios, ni grandes productos industriales, ni grandes cosechas. Ciencia, arte, industria, son cosas que hay que tomar como fines y no como meros medios del engrandecimiento nacional; que de ellas resultara, sin que directamente le busque cada individuo. Así lo comprende, sin duda, el Sr. Echegaray, siquiera haya concedido á sus instintos de poeta la exageración poética de ese período de su notable discurso.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Habrá en lo sucesivo que considerar ya la isla de Puerto Rico, y pronto la de Cuba, en nuestras revistas, como países más ó menos independientes del grupo de los Estados hispano-americanos, y no cumplir mos nuestro deber si no dejásemos apuntadas al menos en estas crónicas coetáneas de los hechos que imponen su desmembración de España, que las descubrió, que las colonizó, que las di  su vida y su sangre, sus inmunidades y su cultura, su florecimiento y su bienestar, qué han debido estas hijas ingratas   su metrópoli, en qué estado de prosperidad se le segregan, en qué forma se ha verificado esta triste desmembración.

Limitémonos por hoy   Puerto Rico, puesto que en el Morro de la Habana todavía ondea nuestra insignia amarilla y roja.

La pequeña Antilla que ha dejado de ser española, pues desde el 18 de Octubre forma parte de los Estados Unidos, como colonia, en el transcurso de cuatrocientos años de posesión continua, disfrut  con España de una tranquilidad inalterable. Desde mediados del siglo último puede decirse que ha sido uno de los países que más han progresado en el mundo. Su población total, que era en 1765 de 44.883 habitantes, en 1800 ascendía   155.426. Creciendo siempre en proporción

considerable, esta población era en 1815 de 220.892, en 1830 de 330.051, en 1860 de 583.308, en 1880 de 784.709 y en 1895 de 850.708.

España había cuidado paternalmente del desarrollo de todos los medios de su cultura. Tenía más de 600 escuelas públicas, y el alumbrado y valización de sus costas competía con el de Inglaterra. Siendo más pequeña que la isla de Jamaica, gobernada por los ingleses, su producción era el doble de la de la población británica, y su administración pública tan recta, que mientras la isla de Jamaica tiene una deuda de 16 millones de duros, Puerto Rico no tenía deuda ninguna, permitiéndole las sabias economías de sus calumniados gobernantes españoles conservar siempre en sus cajas un fondo sobrante de reservas de más de un millón de duros.

Al salir de manos de los españoles su producción, más importante que la de siete de las repúblicas independientes del grupo hispanoamericano, era por término medio anual de 60.000 toneladas de azúcar, 250.000 quintales métricos de café y 20.000 de tabaco, cuyo valor se gradúa en unos 16 millones de duros. Y para que pueda apreciarse la escala de sus progresos, baste saber que en el año de 1812 sólo exportaba 3.500 quintales de azúcar, 11.000 de café y 7.000 de tabaco. Su comercio general de importación y exportación era en 1895 de 30 millones de duros, de los que correspondían más de la mitad á la bandera nacional.

En Puerto Rico se ensayaron todas las reformas políticas y administrativas y todos los sistemas de la política colonial, y entre peninsulares é isleños jamás la tierra se caldeó con sangre, ni lograron crearse aquellos odios fundados en luctuosos recuerdos de resistencia ni de opresión, ni en los inevitables desastres que dejan tras sí las guerras civiles. Sin deudas, sin cargas especiales, sin inmoralidades en la administración, había llegado Puerto Rico desde la condición de colonia á la de Estado autónomo, y la implantación de todas las libertades compensó los sistemas de otros tiempos. Así ha pa-

sado Puerto Rico de la soberanía de España al poder de los Estados Unidos, que no han podido alegar, para justificar su despojo, respecto á esta Antilla, los motivos de sentimientos humanitarios que fingieron para intervenir en los asuntos de Cuba.

El acto de la transmisión de la soberanía de España á la de los Estados Unidos, ni en sus accidentes exteriores, ha revelado sino la tristeza de la efeméride de injusticia que en ella ha consumado la vil ambición humana. A las primeras horas de la mañana del día 18 de Octubre, desembarcaron un regimiento de línea y dos baterías de artillería del ejército americano. Los artilleros pasaron á ocupar los fuertes de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, mientras la infantería formaba en los muelles. El Contralmirante Schley, el General Brooke y el General Gordon, con sus Estados Mayores, se dirigieron en carruajes al palacio de la Capitanía general, frente á cuya puerta formaron el regimiento de línea y una escolta de caballería. A las doce menos veinte minutos, los referidos Generales salieron de palacio, acompañados de muchos Oficiales de Marina, colocándose en el lado derecho de la playa. Cuando el reloj de la ciudad dió la primera campanada de las doce, sonó el estampido de un cañonazo, y el Comandante Dean y el Teniente Castle, del Estado Mayor del General Brook, que se hallaban en la torre del Morro, izaron la bandera americana, mientras que la banda tocaba el himno americano *The Star Spanghid Bauner*. El fuerte del Morro, el de San Cristóbal y el buque de guerra americano *Manning*, que estaba anclado en bahía, hicieron cada uno de ellos una salva de veintíun cañonazos. Inmediatamente el General Brooke transmitió la noticia telegráfica á Washington, concebida en esta forma: — «San Juan de Puerto Rico, 18. — Al Secretario de la Guerra, Washington, D. C. — Se han izado banderas en los edificios públicos y en los fuertes de esta ciudad con saludos nacionales. La ocupación de la isla es ahora completa.—(Firmado).—*Brooke.*»

Aunque en el boletín del día que después se publicó se protestaba de que las personas que desearan permanecer ciudadanos españoles ó al servicio de España tendrían derecho á la protección de sus personas y propiedades en Puerto Rico, los españoles han sido después insultados en todas las formas, y familias enteras han sido objeto de los más inconcebibles atentados de parte de la ebria soldadesca y de los súbditos americanos. Sus reclamaciones no han sido atendidas por las autoridades yankees ni los jefes de aquellos soldados, deshonorra de la civilización.

Tal ha sido el cambio de una soberanía por otra.

*
* *

La función más importante de la vida política de las jóvenes Repúblicas americanas es la renovación periódica de sus Poderes institucionales. Durante ochenta años, éste ha sido el grande escollo de la existencia normal de aquellas sociedades nuevas. La lista de Jefes de Estado que han muerto violentamente en las Repúblicas hispanoamericanas, á causa de la rivalidad y de la ambición que inspira la posesión del poder, da un contingente verdaderamente aterrador. En el Ecuador, García Moreno; Menéndez, en el Salvador; Gil y López, en el Paraguay; Balta, Gutiérrez y Pardo, en el Perú; Castella, Rizzo é Idiarte Borda, en el Uruguay, son, entre otros, nombres que conmemoran la desdichada suerte de los pueblos condenados á pasar una vida anémica, sin amplitud ni progresos posibles, cuando las pasiones son el motor de los sucesos, la tea de los partidos y de la discordia y la rémora á todo movimiento concentrativo de fuerza y de vigor.

Aunque desgraciadamente en su aspecto general esta mala simiente de las luchas primitivas no acaba de desarraigarse, hay que confesar que en los Estados mejor constituídos se hacen poderosos esfuerzos por extirparlas de todo punto, y establecer en vínculos de inteligencia y de concordia aquella esta-

bilidad que sólo puede robustecer los poderes que se representan. Guatemala, en el centro, nos ha dado un palpable ejemplo de esta salvadora disposición. El luctuoso acontecimiento que ocasionó la muerte violenta del Presidente de la República, General D. José María Reina Barrios, transfirió interinamente, por ministerio de la ley, el encargo de sostener el orden público y representar los derechos en la soberanía al Doctor D. Manuel Estrada Cabrera. El voto público le ha conferido posteriormente y por el período constitucional, aquel poder, y habiendo sido este voto la expresión de las diversas agrupaciones políticas en que está dividida la opinión, este tácito pacto de común concordia, casi augura más elocuentemente la seguridad de un nuevo período reparador, de tolerancia, libertad y progreso, que las mismas prendas personales que adornan al nuevo Presidente, y que son otra garantía para los beneficios de una larga situación pacífica y normal.

En Centro América, estos ejemplos son del mayor interés, tanto por el valladar que oponen á los atisbos de las invasiones absorbentes que amenazan aquellas pequeñas Repúblicas cuanto porque indudablemente serán un activo aliciente para inclinarlas á aquella unión que, iniciada por Nicaragua, el Salvador y Honduras, puede llegar á constituir las en un poder defensivo de grande consideración. Los nuevos *Estados Unidos del Centro América*, ya constituídos desde el 27 de Agosto último, con la firma de su Código institucional por la Asamblea Constituyente de Managua, en los momentos en que se publican estas líneas se disponen á ejercer por vez primera, como Estado confederado, esta función política culminante. El décimo decreto de la Asamblea, expedido el mismo día de la promulgación de su nuevo Código, convocó á los pueblos de los tres Estados para que el primer domingo de Diciembre procedieran á elegir el Presidente de la República, 14 Diputados propietarios y 14 suplentes por cada uno de los tres Estados, y cuatro propietarios y cuatro suplentes por el distrito federal. Y aunque el telégrafo de Hamburgo nos no-

tició, con fecha de 17 del actual, que una revolución estallada en el Salvador tal vez dificultaría el cumplimiento del mandato de la Asamblea, no es de temer un retroceso de pensamiento ni de conducta en una de las partes que hasta aquí habían con más empeño sustentado la obra seguida con impertérrita perseverancia en los cincuenta y nueve años transcurridos desde la ruptura del pacto federal hasta el de Amapala de 20 de Junio de 1895, y á la que habían consagrado su vida ó sus afanes hombres tan ilustres como Morazan, Cabañas, el general Barrios, Máximo Jery y otros patriotas dignos de todo encomio.

* * *

Donde se encuentra en todo su auge la nota de estos movimientos de concordia, que son la base de los demás destinos reconstructivos de los nuevos pueblos de América, es en la Argentina, en la que el 12 de Octubre último acabó el mandato imperativo del Presidente Uriburu y comenzó el segundo período constitucional con que al frente de aquel floreciente Estado ha venido por segunda vez á ocupar la Presidencia de la República el general Julio Argentino Roca. Al verificarse las ostentosas ceremonias de la transmisión del poder constitucional, hasta los adversarios del general Roca no han podido menos de confesarlo: «Viene—han dicho y escrito en todos sus periódicos—con la aquiescencia de todos. No encuentra enemigos; no encuentra rivales. La conducta de moderación que ha contribuído á salvar á su antecesor tantas situaciones difíciles en el orden interior y en el orden internacional, ha arrancado de nuestras manos todas las armas del combate. Si cumple sus promesas; si satisface las esperanzas que en él cifra el pueblo argentino, alcanzará unir y condensar en un solo foco de interés nacional, alrededor de su persona, el sentimiento entero de la nación.»

Así se expresa el general Mitre, esa figura legendaria de

la política, de las armas y de las letras argentinas contemporáneas. Así habla Pellegrini, una de las mayores inteligencias que hoy ilustran á aquella floreciente sociedad.

Aunque Roca asciende al poder supremo en medio de este concierto benévolo de voluntades, y aunque, al parecer, encuentra ó transigidos ó aplazados ó resueltos los mayores problemas que han acibarado los últimos años de la administración Uriburu, puede decirse, con toda lealtad, que todos los encuentra vivos, que todos están en pie. En la cuestión internacional, los convenios últimos de Santiago de Chile, aun con la apelación al alto arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra, no son más que una tregua. Será un problema resuelto, ó al menos en vías de una próxima solución definitiva, el día que de Estado á Estado se resuelva de una manera conciliadora la cuestión de la Puna del Atacama, que él se ha apresurado á llamar á sí, aun hiriendo la susceptibilidad del Ministro doctor Piñero, obligándole á dimitir; y cuando resuelta de Estado á Estado, y sin intermediarios, aunque de ellos se hable, la cuestión de la Puna, cuando los mismos puntos de divergencia en el extenso trazado de la línea de demarcación de la frontera andina, lejos de exponerse á los trámites indefinidos y á los gastos onerosísimos del arbitraje acordado, se halle medio de resolverlos entre sí, ya disputando, ya concediendo, ya procurando las recíprocas compensaciones de la amistad, ya, por último, haciendo los esfuerzos necesarios para lograr que se realice aquella aproximación chilenoargentina, que tiene el prestigio y la leyenda de un verdadero *sueño americano*, capaz de llenar todos los corazones de los dos grandes pueblos limítrofes, y sólo inabordable á la medrosa meticulosidad de los estadistas mediocres y de los intereses egoístas, entonces será cuando el problema internacional podrá darse por verdaderamente resuelto.

El programa del General Roca á su segundo advenimiento á la Presidencia de la República Argentina, se limita en sus públicas manifestaciones en calorosas protestas pacíficas res-

pecto á la política exterior y en planes reconstructivos financieros y proyectos de grandes mejoras en el orden de los intereses generales del país. Pero estos son los lugares comunes de esta clase de declaraciones y de estos actos solemnes, que sólo velan los pensamientos directivos que no se arrojan temerariamente al pasto de la publicidad. Ciertamente que el aumento de los Ministerios civiles y la elección de las personas que han de organizarlos y dirigirlos, son una prueba ostensible de que la política del General Roca, en lo que al orden interior atañe, parece dispuesta á dilatarse en la especulación de grandes y fértiles iniciativas, para proseguir sin término ni descanso el camino de adelantos que ya coloca á la República del Plata en los horizontes de los pueblos modernos más aventajados; pero la división en dos del Ministerio que antes tenía á su cargo, así la administración de la Guerra como la de la Marina, ya deja traslucir una orientación especial que tiene un muy elocuente significado.

En cuanto al ejército de tierra, la organización que se ha dado últimamente á la numerosa Guardia Nacional, responde al propósito de tener siempre en disposición de ponerse sobre pie de guerra, un ejército mayor de 300.000 hombres en efectivo, dotado de armamento moderno y adiestrado sin cesar en todos los ejercicios de la gimnasia, de la esgrima, del tiro, de las jornadas de resistencia y de todos los principios virtuales en que se apoyan los adelantos tácticos de la estrategia militar. Las legiones extranjeras formadas cuando el país estuvo amenazado por Chile con la guerra, ni se han disuelto ni llevan trazas de disolverse; y el ejército regular, aunque poco numeroso, conserva sus unidades tácticas para todas las exigencias del acaso, sus cuadros completos y, sobre todo, sus institutos facultativos, que son hoy el alma de las instituciones armadas.

El nombramiento del comodoro Rivadavia para el nuevo Ministerio de Marina, responde á otro pensamiento de superior previsión. Desde que se habló de arbitrajes, y del de la

Reina Victoria de Inglaterra para los puntos inciertos de la línea de la frontera y del Ministro de los Estados Unidos Buchanan para la Puna de Atacama, los periódicos de Londres y de Washington, como movidos por un mismo resorte, han declamado al unísono sobre la necesidad de que así Chile como la Argentina, para aligerar las cargas que pesan sobre sus respectivos tesoros, se deshagan de las poderosas escuadras que han formado en los últimos años con barcos de los últimos modelos y armamentos, y que les constituye en dos poderes navales de gran cuantía, en el estado en que se encuentran los problemas universales de la política internacional. De que la Argentina no está dispuesta á oír estos cantos de sirena, es demostración convincente el hecho de la creación de un Ministerio de Marina, cuyo único objeto no puede ser otro que la conservación, reparación y aumento del precioso material flotante ya acumulado y el perfeccionamiento de una institución, que siendo realmente nueva en la Argentina, será en lo sucesivo el instrumento decisivo de todas sus empresas.

La opinión en Buenos Aires há estado de todo punto conforme con su nuevo supremo magistrado en la creación de este Ministerio y hasta en la designación del benemérito oficial á quien su despacho se ha confiado.

La opinión en Buenos Aires quiere paz, quiere orden, quiere buena administración y economía; pero las aspiraciones á estos justos beneficios no son incompatibles con el sostenimiento de las fuerzas que han de dar al poder que la dirige el apoyo de su autoridad y de su prestigio, y en Buenos Aires no hay quien ignore que las fuerzas navales de la nación, tal como están ya constituídas, son un valor de gran precio en la Bolsa donde se cotiza la influencia material de las naciones.

*
* *

Pero este sentimiento, que hasta por instinto de conservación se apodera de todos los espíritus en la Argentina al

inaugurar su presidencia el general Roca, no es tan benigno en otras partes, donde la actitud del nuevo Presidente respecto á la conservación, aumento y mejora de las instituciones armadas no se ha visto con buenos ojos. Como para castigar las ocultas intenciones y las claras arrogancias del general Roca, al aproximarse la investidura presidencial del nuevo electo del Brasil, Sr. Campos Salles, que el 15 de Noviembre último ha recibido de manos de su antecesor el Presidente de Moraes las insignias de la suprema magistratura, se trató de dar una gran importancia á este hecho, para que su resonancia apagase los ecos de la exaltación del General argentino. En efecto, el 15 de Noviembre han anclado en las aguas de Río de Janeiro los buques de varias naciones amigas para festejar la solemnidad política de este día. En estos buques estaban representados los Estados Unidos, Inglaterra, Portugal, Italia y Chile. A estas escuadras se les ha agasajado con espléndidas fiestas oficiales. Un buque francés también había: el que ha conducido al Brasil la misión encargada de examinar sobre el terreno las divergencias que existen entre Francia y el Brasil acerca de los territorios disputados del Amapá. Después de todo, el Brasil es pequeño enemigo: inmensa extensión de un territorio inhabitado, sólo guarda las espaldas de un pueblo cuyo clima y condiciones de raza son obstáculos demasiado serios para alimentar aspiraciones de un engrandecimiento real y duradero.

*
* *

La renovación de poderes, en estos momentos constituye la preocupación suprema de otras tres Repúblicas hispanoamericanas. El Paraguay, donde ya se han verificado las nuevas elecciones; el Uruguay, donde la preparación de la función electoral de Senadores tiene los caracteres de un parto muy laborioso, y el Perú, donde el Presidente Nicolás Piérola aspira á una inteligencia entre los partidos rivales.

En la ciudad de Asunción del Paraguay, la elección presidencial se verificó el miércoles 12 de Octubre, reunidos en asamblea los senadores y diputados. Aprobadas las actas, fueron proclamados respectivamente Presidente D. Emilio Aceval, y Vicepresidente D. Héctor Carvallo. El electo Presidente ejercía hasta aquel momento, en que lo dimitió, el cargo de Ministro de la Guerra del Gobierno del Presidente Egúsqüiza. La elección de Aceval resultó unánime. Con la publicación de la elección verificada se dió el nombre de los nuevos Ministros que constituirían su primer Gabinete, en cuya candidatura la cartera de las Relaciones Extranjeras se adjudicaba al Ministro actual D. José S. Decourt, la de Hacienda á D. José Urdapilleta, la del Interior á D. Guillermo de los Ríos, la de Guerra y Marina al Coronel Manuel A. Mariel, y la de Justicia, Cultos é Instrucción pública al Dr. Benjamín Aceval, rector de la Universidad nacional y hermano del nuevo Presidente.

La opinión había recibido muy bien todas estas designaciones; pero el 1.º de Noviembre, en el acto en que el Presidente electo Aceval asistía á la inauguración de un Asilo de mendicidad, fue agredido por el doctor Federico Cudas, miembro del Consejo Supremo, el cual le disparó un tiro de revólver, atravesándole el pulmón derecho. Aunque la herida era tan grave y en los primeros días no había esperanza de salvarle, afortunadamente se ha prestado á una laboriosa curación, y las últimas noticias inspiraban confianza en que ésta se lograría. El atentado brutal causó una emoción profunda en toda la República, y fue preciso contener al pueblo para evitar que *lynchase* al agresor.

En el Uruguay, la lucha entre blancos y colorados es tan enconada, que no amanece día sin que se espere el estallido de una revolución de parte de los colectivistas. El Presidente interino, Cuestas, resiste el empuje de sus adversarios con un valor sereno, que basta á deshacer todas sus tramas. El Senado ha quedado constituido por 11 colorados, 6 nacionalistas y

2 constitucionalistas. Con esta fuerza, la de la administración que está en su mano y las riendas del ejército, que él mismo lleva, presume poder llegar al éxito definitivo. Pero es lícito desconfiar de soluciones que sólo engendra la fuerza, y por la fuerza se sostienen.

En el Perú, el Presidente Piérola ha obrado con otra energía y con otra habilidad. Aniquilada en su germen la montañera que le levantaron los partidarios del general Cáceres, todo el ascendiente conquistado con los resultados de su Gobierno reparador y pacífico, lo ha empleado á fin de lograr que su sucesión en la Presidencia, lejos de ser motivo de nuevas perturbaciones que agiten el país, venga á constituir en la cabeza de su sucesor un pacto de reconciliación y de conciliación y de concordia entre los partidos que hasta aquí más acérrimamente se habían hostilizado. La reunión de la Asamblea demócrata, por él provocada, y á que asistieron todos los miembros del Comité central directivo y delegados de toda la República, fue ya un gran paso preparatorio para el logro de su deseo. Por otra parte recurrió al partido civil, y aunque de uno y otro lado hubo opiniones contrarias á la convención, al fin los demócratas votaron sin inteligencia con los civilistas por 59 votos contra 25. Hízose después la designación de candidatos para la presidencia y la vicepresidencia, y en esta elección previa, sin carácter oficial, se votó para presidente á D. Guillermo Billinghurst por 30 votos contra uno para don Modesto Basarre, y para vicepresidente á D. Ricardo L. Flórez, por 89 votos contra uno, que obtuvo D. Juan M. Echenique y otro D. Emilio Luna.

D. Guillermo Billinghurst, que es actualmente Vicepresidente de la República, goza ahora el justo prestigio que le da el haber sido en Santiago de Chile el negociador del Protocolo de su nombre sobre la devolución de los territorios cautivos de Tacna y Arica al Perú; y aunque últimamente en Chile han surgido nuevas é inesperadas dificultades para el cumplimiento de este pacto internacional por medio del plebiscito,

así el actual Presidente Piérola como la opinión sana en Lima, créese que bajo la presidencia de Bullinghurst acabarán de resolverse satisfactoriamente todas estas enojosas cuestiones.

*
* *

El movimiento hacia las nuevas federaciones hispano-americanas prosigue todo su camino. Los periódicos de Méjico, con el título de *Un sueño patriótico*, reproducen las cláusulas del Mensaje del Presidente Eloy Alfaro á las Cámaras del Ecuador, relativas á esta concentración de nacionalidades. Los del Perú lo reproducen íntegro. La prensa de Colombia no deja de batir sobre el tema de la *Union iberoamericana*. *El Chileno*, de Santiago, reproduce ó escribe sendos editoriales sobre *el sueño americano* de la aproximación chilenoargentina. Y el libro de D. Ernesto Quesada, publicado recientemente en Buenos Aires con el título de *La política argentina respecto á Chile*, puede considerarse como otro cable de recíproca atracción, enmedio de su espíritu crítico punzante, respecto á la rival y vecina de la República del Plata.

Realmente este libro exige una exposición más detenida de su texto y de su espíritu. Será uno de los próximos trabajos de nuestra periódica tarea.

I. O. B.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Graves é intrincados problemas políticos en todo el mundo. — El cinismo de nuestro perseguidor Chamberlain. — Sus apostasías. — Sus ambiciones coloniales. — Su invitación á los yankees para que tomen todas las colonias españolas. — Discurso de Salisbury. — Obstáculos y dificultades que le han opuesto las calaveradas de Chamberlain. — Contrasentidos é incongruencias del fin de siglo. — Cuestiones tratadas por Salisbury. — La represión internacional de los anarquistas. — La libertad de Creta. — El abandono por los franceses de Fashoda. — El desarme propuesto por Nicolás II. — El protectorado inglés sobre las tierras del Nilo. — Abisinia. — Ferrocarril transiberiano. — Temores de guerra. — Observaciones. — Conclusión.

I

Pocas veces el horizonte político se ha visto, como ahora, tan cargado de nubes, y nubes tempestuosas, por cuyos hondos y obscurísimos senos, semejantes á cordilleras de vapores henchidas con intensa electricidad, culebrean, cual fantásticas serpientes de fuego, los relámpagos y las fulminaciones de una inmediata guerra. El precipitado regreso de Guillermo II á su capital, movido al reclamo de los tremendos problemas que surgieran en su breve ausencia; los desengaños del Sultán, constreñido por la diplomacia europea unánime á evacuar Creta y consentir allí el gobierno de un Príncipe griego; las manifestaciones, más ó menos reprimidas, en Tierra Santa, de plañideros armenios, requiriendo á la civilización para

que les preste apoyo contra los rencores y venganzas de la barbarie ismaelita; las encrespadas agitaciones de Macedonia y Bulgaria creídas de que van á echarse otra vez dados nuevos y nuevas suertes sobre sus respectivos territorios; el agudo malestar de Austria, disolviéndose por descomposición interior en diversas nacionalidades, muy difíciles de cristalizar, quienes jamás pueden ni á tribus llegar, como les sucedió á las gentes de los antiguos tiempos; el término y conclusión del ferrocarril transiberiano, cuyos hierros ponen como una espina dorsal nueva hoy al planeta, pues acercan la titánica Rusia con temible proximidad, al ingreso boreal en China é India; el intrincado litigio promovido á Francia por Inglaterra, empeñada en ahuyentar toda emulación y todo émulo en la inmensa línea extendida desde la Colonia del Cabo hasta la desembocadura del Nilo; el recelo universal apoderado de cuantos se interesan por la raza española en América, viendo las huestes de tiburones, sobrecitados por triunfar, piráticos inverosímiles é increíbles, que amenazan y persiguen las naves de sus Estados, husmeando carne fresca y sangre caliente para su voraz y enorme nutrición; las palabras de Salisbury declarando decadentes á los pueblos inermes cuyos territorios codicia; las maniobras europeas poniendo al Imperio chino en trance de muerte; la inteligencia entre los sajones del mundo para dominar el Océano y repartirse la tierra; los procedimientos crueles del ensoberbecido yankee con España rota, inspiran un terror al siglo décimonono expirante, amenazado por la guerra intercontinental, como el terror que inspiró á los pueblos cristianos en el siglo décimo expirante la milenaria creencia y certidumbre de hallarse inminente y próximo el Juicio Final.

II

Yo no conozco en la Historia cinismo semejante al cinismo de Chamberlain. Después de haber toda la vida pertenecido á

la escuela radical, se convierte sin escrúpulo de conciencia ni empacho de estómago en tory, cesarista y reaccionario, como si Jox se hubiera convertido al criterio de Pitt respecto á la revolución francesa; como si O'Connell se hubiera convertido á las intolerancias anglicanas de cualquier Lord chapado á lo Enrique VIII en materia de cuestiones eclesiásticas; como si el gran Gladstone, aquel orador dulcísimo de la paz y de la libertad, se hubiera convertido al imperialismo de Disraeli, el demente judío cesáreo, y aherrojara los irlandeses como los aherrojó Cronwell en vez de redimirlos, y se fuera por esos mares buscando la conquista, no el cambiò, é hiciera de su patria, en vez del instrumento de trabajo, industria, comercio, con que soñara su progresiva escuela, un instrumento de guerra, de saco, de incendios, de matanza y exterminio, como quieren todos los espumadores del mar, todos los piratas del planeta. Parecía natural y lógico llevarse un hombre, como Chamberlain, tribuno de la plebe, radical de abolengo, socialista de doctrina, cualquier expansión mayor á la vieja libertad británica, cualquier asomo de paz á los odios internacionales, cualquier remedio de verdad al malestar social. Nada de esto: sus proyectos socialistas, exagerados y embusteros, no han llegado á madurez, porque pedían un gravamen de mil millones de francos sobre los presupuestos británicos, exproliando á las clases pudientes abrumadas por una reglamentación imperial de sus industrias, y no aliviando con el menor alivio á las clases trabajadoras, engañadas por un apostolado de su oposición, que se ha desvanecido como los mirajes y espejismos del desierto, en un verdadero desencanto, así que ha querido formularlo en leyes reales y aplicarlo en mejoras tangibles desde su maltrecho y desvencijado Ministerio. Por manera que la clase popular, tan esperanzada con el advenimiento de su tribuno al poder, lo ha visto muy solícito en procurar grandes plazas y altos destinos á su familia, como si quisiera el plebeyo demagogo fundar una dinastía de su apellido; y muy poco cuidadoso de cumplir sus obligaciones para

con la gran clientela popular, cuyos votos lo han levantado á la sede altísima de su Cámara, y desde su Cámara también á las alturas del Gobierno.

III

Pero, en lo que Chamberlain jamás tuvo igual, fue, sin duda, en achaque de ambiciones coloniales y de conquistas enormes, con menosprecio absoluto del derecho humano y de la divina moral. No parece un estadista de nuestra edad; parece un merodeador de los siglos en que, desconocida la libertad y la seguridad de los mares, cada buque, puesto bajo su pabellón propio, luchaba con el buque puesto bajo otro pabellón rival, tratándose implacables, si llegaban á encontrarse sobre la superficie del agua, como en su fondo se tratan los peces enemigos, excitados por su insaciable común voracidad. Él ha excitado á los japoneses contra los chinos y á los chinos contra los japoneses, en guerra perdurable, según sus provechos y medros egoístas, no decidiéndose por ninguno y azuzándolos entre sí con la imbécil crueldad con que presencia un tagalo cualquiera las riñas de gallos y se divierte con sus mutuas heridas y sus mutuos destrozos; él ha movido las criminales ambiciones del filibustero conocido bajo el mote de Napoleón del Cabo, y derramado la guerra en los pacíficos territorios de la República del Transvaal; él ha empujado á Portugal hacia el enmarañadísimo negocio del ferrocarril de Delagoa, para que Portugal, por unos cuantos millones, bien problemáticos, que dicen debe, pierda tal puerto y además todo Mozambique, repartidos entre Inglaterra y Alemania; él ha echado plomo derretido sobre las llagas de Corea, buscando en su crueldad neroniana una guerra con Rusia, siquier fuese un desquiciamiento de la tierra; él quiere una eterna tutela sajona sobre Egipto; él ha estado detrás de los exterminadores yankees en sus piraterías de Oriente y Occidente,

convidándoles en públicos discursos, Ministro de una potencia, la cual se llama todavía hoy amiga [nuestra, para que se quede con las Antillas pequeñas y grandes, así como con el archipiélago filipino, repartiéndose entre ingleses de aquende é ingleses de allende, de común acuerdo, el mar, y calándose por montera el cielo.

IV

Su postrer hazaña en América contra nosotros, que acabo de mencionar, y sobre la cual deseo insistir, no encuentra en lengua ninguna el calificativo de reprobación que merece, apropiado á su enormidad. Estaba la política internacional de los Estados Unidos pendiente de las conferencias entabladas entre americanos y españoles en París; estaba la política nacional pendiente de las elecciones que debían dar en la Comisión la razón, ó bien á los devotos de la paz ó bien á los devotos de la conquista. Y Chamberlain escoge momento tan grave para presentarse ante los americanos, y decidióse, con todo descaro y desvergüenza en las cuestiones internacionales, por el despojo de nuestra patria del imperio colonial, mucho más suyo por derecho histórico que pueda ser el dominio inglés en cualquier parte de nuestro globo; y en la política nacional por los guerreros y por los conquistadores contra los pacíficos. ¿Qué seriedad británica es esta? ¿Cómo han tolerado sus compañeros de Gabinete al Ministro de las Colonias ese insulto á la humanidad entera y ese atropello á las leyes del derecho y de la moralidad humanas? Si lo que acaba de hacer ese piojo resucitado que se llama Chamberlain, allá en América, lo hubiera hecho un Nicolás I en Rusia ó un Napoleón III en Francia, el mundo se les viniera encima, y protestas innumerables les amenazaran á una con universal rompimiento. Pero en el pecado lleva la penitencia. Sin los desplantes y calaveradas de Chamberlain y sin los atrevimientos de su polí-

tica brutal, el último discurso de Salisbury no encontrara la triste acogida que ha encontrado en la conciencia y en la opinión europeas, sublevadas hoy contra Inglaterra en profundísima indignación unánime. Inútilmente se ha holgado Salisbury con el servicio hecho al orbe aplazando, si no impidiendo, la guerra intercontinental; inútilmente ha con insistencia loado el mucho seso y el claro sentido mostrados por Francia en la retirada de Fashoda; inútilmente ha, con grandes reservas diplomáticas y veladas alusiones, deslizado algún recelo por la presencia de los americanos en Asia y en Europa; inútilmente se ha regodeado con la prolija demostración del desarme seguido al armamento, decretado el día en que se temió un conflicto anglo-francés; inútilmente ha burlado el escollo de la tutela egipcia, eludiéndola con habilidad adrede y dejándola para otros más propicios tiempos: todo el mundo europeo ha creído el tal discurso una declaración de guerra y ha pronunciado la palabra bloqueo continental: que también hallan así Waterloo marítimo los filibusteros y los piratas.

V

No hubo en esta primer quincena de Noviembre acontecimiento comparable al discurso de Salisbury, pronunciado en el Ayuntamiento de Londres, donde todos los años, tras la procesión anacróstica del Lord Corregidor, parecida de suyo á las procesiones carnavalescas del Buey gordo, el primer Ministro inglés, efectivo jefe de aquella Monarquía republicana donde la realeza queda reducida con grande acuerdo á simple ornato artístico y á mero símbolo histórico, dice, con la seguridad que presta un poder nacido de la voluntad nacional, cómo piensa dirigir aquella nave del Estado británico, la cual tiene como timón y cetro el tridente de Neptuno por las aguas del Océano inmenso y proceloso, en que sus innumerables dominios se levantan, presentándole tributos de copiosos

provechos y honores, pero también dificultades y obstáculos de sumo peligro para su continua navegación y su dilatado comercio. Yo he leído este discurso con todo el cuidado y atención debidos á los hechos y á las palabras de influjo incontrastable sobre la humanidad, y me ha olido á pólvora sin humo y á explosivos cargados de dinamita, cuando de Inglaterra, por los timbres forjados para ella por su trabajo y su libertad, estábamos en el de prometernos palabras y actos, cooperadores al progreso evolutivo continuo y á la indispensable paz universal. Pero se dicen tales contrasentidos, y se cometen tantas incongruencias por pueblos y Gobiernos en este fin de siglo, que los espíritus serenos han menester mucha reflexión y aplomo para no desvariar, creyendo que, ó ellos se han vuelto locos, ó han entrado las naciones todas en una casa de orates. Miente quien diga hogaño haber adivinado antaño la transformación del pueblo americano, tan pacífico y trabajador, en pueblo de guerra y de combate, retrocediendo desde los horizontes últimos del ideal, donde lo enaltecía la confianza de los libres, á la barbarie y al despotismo de los imperios asiáticos gobernados por Nabucodonosor y Sardanápalo; miente quien diga hogaño haber adivinado antaño que todo un César del Sacro Romano Imperio se trocaría en paje del Sultán de Constantinopla durante las incidencias del conflicto entre Francia y Turquía, llevando del ramal humildemente la yegua del Sultán, cuyas crines, como las crines de aquella horrible yegua del Apocalipsis, vista por San Juan desde Patmos, destilan rojos hilos de humana sangre; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que correría gran peligro la República francesa por haber en su seno surgido una facción poderosa, empeñada en que los Consejos de guerra son infalibles y exterminables los judíos de Francia, como si aún perduraran los milenarios odios medioevales; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que mientras el Czar de Rusia, el mayor déspota hoy en la cristiandad existente, propondría el desarme á favor de la paz, el primer Ministro de Inglate-

rra, libre, parlamentaria, trabajadora, mercantil, industrial, faro del progreso, áncora del derecho, sólo hablaría de armamentos y escuadras, con ánimo de matar los pueblos chicos y engordar á los grandes en protervos déspotas.

VI

Se niega mucho la teoría de los hombres representativos, y á cada paso en el espacio y á cada minuto en el tiempo se conforma y se robustece por un ejemplo innegable, vivo y real. Como en todo lo del mundo se mezcla en las apariciones varias de los hombres representativos el bien al mal, nosotros les hemos visto representando, como los ángeles buenos, el progreso, y les hemos visto representando, como los ángeles malos, el infierno de la reacción, cuyos carbones alimentan y nutren toda tiranía. Por su índole y su naturaleza, los hombres representativos de altos ideales, ya en buen sentido, ya en mal sentido, despiertan, al presentarse sobre los escenarios de la historia, ese instinto de imitación al cual no pueden sustraerse los ánimos y los espíritus vulgares. Todo gran pensador funda una escuela; todo gran taumaturgo una religión; todo gran poeta un Parnaso; todo gran orador un estilo; todo gran estadista un Estado, por los cuales se rigen luego los filósofos, los dogmatizantes, los poetas, los oradores, los estadistas medianos, vulgares, de segundo y tercer orden. ¿Quién puede dudar que Gladstone ó Cavour fueron, en sus respectivos ministerios sociales, hombres representativos del ideal de progreso, que guarda, como los rayos del sol, matices varios y hermosos? Cavour hizo Italia en el centro de nuestra Europa; Gladstone, allá por Oriente, hizo Bulgaria, rompiendo cadenas que abrumaban y extendiendo derechos que dignifican á toda la humanidad. Pues bien; Gladstone y Cavour, ejemplos tangibles, representan la emancipación de los oprimidos. Bismarck, hombre representativo por excelencia, re-

presenta la desmembración y la conquista de los pueblos, así como la servidumbre y el envilecimiento de los libres. No afirmaré yo que sostuviera Bismarck el bárbaro principio de la superioridad sobre el derecho de la fuerza; pero sí afirmaré que lo practicó toda la vida en bárbaras conquistas. Los territorios arrancados en el Este á Dinamarca y los territorios arrancados en el Oeste á Francia, no me dejarán mentir. Pues bien; Bismarck, lo mismo que todos sus congéneres históricos, lo mismo que todos cuantos hombres representativos hubiera en el mundo, suscitan el espíritu de imitación. Y como un imitador suyo apareció Disraeli al proclamar el imperialismo inglés; y como un imitador suyo aparece Salisbury, al anunciarnos que este imperialismo, fundado por su romántico antecesor, piensa entrar á sangre y fuego por todas partes, fortaleciéndose de un modo inexpugnable, y hasta los dientes armándose en su trágico y horroroso furor.

VII

Y no debemos extrañarnos de que los estadistas caigan en esta imitación simia de los hombres representativos, cuando caen las democracias que más se ufanaban de su libertad, de su ciencia, de su trabajo en el mundo. Quien ha visto en Tarmelanes de Persia trocados los herederos de Ivankyl, de nada puede maravillarse ya en este mundo. Así, cuanta mayor sabiduría sociológica poseais, menos comprenderéis el cambio de los americanos en conquistadores. Las ciencias naturales describirán lo mismo al castor de Plinio que al castor de Darwin, como un animal pacífico, trabajador, industrioso. Pero imaginaos que un día vais con los estudios del naturalista metidos dentro del cacumen á ver castores, y en vez de pacíficos los encontrarais carniceros; en vez de dados á construir sus albergues, los encontrarais dados á exterminar sus vecinos; en vez de indefensos, dotados de garras felinas como el tigre y

de dientes machacadores como la hiena; ¿comprenderéis ese cambio? Pues menos comprensible aparece á mis ojos la traición que acaban los americanos de cometer á su propia naturaleza y á su propia historia. Mucha fuerza los hombres representativos mandan, y no mandan menos las teorías filosóficas. En el ciclo de la Metafísica no están los progresos tan sistematizados por una serie continua y sin soluciones de continuidad como en las aplicaciones prácticas del progreso científico. La máquina de vapor y la máquina de electricidad se perfeccionan cada día más, ambas sujetas á un progreso nunca interrumpido. La máquina de prensar no está, con seguridad, tan bien montada como la caldera de locomoción y movimientos como la pila de Volta, siquier una y otra del cerebro hayan salido. Pero el cerebro, motor de todas las ideas y padre de todas las ciencias, se halla sujeto á grandes retrocesos y á muchos desvaríos. ¿No fue retroceso, y retroceso bien deplorable, allá en Grecia, el epicureismo que vació el alto cielo de dioses y llenó el corazón humano de corrupciones? Pues retroceso, y retroceso terrible, ha resultado en lo moral y en lo político, esa teoría materialista y atea que hoy reina en las ciencias. Desconociendo arriba el motor inmóvil que todo lo impulsa, y desconociendo abajo las finalidades universales que todo lo explican, se ha revelado esta desconsoladora doctrina lo mismo contra la Religión que contra la Metafísica, y después de haber apagado la idea divina en el Universo y arrancado al cuerpo humano el espíritu, nos ha dicho que formamos todos con los animales, de quienes descendemos, teniendo por capital destino pelear en batallas inacabables por la vida, para dar la corona del triunfo y la dirección del Estado al más poderoso por su fuerza. Explícase ahora el discurso de Salisbury.

VIII

Examinado en su totalidad el discurso de Salisbury, examinémoslo en la serie de los principales asuntos por él trata-

dos, asuntos que resumen todos los problemas surgidos hoy en la política terrestre. Así el Primero, como llaman los ingleses al Presidente del Consejo, trató la cuestión de las restricciones que deben llevarse á las libertades fundamentales de cada pueblo para precaverse del furor anarquista, nuevamente mostrado en el infame asesinato de la Emperatriz Isabel, tan odioso como los asesinatos de Carnot y de Cánovas; trató la cuestión de Creta, medio resuelta ya por el llamamiento del Gobernador y de los ejércitos turcos y por la designación del Príncipe Jorge al gobierno de la gran isla, puesta bajo la supremacía honoraria y la nominal tutela del Sultán de Constantinopla; trató la cuestión de Fashoda, notificando su buen término y encareciendo el cuerdo sentido mostrado por Francia en este intrincadísimo litigio; trató la cuestión del desarme, propuesto por un glorioso acuerdo del Czar moscovita, é impuesto, si no como una solución próxima é inmediata, como un asunto digno de ser tratado con atención y calma en los altos consejos de la diplomacia europea; trató, por último, la cuestión magna del protectorado inglés sobre las tierras egipcias, deduciendo de cada cuestión así los temores que pueden abrigarse de guerra, como las seguridades que pueden prometerse los pueblos de paz con acentos sinceros de una sencilla y natural elocuencia. En la cuestión del freno deseable para impedir los crímenes anarquistas, yo participo del sentir y el pensar de Salisbury. Muy terribles los asesinatos cometidos por esos locos, á quienes embarga la monomanía del asesinato y del exterminio, pero no hay medio de tomar sobre tal desgracia medidas eficaces internacionales, sin disminuir la independencia interior de cada pueblo y sin mermar de alguna manera los derechos fundamentales humanos contenidos en todas las Constituciones y las libertades necesarias á todos los progresos. Paréceme un sueño, mejor dicho, un verdadero ensueño, inspirado por terrores pasajeros, ese gran deseo manifestado por Italia, sin más razón que haber nacido los más célebres homicidas políticos en su tierra, el convenir en una

policía internacional, en un Jurado internacional, en una legislación internacional contra los anarquistas, de muy problemáticos resultados todo ello, y de una restricción á la interior autonomía y á la libertad humana de cada pueblo, que no puede intentarse sin desdoro del continente y sin peligro de una perturbación irremediable.

IX

Y si abundo en su pensar y sentir respecto de la proposición italiana, para castigar al anarquismo y á los anarquistas, abundo en su sentir y en su pensar respecto de la cuestión cretense, que tanto tiempo ha exacerbado una increíble timidez internacional y que ha debido resolverse de contiguo y se ha resuelto ahora en pro y beneficio de toda la cristiandad. No podrá, no, hallarse mal contenta la vencida Grecia, quien recoge, tras su derrota, la isla de Minos, en lo cual se parece á Italia, recogiendo, tras los desastres de Suiza y de Custoza, el bellissimo florón de su poética Venecia. Los turcos llegaron á someter Tesalia y á profanar los desfiladeros de las Termópilas, renovando en los llanos de Fassalia, tan funestos á la libertad romana, un desastre de la independendencia y de la libertad helenas, que ha llorado con lágrimas amargas toda la civilización cristiana. Pero, vencida y rota, su derecho se ha impuesto por la virtud mágica de su nombre y por el recuerdo histórico de su genio. Innumerables obstáculos habrán de suscitar al gobierno de la isla por sí misma las fatalidades geográficas é históricas, tan difíciles de contrastar y de vencer; innumerables restos de guerra civil y religiosa deben quedar allí, donde griegos y turcos mascan todavía el cartucho en sus maldicientes bocas y muestran todavía las manos ennegrecidas con la pólvora quemada por los unos contra los otros; con innumerables resistencias tropezará un Gobierno, tan dificultoso y complicado como el Gobierno autonómico, en

tierra todavía extendida bajo la sombra nefasta del fatalismo musulmán; pero todo podrá salvarse hoy si con sinceridad Europa conjura dos graves amenazas: esas anexiones como la de Chipre ó esas discordias como las de Macedonia, peligros externos los unos y peligros internos los otros, los cuales pueden dar al traste con obra tan costosa por los esfuerzos que ha perdido y tan útil á todo el género humano por los benéficos frutos que habrá de dar en lo porvenir, como los dan todos cuantos factores de paz y de libertad haya en la tierra. Mucho nos esperanza la destreza mostrada por el Almirante Canebaro, Ministro italiano de Negocios Extranjeros, en la resolución de este dificultoso problema, cuyo término ha juntado en un haz á Rusia, Inglaterra y Francia, tan desunidas en las demás cuestiones internacionales. Pero como hayan mostrado tantas reservas Austria y Alemania, hurtando el cuerpo á la resolución del problema, no puede participar uno de las ideas optimistas expresadas, al exponer esta cuestión por Salisbury, temiendo surja cualquier conflicto en el período nefasto de guerra y de conquista que desgraciadamente atravesamos y sufrimos.

X

Aquí acaban las concomitancias de mi espíritu con las palabras del Ministro. Me parece bien todo lo dicho sobre las restricciones decretables por una Convención internacional al anarquismo y á los anarquistas; me parece bien el arreglo hecho para resolver los problemas de Creta y la promesa dada formalmente de aplicar á tan hermosa tierra helénica la saludable autonomía; pero todo lo demás que ha pensado y que ha dicho Salisbury, todo me parece muy mal, y lo pongo entre los grandes y terribles deservicios hechos por los déspotas á la libertad universal. Repúgnanme, con repugnancia invencible, las amenazas á Francia, encubiertas por una cortesía

verdaderamente patricia en la forma, pero acerada en el fondo con una maquiavélica perfidia. Revolverse contra unos misioneros de la ciencia que habían inermes ido á llevar la palabra de los franceses del Niger á los franceses del Nilo; apremiar con terribles apremios de guerra la partida del sitio fangoso, donde levantarán estos misioneros su tienda y su bandera; pretender un dominio cartaginés, requerido del mundo con palabras y acciones verdaderamente púnicas, desde las puntas del Cabo hasta las bocas del Nilo, paréceme un exceso de soberbia y una exageración de poder, destinados, como todos los excesos y todas las exageraciones, á dañar mucho el nombre y el influjo de Inglaterra entre todas las gentes y en todos los territorios del orbe. La ley de variedad no puede sin ceguedad patente desconocerse; y la cooperación de los pueblos civilizados al progreso de Africa, debe admitirse por la potencia progresiva, siempre ufana de preferir á la conquista el mercado, y de suplantar los horrores de la guerra con los beneficios del comercio. Una sola dominación establecida desde las tierras del Mediodía en el continente africano, hasta las tierras del Norte, y desde las aguas del Cabo de las Tormentas hasta las aguas del celestial Mediterráneo, debe traer muchos y muy graves daños á la nación que así abusa de su poder y de su fuerza. Lord Salisbury dice que la posesión de Fashoda no valía una gota de sangre francesa, y que ha procedido rectamente Francia despojándose de tan inútil fangal. Pero si no valía la posesión de Fashoda una gota de sangre francesa, tampoco valía una gota de sangre británica la expulsión de los franceses; y al proponerla con amenazas de guerra y al conseguirla con palabras de violencia, bien muestra Inglaterra en verdad haber perdido su naturaleza mercantil, á cuya virtud naciera su grandeza, y tomado esa complexión guerrera y conquistadora, la cual será una verdadera plaga y un verdadero azote para todos los pueblos, y traerá en los tiempos futuros daños gravísimos é irreparables á la misma Inglaterra.

XI

Y si me repugna la violencia con que ha tratado Salisbury la cuestión del Nilo, me repugna más el menosprecio con que ha tratado la cuestión del desarme. Propuesta por un monarca omnipotente como el Czar de Rusia, no podía, sin desdoro del propio nombre y sin peligro del propio pueblo, tratar al proponente como se pudiera en las aulas tratar á cualquier estudiante por un ensayo académico sobre una utopia manifiesta. No ha tratado Salisbury al Czar Nicolás como trató Mefistófeles al estudiante de marras, que le consultaba sobre sus naturales vocaciones y sobre su venidera profesión, pero se ha burlado un tanto de sus optimistas planes. El respeto parece profundo, pero el eco de las palabras respetuosas parece, á la verdad, siniestro. Al oirlo se vienen á las mientes los sabidos coloquios entre Cándido y Pánfilo. Salisbury evoca las dificultades en el Oriente extremo, en China y el Japón, en el Cabo y en el Nilo, en los desiertos nubios, en las aguas del mar indio, en Abisinia, en Tartaria y Mongolia, ya de un modo directo, ya por sabias reticencias, como si quisiera decir al Emperador moscovita que sueña cual un poeta melencólico y delirante cuando propone paz perpetua en estas horas de próximos y fulminantes combates. Vergüenza debía dar á un estadista inglés, si la codicia del apetecido lucro y del engrandecimiento nacionales no le trastornara el seso, viendo cómo un déspota propone medida tan saludable al trabajador y al trabajo cual el desarme y la paz; mientras él, parlamentario, liberal, pretendiendo dirigir por el comercio y por la industria los hombres y la tierra, derrama los maleficios del combate, traicionando su glorioso nombre y su preclara historia. No puede medirse cuánto el Gobierno inglés ha cambiado en este último quinquenio, sobre todo desde que se han ido allí del horizonte sensible las generosas ideas del inmortal Glads-

tone, cuya muerte lloramos hoy sin consuelo todos los amantes del progreso y de la libertad en Europa. Hace bien poco tiempo, América é Inglaterra se habían puesto de acuerdo para servir con sus mutuas fuerzas á la paz perpetua y proponer el arbitraje internacional jurídico á todos los Gobiernos. El beneficioso proyecto se llevó tan adelante, que lo formularon y hasta lo votaron las Cámaras de América, y lo formularon y lo votaron de acuerdo con Inglaterra, que se apercibía y se preparaba también á decretar una ley análoga con las leyes americanas, útiles y beneficiosas á toda la humanidad. ¿Quién hubiera dicho entonces que los partidarios del arbitraje, los americanos, iban á piratear por todos los mares y á espoliar por todos los medios á pueblos soberanos y dueños de sus legítimas posesiones, sin más ley que su capricho y sin más fin ni más objeto que su propio medro, con desprecio de las leyes divinas y humanas, como los más bárbaros guerreros y como los más feroces conquistadores que haya conocido la Historia?

XII

No menos belicoso y batallador que en la cuestión del desarme, se ha mostrado Salisbury en la cuestión del Nilo. Satisfecho con razón de que un general inglés haya librado al Egipto de la Nubia, donde se condensaran casi todas las guerras caídas sobre la monarquía de los antiguos Faraones, pretende haber conseguido con tal victoria, dispersando los mahedies del desierto, profetas y soldados á un mismo tiempo, un dominio sobre todo el espacio libertado, que le daría derecho á declararlo bajo la tutela oficial y solemne, si la propia prudencia no le aconsejase impedir y evitar á todo precio una guerra. Difícil cosa decir con mayor claridad aserto tan peligroso como el aserto de que Inglaterra está resuelta, con resolución inquebrantable, á declarar su protectorado sobre todo

el Egipto, y á mantenerlo, cueste lo que cueste, con sus vencedoras y brillantísimas armas. Yo comprendo sin esfuerzo cuántos peligros amenazan hoy á Inglaterra, lo mismo en la China que en la India, lo mismo en el Cabo de Buena Esperanza que en las tierras de Jamaica, de Honduras, de Trinidad, de Orinoco. Los más feroces guerreros de África, las abisinios, cuyas garras de tigre y cuyas quijadas de león se han mostrado con carnífera furia en los combates mantenidos contra los italianos, amenazan hoy á Inglaterra y las victorias inglesas en el alto Nilo por uno de sus flancos. Toda cuestión política se mueve allá en Oriente, sobre todo en las tierras de África y de Asia, por una cuestión religiosa. Los abisinios, que creen moderna, en comparación de su Iglesia, la Iglesia romana, menosprecian el protestantismo, por demasiado joven y demasiado reciente. Discípulos de Salomón en sus confusas tradiciones; súbditos de la Reina de Saba en sus fantásticas leyendas, creen haber compartido los dogmas bíblicos y la idea del único Dios con los antiguos israelitas y haber llegado al cristianismo antes aún de que viniera Cristo. Su Iglesia y sus dogmas se confunden á una, en el sentimiento abisinio, con la Iglesia y los dogmas del primer apostolado que recogiera la verdad revelada del revelador labio de Cristo. Y así estos dogmas y esta Iglesia se parecen, más que á ninguna otra comunidad cristiana, por muchos puntos de contacto, á la Iglesia oriental, á la Iglesia griega, en cuyos senos aparece como principal Pontífice ó Papa el Czar de Petersburgo. Y con el Czar están, y mandados por el Czar amenazan á Inglaterra en África. Unid á esto, que se han concluído los trabajos del ferrocarril transiveriano, y que, concluidos estos trabajos los cosacos del Don pueden ir en breves días á las puertas del Afghanistan y sonar allí los apocalípticos clarines que llamen las razas indias á la rebelión y á la guerra. No puedo, no, desconocer cómo la Gran Bretaña se halla hoy amenazadísima por poderosos elementos, capaces de generarle insolubles conflictos. Mas no conjurará estos conflictos con sus Ar-

madas, por poderosas que sean, si surgen á su paso las dificultades por ella temidas; sólo podrá conjurarlas con servicios efectivos á la cultura universal, servicios no esperados hoy de quien azuza los exterminadores yankees en sus infames pirateos y retrae la edad de la guerra y de la conquista en todo el universo.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Noviembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Colectivismo agrario en España. (Partes I y II, doctrinas y hechos), por Joaquín Costa.—Un vol. Madrid, 1898, 10 pesetas.

Los que sigan con cierto cuidado el movimiento literario de carácter sociológico en España, recordarán seguramente lo que con modestia excesiva llamaba su autor, el Sr. Costa, «Ensayo de un plan» (colectivismo, comunismo y socialismo en el Derecho positivo español), y que en realidad es un vastísimo cuadro de las doctrinas, de los hechos y de las leyes, en donde palpitan el espíritu que informa ó ha informado alguno de los sistemas mencionados, que muchos, que se la dan de ilustrados y competentes, confunden, y con acierto distingue el conocido escritor á quien nos referimos.

Pues bien, el libro cuyo título encabeza estas líneas, respondiendo á dicho plan, desarrolla uno de los puntos más interesantes del programa colectivista, en la parte realmente histórica, en sus dos importantes manifestaciones (las doctrinas, los hechos).

La fama muy legítima de notable sociólogo adquirida por el Sr. Costa, dentro y fuera de España, en estudios que, como los relativos al *Derecho consuetudinario en España*, andan hoy de mano en mano, nos dispensa de hacer el elogio de quien tan felices disposiciones ha mostrado en obras anteriores, y muestra por modo relevante en la que acabamos de hojear.

La labor de erudición que en ella se aprecia no puede ser más recomendable; aparte las indicaciones que respecto á los precursores extranjeros de los modernos colectivistas agrarios tales como Collins, hace, resume magistralmente la opinión del americano George, considerado como el apóstol más ferviente á la par que el definidor más ilustre, de esa dirección del colectivismo, y la no menos difundida de Wallace; pero en donde comienza lo que puede llamarse descubrimiento de Costa, es en el capítulo que dedica á nuestro ilustre compatriota, el sabio economista D. Alvaro Flórez Estrada, á quien con justicia atribuye la verdadera paternidad de las teorías sostenidas por Henry George, hasta ahora tenido por el *inventor*, ó poco menos, de la *nationalization of land*; porque es lo cierto que al Sr. Costa, que yo sepa, se debe la exhumación de un casi desconocido opúsculo, *La Cuestión social, origen, latitud y efectos del derecho de propiedad*, en el que el insigne economista asturiano se revela, si no como un puro colectivista agrario, al modo marxista por ejemplo, como muy inclinado á las doctrinas y procedimientos de los partidarios de la *nacionalización de la tierra*. Expresivo en alto grado es el siguiente juicio de la propiedad individual, al punto de emular la célebre doctrina de Rousseau (1); «pero el hombre que se apropia aquel espacio de tierra, vendiéndole á los demás ó imponiendo al uso de ella el pago de una merced, convirtiéndole en premio de la ociosidad, ese priva de muchos medios de vida á sus semejantes, usurpa lo mejor á la sociedad, sacrifica á su ambición lo que bastaría para ha-

(1) Le premier qui ayant enclos un terrain, s'avisa de dire, ceci est à moi, et trouva des gens aussi simples pour le croire fut le vrai fondateur de la société civile. Que de crimes, de meurtres, de misères et d'horreurs n'eurent point épargnés au genre humain celui qui arrachant les pieux ou comblant les fossées eût crié à ses semblables: Gardez-vous d'écouter cet imposteur; vous êtes perdus si vous oubliez que les fruits sont à tous et que la terre n'est à personne.—*Discours sur l'origine de la inégalité des hommes.*

»cer vivir á mil, á diez mil, á cien mil cultivadores inteligen-
»tes y laboriosos: la propiedad pasa de generación en genera-
»ción á familias cuyo blasón más glorioso consiste en ostentar
»una interminable lista de antepasados que jamás labraron la
»tierra, ni ejecutaron trabajo alguno mecánico.» Aparece más
templado en la solución un tanto indeterminada que propone
para remediar el mal que, á su juicio, produce la propiedad
individual, «que el único remedio posible consiste en rescatar
»las tierras indebidamente apropiadas y nacionalizar su do-
»minio» y no hemos de ocultar que su colectivismo se atenúa
bastante cuando, explicando ó tratando de explicar su pensa-
miento, dice «que el jefe del Estado sea el encargado de su
»distribución, arrendándolas por una renta moderada á los
»que hayan de cultivarlas», y sobre todo al añadir: «un plan
»sabio de usufructo que no permita á nadie poseer más terre-
»no del que una familia cultive por sí, es el único capaz de
»desterrar la ociosidad y la miseria, y prestar base á un siste-
»ma fiscal justo que sustituya al inmoral que ahora rige en
»España»; porque si bien es verdad que no se aparta mucho
de las doctrinas de Colins, que después patrocinaron George y
Wallace, también lo es que el genuino colectivismo, por ejem-
plo, el de Marx, huye de todo lo que pueda significar indivi-
dualismo en la producción, *nacionalizando* los instrumentos
todos de la industria, ó sea empleándolos en ella mediante apli-
cación asociada ó corporativa, y distribuyendo luego los frutos
bien en especie ó por intermedio de los bonos representativos
del trabajo social en ellos gastado, y no admite por consiguien-
te, ni aun en hipótesis, ese á manera de semidominio—remedo
del dominio útil—privado é individual (usufructo, posesión del
terreno que una familia puede cultivar) como algo que pugna
con la propiedad franca y puramente colectiva, que considera
como verdadera panacea de los males que sufre la sociedad.

Puesto el Sr. Costa á la simpática tarea de reivindicar
para la ciencia española el lugar que en el mundo culto le co-
rresponde, si no precisamente por lo que se refiere al tiempo

presente, por lo que toca á épocas pasadas, y provisto para entrar en esta muy noble lid de armas tan bien templadas, como las usadas por el sabio Menéndez y Pelayo y por el con justicia afamado historiador Altamira, dedica el autor del libro que examinamos un interesante capítulo de su notabilísimo libro, á tratar de los orígenes de la Sociología en España, á mostrar cómo ya en el siglo XVI hubo en nuestro país quien se ocupara muy á fondo de «cuanto se refiere al origen, fundamento y objeto de la sociedad humana, á su relación con la Naturaleza útil, que, es decir, á su cimiento físico, á la solidaridad, necesaria ó voluntaria, entre los asociados, á la dirección y gobierno de su actividad, á la conexión del organismo social con sus órganos y de los fines sociales entre sí» al modo que pudiera hacerlo un Spencer, un Fouillée, un Giddings ó un Patten: tan á fondo y tan á conciencia como hay que creer que lo realizaran pensadores tan insignes como Fr. Alonso de Castrillo, Vives, Mariana, los cuales, y sobre todo el primero, sostuvieron tesis que podrían firmar seguramente Engels, Bebel, Jaurés ó Vanderwelde.

No contento con esto, y dando nueva prueba del entusiasmo que ha puesto en esta obra de restauración de nuestro imperio científico, en cuanto atañe á organización económica de la sociedad y del Estado, en los siglos de verdadero vigor intelectual en España, se ocupa en su libro magistral de las *doctrinas inspiradas en el colectivismo peruano* (Polo de Ondegardo, 1561; Acosta, 1590; Murcia de la Llana, 1624), de Pedro de Valencia (1600), que si en más de un punto se anticipó al inglés Spencer, no menos recuerda al famoso Tolstoi cuando dice «porque la labor no es para trato ni mercadería, sino *para que cada uno se sustente á sí y á su familia honradamente*, sobrándole no mucho para vender»; de González de Cellorigo (1600); de Lope de Deza (1618), que entre las providencias que contiene su sistema agrario, hay alguna que no está lejos del modernismo *homestead*; de Caxa de Leruela (1631); de Martínez de la Mata (1656), ambos considerados en la his-

toria de las doctrinas financieras españolas, como arbitristas de la *buena cepa*, y con razón calificado el último por el señor Costa de precursor de A. Smith, aunque no fuera más que por su apotegma «la industria es la verdadera piedra filosofal que transubstancia en plata y oro las simples materias que Dios ha dado para sustentarse»; de Juan F. de Castro (1770), del Conde de Campomanes, de Pérez López, de Martínez Marina, de Ramón Salas, predecesor de Blanc, y de los socialistas franceses del 48 en cuanto á la institución de *los talleres nacionales*.

Pero en donde el autor del notabilísimo libro que estudiamos ha confirmado su fama de investigador laboriosísimo, de coleccionista infatigable de hechos, de historiador, de sociólogo, es en la *segunda parte*, en donde recoge cuantas instituciones económicas encajan dentro del molde de la propiedad colectiva de la tierra, más ó menos atenuada, tal y como la han entendido los escritores cuyas doctrinas ha recopilado en la *primera*. Sería ocupar mayor espacio del que disponemos enumerarlas todas, y habremos, pues, de limitarnos á apuntar los grupos principales, tales como *las freseras y escabias, los cotos fijos á censo público, las tierras patrimoniales de la municipalidad, las tierras comunes del vecindario, el sorteo periódico de tierras comunes, las vetas ó guiñones vitalinos, la explotación comunal de tierras comunes, el privilegio ó derecho de posesión, la derrota de mieses, la comunidad de aguas, las cofradías ó hermandades, el colectivismo pesquero*.

Trabajando con la competencia, con el amor á la obra con que lo hace el Sr. Costa, es como se hace labor práctica y efectiva de regeneración del país.

Él ha demostrado en su magnífico libro que, en asunto de tanto precio para la vida humana, cual es una justa distribución económica, *hay mucha primera materia que explotar* en esta tierra, y de él sacamos otra lección provechosa y es que lo que falta son *gentes que quieran y puedan explotarla*.

¡Ah, si hubiera muchos que imitaran al Sr. Costa, entonces

E. M.—*Diciembre 1898.*

ces sí que podríamos todavía aspirar á un puesto distinguido entre los pueblos cultos.

ADOLFO A. BUYLLA.

Le féminisme, por Kaethe Schirmachen. 1 vol. 74 págs.—París 1898. Armand. Colin y Compañía, editores.—Su precio un franco.

Forma este libro parte de la elegante colección de pequeños volúmenes que bajo el epígrafe común de *Questions du temp present*, publica la casa editorial Colin y Compañía de París. Y en verdad, pocas suestiones pueden llamarse con más propiedad y exactitud *du temp present* que esta del feminismo. Es cuestión palpitante en todos los países cultos. La reivindicación de los derechos políticos, sociales y domésticos de la mujer, es uno de los problemas que más interesan y apasionan á las gentes ilustradas de todo el mundo civilizado. Pocos síntomas se podrían presentar del atraso de nuestro pueblo, y del apartamiento en que vivimos con respecto al resto del mundo culto, que esta indiferencia, quizá desprecio, con que se tratan, cuando se tratan, las cuestiones que entraña el llamado feminismo.

La señorita Schirmacher ha procurado condensar en el librito de 74 páginas que motiva estas líneas, las noticias más importantes acerca del movimiento feminista en los Estados Unidos, en Francia, en la Gran Bretaña, en Suecia y en Rusia. Sería injusto pedir en tan poco espacio una exposición enciclopédica del problema, tan complejo de suyo; pero sin que el folleto de la distinguida escritora comprenda todo lo que semejante exposición expresa, contiene los datos suficientes para reflejar, de un lado, las principales etapas del movimiento feminista en esos cinco grandes pueblos, y de otro, para que pueda apreciarse el carácter distintivo que el feminismo ha alcanzado en cada uno. Porque, como advierte la señorita Schirmacher, el feminismo, «según los medios en

que nace, presenta aspectos muy diversos. No es, en efecto, el mismo en la gran República americana, entre las poblaciones esencialmente germanas y protestantes, y en la República francesa, habitada por un pueblo latino y católico. En el Reino Unido, sobre cuyos negocios la Reina no ejerce ninguna acción directa, el feminismo no es lo que en el pequeño reino de Suecia, en donde el príncipe, personalmente partidario de los derechos de las mujeres, favorece el movimiento. Este, por último, tiene un carácter perfectamente especial en Rusia, país eslavo y de monarquía absoluta».

Fijándonos, para terminar, en algunas de las conclusiones indicadas por la autora de este interesante librito, conviene señalar entre otras las dos siguientes: 1.^a considera que el feminismo es un movimiento internacional, proveniente de causas intelectuales, morales y económicas, coincidiendo en los Estados Unidos, Francia é Inglaterra los comienzos del feminismo con las épocas de reformas políticas; 2.^a estima, que en los cinco países el feminismo ha pasado de la consideración teórica á la esfera de la enseñanza, á la económica y á la del derecho civil y político; varía, naturalmente, el punto límite del interés despertado en todas esas diferentes esferas por el feminismo en los cinco países, pero es lo cierto que en todos se ha hecho algo, mucho, en interés de las mujeres, para elevar su condición educativa, su situación en el trabajo y su personalidad jurídica y política.

A. POSADA.

L' arbitrio del giudice nell' applicazione della pena, di Emanuele Carnevale. Turín, 1897.—Un opúsculo de 40 páginas.

Todos cuantos se interesan en el día de hoy por el estudio de los problemas penales saben que este del arbitrio judicial se halla íntimamente enlazado con el movimiento moderno de renovación científica en la esfera referida. A mí es uno de los

que más me atraen, y á él he hecho referencia en mis escritos multitud de veces. Tengo el propósito de dilucidarlo todavía más por extenso, consagrándole, como él merece, un examen particular y directo, cosa que haría de buena gana ahora, con tanto mayor motivo cuanto que de esa manera podría contestar á las observaciones que el Sr. Carnevale hace á algunas de las opiniones que acerca de la materia he sostenido en el tomo I de mis *Problemas de Derecho penal*. Pero una nota bibliográfica no es un largo artículo, que sería necesario para el fin que acabamos de indicar. Dejémoslo, por tanto, para más adelante, y contentémonos por el momento con decir, tocante á la monografía del Sr. Carnevale, que en ésta se hallan tratadas con acierto, como de costumbre en el autor, algunas cuestiones subordinadas, que forman como el andamiaje de la principal, mientras que en la solución de esta última, por el contrario, hay, á mi juicio, no mucha seguridad científica y bastante inconsistencia de las bases que le sirven de apoyo, especialmente consideradas á la luz de nuevas ideas, que el autor dice, y ha demostrado otras veces profesar. Dicha solución es la siguiente: hay que dar al juez cierta latitud para la aplicación de la pena, pero no gran latitud, ni mucho menos latitud completa; las normas generales de su obrar deben dársele trazadas de antemano y de una manera fija en la ley; en cierto sentido, es hasta defendible la antigua tasación legal de las pruebas. Solución que, como se ve, es en lo sustancial la misma que han venido defendiendo desde hace un siglo, ó sea desde la época de la llamada Reforma penal, todos ó casi todos los escritores y publicistas de la corriente penal clásica, liberal y humanitaria, y la misma que encontramos aceptada en las legislaciones penales que han estado y están vigentes en el siglo que expira.

P. DORADO.

La fuerza irresistible, Memoria leída en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, por D. Benito Mariano Andrade, la noche del 21 de Marzo de 1898.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1898.—Un folleto de 29 páginas.

Apenas abierto el discurso, encuéntrase en la primera página un párrafo en que, refiriéndose al Derecho penal, el orador dice: «Parece, Señores, que el sol de la primavera calienta con más amor que á las otras ramas, sus brotes y capullos, que las plácidas brisas del atardecer..... etc.» Yo pregunto ahora al Sr. Andrade: «¿Qué diría usted de un tratadito de geometría en el cual para demostrar el teorema del valor de los triángulos, el autor escribiera: «Los tres lados, los tres costados de un triángulo, de esa figura inmortal y simbolista en que se ha inscrito el ojo de la Providencia, etc., etc....., valen dos rectos?» Sencillamente que tanta fantasía no está en su sitio. La retórica sólo es buena—cuando es buena—en tales condiciones. ¿No es hora ya de practicarlo, una vez que se comprende?

La Memoria sobre *La fuerza irresistible*, por lo demás, no aporta nada nuevo á la cuestión, á lo menos en su aplicación terrestre, porque respecto á la otra vida, asegúranos el autor, bajo su palabra, que «allá, señores, no sirve de excusa la fuerza irresistible». Mucho más nos interesaría aquel primer aspecto; pero en él apenas se hace otra cosa que apuntar ciertas ideas personales, y transcribir trozos de Pinel, Morel, Maudsley y otros psiquiatras, olvidando, en cambio, la moderna literatura verdaderamente jurídica del asunto, los trabajos de Setti, Alimena y Conti, especialmente.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

Le régime économique de la Russie, por Máximo Kovalewsky, exprofesor de la Universidad de Moscou.—Un vol. de 362 páginas.—París, Giard y Brière, editores, 1898.—Su precio, 7 francos.

Es el autor de este libro un sociólogo muy conocedor de las instituciones primitivas, tal cual resultan principalmente á la luz del derecho consuetudinario. Débele la ciencia ya algunos trabajos importantes acerca del indicado tema, y ahora ofrece nueva manifestación de su sólida cultura y de su perfecto conocimiento de los problemas jurídicos y sociales, que preocupan á la gran raza eslava, en el volumen de que doy rápida cuenta. Este volumen es el tomo XIV de la *Biblioteca sociológica internacional*, que dirige el Sr. Worms. Aun cuando de su título se infiere que sólo trata del problema económico en la Rusia actual, se comprenden en él también, por vía de apéndice, dos largos estudios acerca del Derecho consuetudinario ruso, el primero sobre *La familia* y el segundo sobre *La apropiación del suelo por el trabajo en la Pequeña Rusia y en la Ucrania*. El cuerpo principal del libro, sin embargo, es el referente al régimen económico.

El interés científico de este trabajo lo expone bien razonadamente su autor. «La evolución económica—escribe—que se verifica en nuestros días en el vasto imperio de los Zares, merece llamar la atención de todos cuantos sienten interés por la ciencia social. Nos pone, en verdad, ante los orígenes mismos del régimen capitalista que, desde hace más de doscientos años, existe en Europa. Fenómenos análogos á aquellos que se han desarrollado en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX reaparecen ante nosotros, pero con una amplitud mucho más grande y con una fuerza superior. La Rusia, en efecto, se aprovecha de todos los progresos técnicos realizados por la industria occidental; ignora los tanteos seguidos, de los descontentos, que han llenado la infancia de ésta. Así, las ventajas materiales y los males que engendra el régimen económico moderno, se revelan en Rusia sin transición alguna.» En general, encuentra

el Sr. Kovalewsky una gran semejanza entre la situación social actual de Rusia y la que Francia atravesaba en las vísperas de la gran revolución. «Como los hombres de las Constituyentes francesas—dice,—las jóvenes generaciones rusas están penetradas de la convicción de que está próxima á abrirse una nueva era social. Créense llamadas á facilitar su alumbramiento mediante el empleo juicioso de los datos científicos y de la experiencia social, adquiridos por el Occidente europeo.»

El examen del régimen económico de Rusia iníciase por una indagación encaminada á determinar los rasgos dominantes de la evolución económica actual, con más el señalamiento de las cuestiones puestas á la orden del día (censo de población, monopolio de los alcoholes, reforma monetaria) (1). Después de esto, y en capítulos sucesivos, algunos de ellos muy interesantes, estudia el Sr. Kovalewsky la agricultura en Rusia, la distribución de la propiedad territorial en Rusia, el municipio agrícola en Rusia, la gran industria y la industria doméstica, la cuestión obrera y la traslación periódica de los obreros agrícolas y emigración interior.

No me permiten la calidad y objetivo de estas notas extractar los hechos principales que el autor expone, para basar sus consideraciones y sus juicios de sociólogo. Desde luego se advierte una gran habilidad para poner de relieve, mediante el examen de las cuestiones capitales que suscita el régimen económico de Rusia, este mismo régimen. En la imposibilidad de sintetizar, aunque fuera brevemente, la labor del antiguo miembro de la Universidad de Moscou, voy á copiar, para concluir, algunas de las apreciaciones finales del libro. «La política económica de Rusia—dice (pág. 259)—es la realización del ideal de un Estado esencialmente *policier*, que se en-

(1) Sobre *Le reforme monetaire de la Russie* acaba de publicarse por la S. S. Giard y Briere un importante libro del Sr. Lorini, del cual daré cuenta otro día.

trometa en todo, que el publicista prusiano Sthal había preconizado en la primera mitad de este siglo, y que Gneist modernizaba declarando que el monarca es el árbitro natural entre las clases, quien las preserva de un conflicto fratricida. La miseria del campesino ruso, reducido por necesidad á trasladarse periódicamente en busca del trabajo con que vivir, ó bien á irse á vivir á las estepas y bosques de Siberia, el salario insuficiente y la labor excesiva del obrero de nuestras fábricas, la ruína progresiva de nuestros propietarios territoriales pequeños y medianos, son indicaciones suficientes para poder juzgar los efectos económicos de ese sistema.»

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Aguilar y Martínez (F. de).—Apuntes de hidrología médica general. *Tomo tercero*. En 4.º, 337 páginas: 9 pesetas.
- Altamira y Crevea (R.).—Universidad literaria de Oviedo. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 á 1899. En 4.º, 61 págs.
- Arnal Ramos (G.).—Desarrollo práctico de la contabilidad de los Cuerpos del ejército. En 4.º, 258 páginas: 3 pesetas.
- Arroyo (S.).—El tesoro del alma en los quince misterios del Santo Rosario. En 8.º, 208 págs.: 1 peseta.
- Arroyo y Fernández (S.).—Un crimen vengado; drama en tres actos. En 4.º, 61 págs.: 2 pesetas.
- Barjau y Pons (F.).—Discurso leído en la Universidad literaria de Sevilla en la inauguración del curso de 1898 á 1899. En folio, 31 páginas.
- Bravo (C.).—Un rincón de la montaña (Morgovejo).—En 4.º, 143 páginas: 1 peseta.
- Briones (G.).—El marido pintado; juguete cómico. En 4.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Brunet y Bellet (J.).—L'Escriptura, lo gravat, l'impremta, lo llibre; En 4.º mayor, x-300 págs.: 10 pesetas.
- Burón García (G.).—Derecho civil español, según los principios, los códigos y leyes precedentes y la reforma del Código civil. *Tomo I*. En 4.º, vii-816 págs.: 15 pesetas.
- Bustos y Miguel (J. de).—Universidad de Salamanca. Discurso leído en la apertura del curso académico de 1898 á 1899. En 4.º, 61 páginas.
- Campano (E. F.) y Fanosa (A.).—El barbero de mi calle; sainete. En 4.º, 46 págs.: 1 peseta.
- Castro (A. de).—Libro de los galicismos. En 4.º, 143 págs.: 3 pesetas.
- Código internacional de señales. *Edición oficial española*. En 4.º mayor, 738 páginas con láminas: 10 pesetas.
- Codina (J.).—La niña cortés ó lec

- ciones de urbanidad. En 16.º, 79 páginas: 50 céntimos.
- Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos á la historia nacional. *Tomo XVII*. Actas del cabildo de Santiago. Tomo II, con un prólogo de José Toribio Medina. Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1898. En 4.º mayor, xxxi-531 págs.: 15 ptas.
- Couto (J. B.)—Obras del doctor don José Bernardo Couto. *Tomo I*. Opúsculos varios. México. Imprenta de V. Agüeros. En 8.º, xxvii-454 páginas con un retrato: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos, Vol. 13.
- Cheix Martínez (I.)—Romancero de Don Pedro I de Castilla. En 8.º, xiii-144 páginas.
- Tirada de 50 ejemplares.—No se ha puesto á la venta.
- Deville (G.)—Principios socialistas. Obras completas del autor. En 4.º, 383 págs.: 6 pesetas.
- Echegaray (J.)—El hombre negro; drama en tres actos. En 4.º, 75 páginas: 2 pesetas.
- Fabié (A. M.)—Mi gestión ministerial respecto á la isla de Cuba. En 4.º, 665 págs.: 10 pesetas.
- Fabra (P.)—Contribución á la gramática de la lengua catalana. En 8.º, 111 págs.: 2 pesetas.
- Fernández Duro (G.)—Cuarto apéndice al Diccionario de legislación del material de artillería. En 4.º, 136 págs.: 2,50 pesetas.
- Fons (P.)—Método práctico de fabricar abonos químicos y de emplearlos. En 16.º, 61 págs.: 50 céntimos.
- Frutos de Córdoba (P. de).—Compilación de la doctrina sobre competencias entre la Administración y los Tribunales de justicia y recursos de queja. En 4.º, 368 páginas: 5 pesetas.
- García Al-deguer (J.)—La prosa castellana. (Desde la aparición del idioma hasta nuestros días.) En 8.º, xii-436 págs.: 4 pesetas.
- García Barzanallana (J.)—La Hacienda pública japonesa. Memoria. En 4.º mayor, 16 páginas.
- García Icazbalceta (J.)—Obras de D. J. García Icazbalceta. *Tomo VII*. Opúsculos varios, volumen IV. México, imprenta de V. Agüeros, 1898. En 8.º, 476 páginas: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. XIV.
- García del Real (L.)—Tradiciones y leyendas españolas. En 8.º, 242 páginas: 1 peseta.
- García Valiente (S.)—Lecciones de teoría de la lectura y escritura. En 4.º, 189 páginas: 4 pesetas.
- González y Herrero (F.)—Algo sobre el concepto de libertad y su uso en materias de enseñanza y religión. En 8.º, viii-284 páginas: 4 pesetas.
- Guiu y Casadesús (J.)—Guía descriptiva del Obispado de Vich. En 8.º mayor, 310 páginas: 2,50 pesetas.
- Hernando y Espinosa (B.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1898-99. En 4.º mayor, 93 páginas.
- Tema: Lo mucho que la enseñanza debe al Cardenal Cisneros.
- Irayzoz (F.)—El mantón de Manila, boceto lírico en un acto y tres cuadros. En 4.º, 49 páginas: 1 peseta.

- Isasa y Valseca (S.)—Discurso leído por D. Santos de Isasa en la apertura de los Tribunales. En 4.º, 31 páginas y 9 estados.
- Jackson Veyán (J.)—La florera sevillana, juguete cómico-lírico. En 4.º, 36 páginas: 1 peseta.
- Jackson Veyán (J.) y Merino (G.)—El paraíso perdido. En 4.º, 43 páginas: 1 peseta.
- Jiménez Prieto (D.)—Tute de novios, monólogo. En 4.º, 18 páginas: 1 peseta.
- Jovellanos.—Pan y toros. En 8.º, 32 páginas: 10 céntimos.
- Labra (R. M. de).—El problema político-pedagógico en España. En 4.º, 31 páginas.
- López y Martínez (P. M.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1898-99 en la Universidad de Valencia. En 4.º mayor, 123 páginas.
- Llabrés y Quintana (G.)—La dinastía de impresores más antigua de Europa, ó sea el pie de imprenta Guasp. (1759 á 1897, Palma). En 4.º, 22 páginas: 1 pesetas.
- Llorens y Asensio (V.)—Historia general de Filipinas. *Cuadernos 2.º y 3.º* En 4.º, 24 páginas pertenecientes á la Historia y 72 de catálogo: cada cuaderno, 1 peseta.
- Misol Martín (A.)—Discurso leído en la Universidad de Valladolid en la apertura del curso académico de 1898-99. En 4.º, 75 páginas.
- Mújica (M.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1898-99 en el Seminario de Vitoria. En 4.º, 39 páginas.
- Müller y Tejeiro (J.)—Combates y capitulación de Santiago de Cuba. En 4.º, 280 páginas y dos mapas: 5 pesetas.
- Navarro Gonzalvo (E.)—¡Aún hay patria, Veremundo! En 4.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Navarro y Ledesma (F.)—Lecturas literarias: ensayo de un libro para los alumnos de literatura preceptiva. En 4.º, 48 páginas el cuaderno 1.º: 1 peseta.
- Núñez y Muñoz (M.)—Nuevos métodos criptográficos. Gran folio, dos tomos (texto y atlas) 126-113 páginas: 25 pesetas.
- Ojea y Márquez (S.)—Complemento al Catecismo magno predicable en especial á la vida feliz. En 4.º, dos tomos, 404-415 páginas: 2,50 pesetas.
- Orlandis y Despuig (P.)—Poesies. En 8.º, XIX-109 páginas: 2,50 pesetas.
- Pedrell (F.)—Teatro lírico español anterior al siglo XIX. Documentos para la historia de la música española. *Vols. IV-V*. Varios (Asturiano, Berxes, Durón, Hidalgo, Justo, Literes, Machado, Marín, Martí Valenciano, Monjo, Navarro, Navas, Patiño, Sequeira, Villafior). En 4.º mayor, xxx y 77 páginas de música: 8 pesetas.
- Pidal y Mon (A.)—Necrología del Ilmo. Sr. D. Vicente de la Fuente. En 4.º mayor, 32 páginas.
- Portillo (C.)—Los tranvías eléctricos. En 8.º, 16 págs.: 25 céntimos.
- Primo de Rivera y Sobremonte (F.)—Memoria dirigida al Senado. En 8.º, 197 págs. y un mapa.
- Puey y Monçon.—Las coplas del peregrino.—En 8.º, XLVIII-303 páginas y un mapa: 3 pesetas.
- Ramírez (J. F.)—Obras del Licen-

- ciado D. José Fernando Ramírez. *Tomo I. Opúsculos históricos*, vol. 1. México. Imprenta de V. Agüeros, 1898. En 8.º, XLVII-538 págs.: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos. *Vol. 15.*
- Reboles y Campes (G.)—Anuario internacional de Medicina y Cirujía. *Segunda serie. T. XXVII. Enero á Junio de 1898.* En 8.º, xv-616 págs.: 5 pesetas.
- Rodón y Oller (F.)—Fets de la marina de guerra Catalana. En 8.º, XLVII-92 págs.: 50 céntimos.
- Romeo y Belloc (B.)—Patria con honra. Origen de todas las lenguas españolas. En 4.º, 16 páginas: 4 pesetas.
- Rusiñol (S.)—Fulls de la vida. En 8.º mayor, 269 págs.: 7 pesetas.
- Segarra (J.) y Juliá (J.)—Viajeros valencianos. Excursión á pie por Europa. *Primera parte.* Provenza. En 8.º, VIII-358 págs.: 2 pesetas.
- Stead (W. T.)—El Gobierno de Nueva York. En 4.º, 150 páginas: 3 pesetas.
- Sudermann (H.)—El deseo; novela de Hermann Sudermann, traducción y prólogo de Ramiro de Maeztu. En 4.º, 203 págs.: 3,50 pesetas.
- Taboada (L.)—Colección de tipos. En 12.º, 190 págs.: 50 céntimos.
- Tercedor y Díaz (J. A.)—Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1898 á 1899 en la Universidad de Granada. En fol. 25 páginas.
- Tema:* Importancia que debe concederse al estudio de las matemáticas.
- Torroja (E.)—Tratado de geometría de la posición y sus aplicaciones á la geometría de la medida. En 4.º mayor, con figuras. Cuaderno 1.º, 112 págs.: 4 pesetas.
- Tudela y Tafalla (A.)—Lecciones de astronomía esférica. En 4.º, XXIII-261 págs. y 11 hojas de Apéndice: 6 pesetas.
- Ureña y Smenjaud (R. de).—Sumario de las lecciones de historia crítica de la literatura jurídica española. *Cuaderno sexto y último.* En 4.º, págs. 433 á 618; final del tomo I: 20 pesetas.
- Valencia de Don Juan (Conde Viudo de).—Catálogo histórico-descriptivo de la Real Armeria de Madrid. En 4.º mayor, xv-451 páginas, con 26 láminas en fotograbado y muchas fototipias intercaladas: 15 pesetas.
- Verdegay (E.)—El servicio de correos en los ferrocarriles de España. En 8.º, 298 págs.: 5 pesetas.
- Villaverde (R. F.)—Discursos pronunciados por don Raimundo F. Villaverde en el Congreso los días 23, 24 y 25 de Mayo de 1898 sobre la ley de Autorizaciones para obtener recursos con destino á la guerra. En 8.º mayor, 57 páginas.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1898.

- ALONSO (Benito J.).—*Apuntes arqueológico-históricos del periodo medioeval: Pórtico de la Gloria de la catedral de Orense.* Marzo, pág. 83.
- ALTAMIRA (Rafael).—*El problema actual del patriotismo.* Octubre, página 63.
- ANÓNIMO.—*El ingenio de Cánovas.* Septiembre, pág. 81.—*Obras nuevas,* Enero, pág. 205; Febrero, pág. 204; Marzo, pág. 204; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 205; Junio, pág. 204; Julio, pág. 204; Agosto, pág. 205; Septiembre, pág. 204; Octubre, pág. 205; Noviembre, pág. 206; Diciembre, 201.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*De algunas costumbres de los mahometanos en los entierros y funerales.* Febrero, pág. 75.—*Costumbres musulmanas. Notas acerca de la mujer.* Su nacimiento, su educación, su matrimonio, su vida en el harém. Mayo, pág. 108.—*De alguna supersticiones entre los musulmanes: los ángeles, los demonios, los genios; otras supersticiones.* Diciembre, pág. 70.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas.* Agosto, pág. 124; Septiembre, pág. 172; Octubre, pág. 121; Noviembre, pág. 123, Diciembre, página 124.
- BERNALDO DE QUIRÓS (Constancio).—*Los últimos estudios de criminología.* Junio, pág. 77; Julio, pág. 60; Noviembre, pág. 203.—*Notas bibliográficas.* Noviembre, pág. 203; Diciembre, pág. 197.
- BREAL (Miguel).—*Un opúsculo de Littré.* Febrero, pág. 167.
- BUYLLA (Adolfo A.).—*Notas bibliográficas.* Octubre, pág. 199; Diciembre, pág. 189.
- CASTELAR (Emilio).—*Crónica internacional.* Enero, pág. 177; Febrero, pág. 179; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 155; Mayo, pág. 170; Junio, pá-

- gina 177; Julio, pág. 183; Agosto, pág. 171; Septiembre, pág. 140; Octubre, pág. 177; Noviembre, pág. 177; Diciembre, pág. 171.
- CEARD (Enrique). — *Alfonso Daudet*. Enero, pág. 167.
- CONGRESISTA (Un). — *El Congreso de higiene y demografía*. Junio, página 104.
- DIETRICH (Augusto). — *El Sr. Sanz y Escartín juzgado en el extranjero*. Junio, pág. 160.
- DORADO (P.). — *El Reformatorio de Elmira*; estudio de Derecho Penal preventivo. Enero, pág. 106; Marzo, pág. 27; Abril, pág. 59; Mayo, página 72. — *Notas bibliográficas*. Enero, pág. 203; Febrero, pág. 194; Marzo, pág. 197, 201; Abril, pág. 202; Junio, pág. 200; Julio, pág. 201; Agosto, pág. 196; Septiembre, pág. 198. — *El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*. Noviembre, página 40. — *Nota bibliográfica*. Diciembre, pág. 195.
- FAGUET (Emilio). — *Acerca de un retrato de Beaumarchais*. Febrero, página 170.
- GIDEL (Ch.). — *Tres educaciones de Príncipes*. Marzo, pág. 130.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.). — *Crónica literaria*. Enero, pág. 155; Febrero, pág. 146, Marzo, pág. 120; Abril, pág. 141; Mayo, pág. 154; Junio, página 151; Julio, pág. 172, Agosto, pág. 146; Septiembre, pág. 130; Octubre pág. 167; Noviembre, pág. 149; Diciembre, pág. 148.
- GONCOURT (Emilio y Julio). — *La mujer francesa en el siglo XVIII*. Julio, pág. 130.
- HAMILTON (Guillermo Gerardo). — *Lógica parlamentaria*. Marzo, página 157; Abril, pág. 197; Junio, pág. 167; Julio, pág. 157; Agosto, pág. 158; Octubre, pág. 151.
- HOYOS SÁINZ (Luis). — *Las ciencias Antropológicas en España*; 1897; Agosto, pág. 111.
- IGNOTUS. — *De la guerra*. Las causas del desastre. Septiembre, pág. 29. Octubre, pág. 39; Noviembre, pág. 101.
- JANE (J. T.). — *El desastre del Maine. Las fuerzas navales de España y los Estados Unidos comparadas*. Mayo, pág. 164.
- JOB. — *Revista hispanoamericana*. Noviembre, pág. 163; Diciembre, página 158.
- KOROLENKO (Uladimiro). — *El desertor de Sajalín* (novela). Octubre, página 10; Noviembre, pág. 5. — *El sueño de Makar* (novela). Diciembre, pág. 5.
- LASSO DE LA VEGA (Angel). — *Juan Holbein*. Julio, pág. 53.
- LÁZARO (J.). — *Nota bibliográfica*. Mayo, pág. 198.
- LEMONNIER (Camilo). — *La Carnicería*: (Sedán). Enero, pág. 21; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 13.

- MAEZTU (Ramiro de).—*Estudio sobre Sudermann*. Mayo, pág. 5.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (Marcelino).—*La leyenda de los Infantes de Lara*. Enero, pág. 80.
- MISME (Jane).—*La Duquesa de Uzés*. Febrero, pág. 160.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Historia de la plata*. Diciembre, página 110.
- PALACIOS (E.).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 201; Febrero, pág. 200; Octubre, pág. 197.
- PARDO BAZÁN (Emilia).—*Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod*. Enero, pág. 62.
- PEREZ DE GUZMÁN (Juan).—*La literatura científico-militar de España*. Enero, pág. 123; Febrero, pág. 46. — *Bajo los Austrias: La mujer española en la minerva literaria castellana*. Junio, pág. 45. Julio, página 111; Agosto, pág. 84; Septiembre, pág. 50; Octubre, pág. 90.— *Las nuevas confederaciones de la América española*. Noviembre, página 79.
- POIX (Gastón).—*El sueño y su higiene*. Abril, pág. 183.
- POSADA (A.).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 199; Febrero, pág. 202; Marzo, págs. 199 al 201.—*La condición jurídica de la mujer española*. Marzo, pág. 94; Mayo, pág. 202; Junio, pág. 202; Julio, pág. 198; Agosto, pág. 199; Septiembre, pág. 202; Octubre, pág. 203; Noviembre, pág. 201.—*El año sociológico 1897*. Diciembre, pág. 42.—*Notas bibliográficas*, Diciembre, pág. 194 y 198.
- RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los).—*Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda*. Abril, pág. 103.
- SILVELA (Luis).—*El derecho penal y los sistemas fatalistas y deterministas de la antropología criminal*. Febrero, pág. 116.
- STEAD (W. T.) *El Gobierno de Nueva York ó una democracia que desaparece*. Junio, pág. 125; Julio, pág. 26; Agosto, pág. 42; Septiembre, página 92.
- SUDERMANN (H.).—*El deseo* (novela). Mayo, pág. 29; Junio, pág. 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 5.
- SYVETON (Gabriel).—*Últimas cartas de mujeres*. Marzo, pág. 145.
- UNAMUNO (Miguel de).—*La vida es sueño: reflexiones sobre la regeneración de España*. Noviembre, pág. 69.
- VARIOS AUTORES.—*Camilo Lemonier*. Enero, pág. 5.
- X.—*Uladimiro Korolenko*. Octubre, pág. 5.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El sueño de Makar</i> , (novela) por Uladimiro Korolenko.....	5
<i>El año sociológico 1897</i> , por Adolfo Posada.....	42
<i>De algunas creencias y supersticiones de los musulmanes</i> , por Rodrigo Amador de los Rios.....	70
<i>Historia de la plata</i> , por Joaquin Olmedilla y Puig.....	110
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	124
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	148
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	158
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	171
<i>Notas bibliográficas</i> , por Adolfo A. Buylla, A. Posada, P. Dorado y Constancio Bernaldo de Quirós.....	189
<i>Obras nuevas</i>	201
<i>Índice por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en LA ESPAÑA MODERNA durante el año 1898</i>	205